

Lady Seren

Una promesa en el viento



Una novela de Serendipia Stark



UNA PROMESA EN EL VIENTO

SERIE «Calle de Madrid» III

La serie «Calle de Madrid» está compuesta por **4 novelas autoconclusivas**, ambientadas en el Madrid de principios del siglo XX.

Si adoraste series como **Downton Abbey**, **La Promesa** o **Gran Hotel**, si disfrutas el romance histórico y los universos costumbristas históricos al estilo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en

INSTAGRAM: @serendipia.stark.escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2024

Código ASIN:

Todos los derechos reservados©

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

Empieza a leer...



**Sígueme en
AMAZON. Para
enterarte, la
primera, de las
ofertas y
lanzamientos**



*MADRID,
1919*

1

El primer encuentro

Ver deslizarse a la señorita camino adelante, como si más que pisar, flotara, enmarcada por setos floridos y el rumor de las fuentes, resultaba todo un placer para los sentidos. El parque era el entorno perfecto para tan delicada criatura, vestida de encaje blanco, con un sombrero de lazo construido en tul, que la hacía lucir aún más radiante.

«Lo que no consigan los ropajes...» se dijo la joven, encantada con el efecto que causaba. El que no pocas cabezas se girasen a admirarla la catapultaba al séptimo cielo, ese reservado únicamente a las doncellas hermosas.

«Si eres un pelín desgarbada y te cuesta mantener recta la espalda, ya está aquí el corsé, bien ajustado, para remediarlo. No se te verán las piernas torcidas con las faldas largas. Y si tienes gruesos los tobillos, los disimularán las medias de seda. Hasta si tienes gorda la cabeza, un sombrero adecuado consigue milagros».

Entretenida iba con su cantinela, cuando alcanzó el banco bajo el sauce llorón, y allí sentado, el atractivo joven que ya había visto otras veces. Y en el que se había fijado, todo había que admitirlo. Ya que una señorita que se precie no camina a la ligera, digamos que va escrutando posibilidades y revisa hasta el más lejano de los rincones, porque nunca se sabe dónde se oculta eso que tanto podría interesar a tu porvenir.

Él parecía un candidato de lo más conveniente. Con su aristocrática cabeza inclinada sobre la libreta en la que escribía sin

parar. Cuando detenía el chorro de inspiración y, buscando más, perdía un segundo en el horizonte la mirada, podías quedarte bizca ante tanta belleza.

Masculina, claro está, pero belleza, según los cánones.

Aquel día, después de habérselo encontrado acomodado en el mismo lugar muchas veces, la joven del precioso vestido blanco decidió que era hora de dar un empujoncito. Al pasar rozándole la punta del zapato con el borde de su falda, dejó caer, como quien no quiere la cosa, un delicado pañuelito al suelo. Justo a sus pies.

Y siguió caminando.

—¡Señorita! Señorita, ¡oiga!

Tal y como ella esperaba (y deseaba), el joven abandonó su banco con el pañuelo en la mano, avanzando deprisa para alcanzarla y devolvérselo.

—Señorita, creo que esto le pertenece.

Ella giró encantadora la cabeza, mirándolo un poco por encima del hombro en una pose mil veces ensayada ante el espejo del tocador, y abrió los grandes ojos mostrando sorpresa.

—¡Oh!

El guapísimo caballero le alargó el pañuelo con gesto afligido.

—Ha debido de caérsele al pasar. Me temo que se ha ensuciado.

Con una sonrisa deslumbrante, la muchacha, que llevaba las manos cubiertas con finos guantes de encaje, recogió el pedacito de tela.

—No se apure, señor, ya lo lavaremos. Muchas gracias por rescatarlo.

—No hay de qué —murmuró tímido.

La asaltó el miedo terrible de que el diálogo fuera a terminar allí mismo, sin más fruto, dado que él se había sonrojado y parecía bastante reacio a la extroversión.

—Era un regalo de mi madre, ¿sabe? Ahora que ella se ha ido con el Señor, se ha convertido en un bonito recuerdo.

—Imagino entonces que habría sentido mucho perderlo.

—Muchísimo, ni se hace una idea. Usted... ¿Usted es poeta?

—¿Por qué lo dice?

—Anotaba pensamientos en una libretita, lo hace cada día, lo he visto otras veces cuando he venido a pasear.

El color de las mejillas del joven se hizo mucho más intenso. Sonrió azorado, al tiempo que hundía la mirada en el suelo y con la punta del zapato dibujaba un círculo en la grava.

—Bueno, poeta no, novelista. Escribo... solo escribo historias.

Lo confesó con humildad y una pizca de vergüenza. Ella pestañeó entusiasmada.

—¿Y eso da para vivir?

—Ojalá. —Sacudió la cabeza negando y ella observó cómo le brillaba el pelo bajo los rayos de sol—. En realidad, soy... barón.

—¿Barón?

—Heredaré una baronía y un montón de tierras en las afueras de Madrid, cuando lo cierto es que querría ganarme la vida con mis novelas.

—Así que tierras en las afueras... —repitió ella como un eco que engolaba la voz—. Y... ¿son muchas?

—Más de las que necesitaría. ¿Le gusta a usted la vida en el campo?

—Sí, sí, mucho. Es muy sana.

Menos mal que se mordió la lengua. A tiempo de que no se le escapara un «Me crie en él, rodeada de verde y de balas de paja. Lo sé todo acerca de los pollos, las ovejas y las vacas. Tengo especial mano con los pollinos, qué bien me llevo con los burros».

—Pero qué desconsiderado soy —reaccionó él de repente—. ¿Me aceptaría un refresco?

La señorita fingió turbarse. Lo miró desde debajo de sus espesas pestañas.

—Con muchísimo gusto, caballero, para aliviar el sofoco. Ni que decir tiene que ya aprieta el calor y llevaba paseando un rato.

—Pues si me lo permite, ahí más adelante hay un quiosco donde sirven una limonada riquísima.

—Veo que se conoce usted todos los recovecos del parque del Buen Retiro.

—Eso es porque lo he convertido en mi paraíso particular, el lugar donde escapo de todo y me refugio a escribir. Aquí, entre tanto

verde, la creatividad explota con agradecimiento.

—Qué bonito habla, cómo se nota que es escritor.

Arrancaron a andar juntos. A ella le palpitaba fuerte el corazón. El de él empezaba a acelerarse con su cercanía y la mano que no sostenía la libreta, que danzaba libre a su costado, demasiado próxima a la cadera femenina, hormigueaba de ganas.

Se atraían. Puro imán físico. Cualquier desahogado habría podido palparlo.

—¿Y a usted? ¿A usted no le gusta el campo?

—Sí, por descontado que me gusta. Es saludable y tranquilo. Madrid está cada vez más congestionado y sucio. Disculpe, usted vivirá por aquí, en el centro, supongo que si escogió esta ubicación es porque le agrada.

Llegaron al recoleto patio adornado con macetas frondosas y coquetas mesitas de café al más puro estilo francés. Tomaron asiento y él ordenó dos limonadas.

—Supone usted mal —lo corrigió ella—. Tenga por seguro que si no vivo en el campo es porque estoy sola en el mundo y no puedo, sería una temeridad. Tuve que contentarme con la propiedad que me dejaron mis padres, es una mansión muy bonita, pero algún día, cuando me case, viviré en una hermosa finca rodeada de árboles.

—Vaya, de lo que deduzco que está usted soltera. Incomprensible, si me disculpa el atrevimiento.

La dama fingió un rubor.

—Soltera y disponible, mismamente. ¿Y usted?

—Pues también.

Los ojos de ambos soltaron un descomunal destello.

—Qué casualidad.

—Cosas que pasan, señorita...

—¡Uy! ¡Menudo despiste! Si no le he dicho mi nombre.

—Tampoco me ha preguntado el mío.

—María. —Estiró una mano timorata, ofreciéndosela—. María de Valladares.

—Qué nombre tan musical. —Aceptó aquellos finos dedos e hizo ademán, solo ademán, de besarlos—. Soy Luis Benavente. A

secas.

—¿Barón de...?

—El barón es mi padre. Todavía. Y espero que por muchos años.

—Ah, claro —rio—, disculpe. Si es que a despistes no hay quien me gane. Es porque estoy muy sola en esta vida —se enjugó una lagrimita algo teatral, aunque a él le pasó inadvertido, pendiente como estaba, de sus jugosos labios moviéndose al hablar—, ¿sabe? Apenas hablo con nadie más que con el servicio de casa.

—Pues eso habrá que remediarlo, señorita María.

Ella lo miró picarona por encima del borde de su vaso.

—¿Puedo preguntar cómo planea hacerlo?

—Convirtiéndonos en buenos amigos, así tendrá alguien con quien charlar, ¿no le parece?

No, no le parecía.

Porque no era un amigo lo que ella buscaba, sino un marido flamante. Eso sí, para comenzar estaba bien, más que bien, sonaba hasta prometedor.

2

El plan de la doncella

DIEZ DÍAS ANTES...

Paquita

No sé a los demás, a mí me pareció una idea fabulosa. Fue pensarlo y decidir que lo era. El acabose.

Pero ¿qué digo de los demás? Si era un secreto, nadie más que una servidora conocía los detalles.

Diez días antes de poder conocer por fin al señor Luis, quiero decir, de hablar y pegar la hebra con él, puse en marcha mi plan, saliendo de la mansión de Barquillo 10 con una maletita pequeña en la mano, encomendada al santoral completo para que no me trincaran antes de poner un pie en la calle.

Pero no.

La Paqui nunca tiene tanta suerte.

—¿Andevás?

Respingué. La Petri. Que a metijona no hay quien la gane.

—A dar una vuelta, que me dé el aire.

—¿Y esa maleta?

—Por si veo algo en el mercado que me interese comprar.

—¿Y si vas al mercado por qué no te llevas un canasto? ¡Oye! ¿No me has oído? ¡Paquita! Que por qué no te llevas mejor un canasto...

La dejé con la palabra en la boca. Con su curiosidad y sus interrogatorios, que tiene de sobra. Ella, de lo suyo, decir dice poco. Pero lo de los demás, quiere llevarlo al día, la muy bribona.

Lo que llevaba dentro de la maleta, que desde luego no iba vacía, me lo puse encima detrás de unos arbustos tupidos en el parque del Retiro. De los pocos vestidos que tenía, había escogido para salir el de tejido menos grueso, para poder dejarlo debajo del otro.

El otro.

Una exquisita blusa de encaje con falda a juego en color azul celeste, de la señorita Beatriz, mi señorita hasta que se casó con don Gustavo y se convirtió en condesa. Con el tiempo y los entierros de sus suegros, llegaría a duquesa.

¡Válgame la virgen! Qué grande sonaba todo aquello.

El caso es que los felices recién casados se habían ido de viaje a dar la vuelta al mundo y para cuando volvieran, les esperaba su palacete en Aranjuez.

¿Que por qué Aranjuez? Vaya usted a saber. Será que es muy tranquilo, o tiene mucho verde y les gustaba.

El señorito Alonso se nos casó también, con la hermana de padre del señorito Gustavo. Dos hermanos con otros dos. Y casados ambos hijos, nuestros marqueses decidieron mudarse definitivamente al palacio del Escorial, que es donde al señor don Arturo le gusta vivir. Don Alonso y doña Elvira se trasladaron con ellos y con todo ese movimiento que os cuento, la mansión en el número 10 de la calle Barquillo quedó desierta.

Un retén de criados permanecimos para cuidarla y mantenerla en perfecto estado. Por si a alguien de la familia le daba por venir a pasar unos días a la capital. Avisando antes para que lo preparásemos todo, claro está. Y aunque la señorita Beatriz me pidió que una vez regresara del viaje me fuese a atenderla a Aranjuez y yo hice como que aceptaba por no contrariarla, para eso faltaban más de quince meses, los que se pasarían recorriendo países exóticos.

Y ese era el tiempo del que yo disponía para llevar a cabo mi plan.

Pescar un marido.

Y no un marido cualquiera. Un marido de postín, para no ser menos que la Elvira.

Todo lo que la mujer había vivido y lo mal que la había tratado yo, me escocía. El modo en que el destino se había retorcido sobre sí mismo como una serpiente para que acabara convertida en futura marquesa. Ahora no sabía mirarla a los ojos. Tampoco cómo pedirle perdón. Lo único que se me ocurría era convertirme en una dama de alcurnia y colocarme un poco más a su altura, rezando porque algún día me perdonara.

De modo que pensaba utilizar todo cuanto tenía a mi alcance, la casa, los vestidos que la señorita Beatriz había desechado, hasta a los demás miembros del servicio si se terciaba. Eso sí, tenía que ser lista y pensar muy bien las cosas.

De momento, me parecía más astuto salir de tapadillo a pasear, ataviada como una señoritinga, a ver qué cazaba. Y paseando por el Retiro me encontré con Luis.

Lo elegí porque era hermoso. Irresistiblemente hermoso. Siendo sincera, fue lo único que me atrajo de él. Lo rondé durante más de una semana hasta cerciorarme de que siempre venía, sin compañía, y que ocupaba el mismo banco. Luego, cuando ya hablamos y me enteré de que con el tiempo sería barón... Miré al cielo, di gracias por el milagro y me repetí tres veces que sí.

Que era él. Que no hacía falta buscar más, por fin lo había encontrado.

Paquita futura baronesa. No me dirán que suena mal el título, ¿eh?

Al día siguiente sin falta, no fueran a aflojarse las ganas a don Luis el rebonito, vestida como un pincel, con sombrilla y todo, escabulléndome de la mansión de modo que nadie pudiera verme, porque no era plan seguir cambiándome de ropa entre los arbustos tirando de una maleta, volví al parque del Buen Retiro, a buscar el banco que ocupaba el escritor más guapo que ha parido Madrid.

Allí me lo encontré, como todos los días previos, embelesado en su historia, pensando y creando, creando y anotando. Con su letra chiquita y perfecta, como delicados caracoles. En cuanto me vio

acercarme, se puso en pie de un salto y guardó la libretita en el bolsillo de su chaqueta.

—Señorita María, qué bueno volver a verla por aquí.

—¿Quién podría desear un paseo por otros lares teniendo este bendito vergel tan cerca? —repuse correspondiendo a su saludo con una inclinación de cabeza.

¿Bendito parque? ¡Bendita la señorita Beatriz, que tanto empeño puso en refinarme! Me enseñó modales, me corregía de continuo mis meteduras de pata hablando. Cada día me enseñaba tres palabras difíciles nuevas, como *saludable*, *idiosincrasia* o *talante*. Tras su marcha en viaje de bodas yo había seguido cultivándome con los libros y libretas de ejercicios que ella me dejó. Y aunque nadie tenía que pudiera corregirme, la voluntad de pulir mis modales y parecer de veras una dama era tanta, que mejoraba hasta sin profesora.

—Tiene toda la razón del mundo. ¿Nos tomamos un café?

Acepté encantada de la vida.

—He observado algo, señorita María... Espero que no le moleste mi comentario.

—A mí me molestan muy pocas cosas —reí—, así que adelante, suéltelo antes de que se ahogue.

Mierda. Vaya frase vulgar y fea que se me acababa de escapar. Luis me miró de reojo, un tanto aturdido, aunque fue solo un segundo.

—Es que me extraña que no salga acompañada de doncella.

Arqueeé las cejas, extrañada.

—Está usted muy antiguo, don Luis. Mis padres me dieron una educación más abierta y moderna. Una mujer es perfectamente capaz de salir a la calle sin llevar escolta, al menos de día y por buenas zonas, ¿no le parece?

—No sabría decirle. Las costumbres...

—Como si una muchacha sensata necesitara de alguien para proteger su honra, menuda tontería, ya sabemos hacerlo nosotras bien solitas.

—Algo que no pongo en duda, señorita María, no se me altere.

—No obstante, debo confesar que últimamente...

—Últimamente, ¿qué? ¿Carece de doncella? ¿Está enferma? ¿La ha despedido?

Mi mente trabajaba a toda pastilla luchando por inventar algo que me ayudara a salir del paso.

—Me escapo.

—¡Qué me dice!

—Me escapo de la vigilancia de mi doncella. Es muy pesada, la pobre. Es tan exageradamente fiel a la memoria de mis padres, que piensa que entre sus obligaciones destaca la de casarme bien casada.

—Entiendo. Muy loable.

Uisss. Loable. Esa palabra no me la había enseñado la señorita.

¿Qué narices significaba?

Sonreí de oreja a oreja y distraje la atención de Luis comentándole los nombres de los diversos cafés que aparecían en la carta, rogándole que me explicase las diferencias.

3

Toda su vida

Paquita

—¿Me juzgaría muy entrometido si le preguntase qué fue de sus señores padres? ¿Cómo fue que los perdió?

—Un accidente —respondí cortante. Mordí un pedacito de tarta y ahugué un suspiro—. No solo ellos, también mis dos hermanas.

—¡Qué tragedia! Cuánto lo lamento.

Decidí soltarlo todo de una vez y que el tema de mi familia inventada quedase zanjado para siempre, evitándome tener que repetir. No fueran a olvidárseme los detalles.

—De tren.

—¿Cuándo fue eso? No recuerdo ningún accidente ferroviario con víctimas mortales en los últimos tiempos...

—En Inglaterra —lo avasallé—. Fue terrible tener que repatriar los cuerpos.

—Me hago cargo. No imagina cuánto lo lamento.

Hipé e hice como que me enjugaba una lagrimita. Luis se apresuró a ofrecermé su pañuelo, que olía a gloria.

—Y luego el bobalicón de mi hermano mayor, que no tiene mejor ocurrencia que alistarse en el ejército, a jugarse el pellejo... quiero decir, la piel, en esa guerra espantosa en Europa. Se murió. Me lo mataron.

—Señorita María, es usted un ejemplo de entereza y valentía.

—No crea, don Luis, paso muchos malos ratos, la soledad es un regalo envenenado por los infiernos. Gracias por preguntar.

—Desde que la conozco, siento que me interesa todo lo que tenga que ver con su vida, con su persona. No debería confesarlo así, a las claras, pero es que si no lo dejo salir, me ahogo.

Estuvieron a punto de caérseme los pololos al suelo. Se salvaron porque estaba sentada. Pero mi estómago sí que dio un doble salto mortal. Alargué una mano temblorosa y titubeante que buscaba posarse en su antebrazo.

Me arrepentí a mitad de camino.

—Es usted tan romántico. Cómo se le nota el alma de artista.

—¿Eso piensa? —La piel alrededor de sus ojos se surcó de arruguitas diminutas. Sus mejillas se colorearon con frenesí—. Es un gusto escucharlo. Viniendo de usted suena a halago.

—Pues me alegra mucho que lo considere en tan buen sentido, don Luis, porque precisamente esa era la intención. Me gusta usted.

Por la expresión de su rostro entendí que me había pasado de rosca. Recordé las enseñanzas de mi señorita Beatriz: una dama de familia noble jamás expondría sus sentimientos con tanta transparencia.

Misterio, Paquita, misterio al canto.

—Quiero decir que es usted un joven muy agradable. Que me agrada y me conforta el alma, vamos.

—La he comprendido, señorita María —repuso un poco menos agobiado—, no se apure. Sé que no decía lo que parecía querer decir.

Pues no. Mi intención era decir precisamente lo que había dicho: que me gustaba más que comer con los dedos. Solo que por culpa de la ridícula montaña de normas que encorsetaban las lenguas de los ricos, tenía que disimular otras cosas.

—¿Tiene usted muchos amigos en la capital? —se me ocurrió preguntar, ansiosa por cambiar de tema y salir del atolladero donde yo misma me había metido de cabeza.

—Pues lo cierto es que no. —Jugueteó con su tacita de café —. Mi familia y yo acabamos de mudarnos desde Sevilla, no hace mucho. De modo que no conozco a casi nadie. Pero la tengo a usted —añadió con una sonrisa tan tierna que me derritió el corazón.

—Diga que sí, don Luis. Me tiene a mí.

—Usted está sola, yo estoy solo...

—Podemos hacernos mutuamente compañía —dejé caer con un sugerente aleteo de pestañas.

—Y seremos amigos para siempre.

¿Amigos? No, de amigos nada. Al altar de cabeza, aunque fuera maniatado.

De manera que puse en marcha el segundo paso de mi maquiavélico y astuto, aunque bienintencionado plan: hacerme la interesante.

Que, ahora que había picado el anzuelo, don Luis me echara de menos. Desaparecer repentinamente y sin explicación de la faz de la tierra, puesto que había logrado llamar su atención y hasta brillar a sus ojos. Que temiera poder perderme.

Eso fue lo que hice.

Durante cuatro días que se me hicieron largos como si los pasara sin pan ni agua, me dediqué a mis escasas y aburridísimas labores de doncella de una casa vacía, esquivando las arremetidas de Salvador, que desde que los señores habían desalojado la mansión, parecía haberse dado cuenta de lo pinturera que era yo y de lo mucho que le alegraba el ojo.

—¿Quieres un cafetito, Paquita? Está recién hecho.

—No, Salvador, muchas gracias, ya he tomado.

—Esta tarde no hay nada que hacer. Podríamos salir a dar un paseo.

—Ninguna tarde hay nada que hacer, Salvador, estamos solos cuatro gatos en la casa. Mantenerla limpia y poco más.

—Pero ¿qué me dices a lo del paseo? ¿Hace?

—Que no. Que ando ocupada.

—¿Jugamos unas cartas?

Resoplé hartita de escabullirme de sus muchas atenciones. Aquel muchacho insípido, que en nada podía compararse a mi Luis, no terminaba de percatarse de lo poquito que me atraía. Y para mi infortunio, todo el mundo estaba al tanto de sus intenciones para conmigo.

Planchando estábamos, cuando la Petri me arreó un codazo en las costillas que me cortó el resuello.

—Anda con el Salvador, ¿eh?

—Con el Salvador, ¿qué?

—¿Cómo que qué? No te hagas la tonta.

—De tonta nada, que a una le sobra listura. Pero no sé de qué estás hablando.

—¿De qué iba a ser? Pues que lo tienes *enamoraíto* perdido, ¿es que no lo ves? Ese muchacho bebe por ti los vientos, lamentándose va por las esquinas.

Me encogí de hombros, frotándome con afán el costado donde había recibido el golpe.

—¿Es que te da lo mismo? —insistió Petri machacona.

—Ni lo mismo ni desigual, Petri, que a mí Salvador ni me va ni me viene. Vaya, que me resulta lo que viene siendo in-di-fe-ren-te.

Mi compañera de oficio me miró horrorizada, dando un paso atrás que la alejaba de mí, como si yo fuera la mismísima encarnación del diablo.

—¿Por qué hablas de esa manera?

Me colmé de paciencia. Hinché los pulmones y puse los brazos en jarra.

—¿De qué manera hablo, si se puede saber?

—Así, en plan fino, como si tuvieras dineros.

—Pues porque no soy una simple doncella como tú, Petri, que soy doncella personal de la señorita Beatriz y ella bien que se encargó de educarme y enseñarme modales. Que aquí, donde me ves, podría pasar perfectamente por muchacha de familia adinerada sin que nadie se percatara del cambiazo.

Petriladeó el cuello poniendo en tela de juicio todo lo que yo acababa de soltar con atropello y sin pararme a respirar.

—Uy, ella... ¡Qué aires, hija!

—Sí, ella que soy yo. Que no es nada malo querer prosperar en la vida, Petri, que no tenemos por qué pasárnosla fregando los suelos de rodillas, que una no es joven más que unos años y más nos vale aprovecharlos pensando en el porvenir.

Una de las cejas de Petri salió disparada en dirección al techo. Me repasó suspicaz de pies a cabeza.

—¿Tratas de decirme algo?

Volví a mi tarea, arrepentida del arrebato de sinceridad.

—No, claro que no. No me hagas mucho caso. Me pasan unos días sin salir a airearme y ya empiezo a desvariar.

4

El reencuentro

Paquita

Al cumplirse el cuarto día de encierro, porque tampoco me atrevía a pasear fuera del Retiro, no quisieran la mala suerte y los demonios que me cruzara con Luis en otra calle de Madrid, me vestí con lo mejorcito que encontré en el armario de la señorita Beatriz y salí disparada como si me faltara aire para respirar.

Hasta sombrilla llevaba. Algo cubierto de encajes color crema que parecía bastante incómodo de sostener y no servía realmente para nada, pero que la señorita siempre llevaba consigo desde que empezaba la primavera.

Cuando me aproximé al banco donde Luis se sentaba a escribir, lo encontré vacío.

Y el corazón me dio un vuelco, luego se me encogió y temí que pudiera romperse.

¿Qué tal si acababa de caer en mi propia trampa? ¿Y si Luis dejaba de venir al parque también? ¿Y si no volvía a verlo ni a saber de él? ¿Y si...?

—¡Señorita María!

Ese reclamo que me llegó por la espalda me devolvió el aliento. Giré entusiasmada a enfrentarlo, conteniendo las ganas de correr y encaramarme a su cuerpo en un abrazo de mono que me habría dejado en muy mal lugar.

—¡Don Luis! ¿De dónde sale usted?

—De dar un par de vueltas por aquí cerca, a ver si la veía.

Me puse como una remolacha. Y al fijarme en la expresión de su atractivo semblante, leí alivio, emoción y una alegría desbordada.

—Lleva varios días sin venir y temí que le hubiese ocurrido algo —confesó un poco avergonzado—. Me va a perdonar las ansias, he echado de menos a mi mejor amiga.

—He estado ocupada desempolvando baúles. Ya va cambiando el tiempo, hay que guardar las prendas de lana, las mantas gruesas... Y me gusta vigilar la labor del servicio para que nada falle.

—Entiendo que sabe usted bien cómo manejar una casa.

—De cabo a rabo. —Me miró con susto. Yo solté una carcajada nerviosa—. Quiero decir que sí, todas las tareas. Para enseñar y amonestar, primero hay que saber.

—¿Le molesta si le digo que volver a verla me supone un gran alivio?

—¡No, hombre! ¿Cómo iba a molestarme?

—Veo que ha vuelto a escaparse sin doncella.

Doblé el cuello en un ademán travieso que le hizo mucha gracia.

—¿Me invita a un café y me cuenta qué ha hecho estos días, además de echarme en falta?

Cuando Luis se ofreció a acompañarme hasta la mansión, no supe poner pretextos. Porque además me parecía una buena idea que al menos supiera dónde paraba, por si algún enredo del puñetero destino se empeñaba en separarnos. Encontrarnos simplemente de casualidad en el parque, a aquellas alturas de nuestra relación, no bastaba.

Nos despedimos con la educación, cortesía y distancia que imponían los cánones, cuando lo que me nacía era agarrarlo bien fuerte por la nuca, traérmelo cerca y estamparle el primer beso de mi vida.

Enterito para él.

—Nos vemos mañana, en el banco de siempre.

Un suspiro de amor se deslizó por entre mis labios. De acuerdo, quizá no fuera amor todavía, eso llega con el tiempo y los roces.

Y yo roces aún no tenía, pero ganas... todas.

Ya empezaba a fijarme en la envergadura de los hombros de Luis bajo su impecable chaqueta. Su altura, el poderoso grosor de su cuello, las manos preciosas de largos dedos que sus buenas caricias habrían de ofertar...

Tras la discusión en el cuarto de plancha, Petri me había dejado en paz un par de días, mi mal humor, al parecer, me había salvado de sus fisgoneos.

Pero se me había acabado la suerte.

Aunque entré de puntillas a la casa, antes de llegar a la puerta de la alcoba de la señorita para cambiarme de ropa, allí la tenía, con los ojos como dos sartenes grandes, revisando el vestido de seda que llevaba puesto, el sombrero y la sombrilla.

Abrió la boca para derribar mi ilusión, si bien antes de que pronunciara una letra, yo la había agarrado del brazo y de un tirón, la metí en el dormitorio y cerré la puerta. Me llevé el dedo a los labios indicando silencio, pero todo cuanto conseguí fue que bajara un poquito el tono. Nada más.

—Te he visto. Te he visto llegar con ese caballero —me acusó resentida.

—¿Y?

—¿Cómo que y? Te estás poniendo los vestidos de la señorita.

—Ella se los ha dejado aquí porque ya no los quiere. Hasta me dijo que podía quedármelos si me gustaban —mentí.

—Y por eso sales a lucirlos calle arriba y calle abajo, supongo.

Entorné los ojos y la miré por la rendija.

—Qué mala es la envidia, Petri, pero qué requetemala.

—Cuéntame qué te traes entre manos o me encargará de que todo el mundo se entere de que eres una ladrona.

—¿Una ladrona yo? ¿Qué estás diciendo, tragaldabas? ¿De cuándo? Que me ponga la ropa que es casi mía, la use y luego la

devuelva al armario, que yo sepa, no es robar nada.

Las agallas de Petri se achantaron una migaja.

—Visto así...

—Pues claro que visto así, ¡que no se pueden sacar conclusiones precipitadas, Petri! ¡Que no es de buena educación! — Me giré dándole la espalda y me aparté el cabello—. Anda, guapetona, desabróchame el vestido que vaya si cuesta ponerse y quitarse estas cosas. No me extraña que necesiten tantas manos.

Contrariamente a lo que me temía, Petri acató la orden sin rechistar. Me ayudó a cambiarme y a devolver el precioso traje a su lugar. Y todo sin despegar los labios.

Milagroso.

—¿Quieres un cafetito? —le ofrecí a modo de tregua y agradecimiento.

—Solo si me lo cuentas todo.

¡Vaya por Dios! Ya me extrañaba a mí que se hubiera dado por vencida con tanta facilidad. La tomé de la mano y me la llevé a los silloncitos junto a la chimenea. Tomé asiento en uno y le señalé el otro para que me imitara. Tardó cerca de un minuto en decidirse y al final, cuando aceptó el sillón, apenas apoyó el trasero en el borde.

—A ver, Petri. Tengo un plan.

—Eso ya lo he adivinado yo solita. Tanto trajín de ida y venida, tanto vestido pomposo.

—El plan es estar casada con un marido de posibles antes de que la señorita Beatriz vuelva de su viaje de novios.

Petri parpadeó aturdida.

—Pero si los nuevos señores no van a venir a la mansión a vivir.

—No, claro que no —me desesperé—, pero la señorita confía en que seguiré siendo su doncella en el palacio donde se instalen. Y yo le he dicho que sí para no desilusionarla, Petri, pero no quiero morirme haciendo moños ajenos. Quiero ser señora de mi propia casa, ¿no te parece que tengo derecho?

—Mujer, derecho, derecho... No es que no lo tengas, pero a un mozo de nuestra clase. Ese con el que venías acaramelada. Que se le ve ricachón y de buen porte.

Decidí que o la metía en el asunto, o la Petri me lo iba a poner todo pero que muy enmarañado y difícil.

—Ni más ni menos que lo que nosotras nos merecemos.

—¿Nosotras?

—Nosotras. ¿No te das cuenta de que es la voluntad del cielo? Nos ha ofrecido una mansión con todos sus contenidos, hasta criados tenemos, Petri. La ocasión la pintan calva para aparentar que somos señoritas de alcurnia y que un caballero bien situado se enamore de nosotras y nos coloque delante del cura.

—Pero ¡si no tenemos dónde caernos muertas!

—¡Eso a ellos no les importa! Los cuartos ya los pone el marido. Tú con sonreír, estar bonita y hacerlo feliz, ya has cumplido.

Por un instante pensé que la Petri se me caía redonda al suelo.

5

Tienes que cubrirme

—Y a ese caballero tuyo, ¿dónde lo has conocido?

—Paseando por el parque. Se me cayó el pañuelo, él muy educado lo recogió, entablamos conversación y hasta aquí han llegado las cosas. Ya no puede vivir sin una servidora.

—¿Y crees que yo podría hacer lo mismo?

—¿Por qué no? Hay más hombres solteros que peces en el mar.

—Yo no tengo tus modales, Paquita, no tuve señorita que me enseñara. Meto mucho la pata hablando.

—Pues eso lo remedias hablando poco. Venga, Petri, que tenemos una oportunidad de oro que a lo mejor vuela y ya no se repite.

La muchacha se quedó cavilando. Blanca como la cal y temblona.

—Te ha acompañado hasta la puerta.

—Claro. Porque ya somos medio novios.

—Muy rápida te veo. ¿Piensas invitarlo a tomar café?

—Sí, ¿por qué no? Y tú tienes que servirnoslo.

—¿Tú la señorita y yo la criada? Tú has perdido la chaveta, Paquita.

—Si no somos cómplices y nos cubrimos la una a la otra, nada saldrá a derechas. —Le agarré una mano y la sacudí medio histérica—. Insisto, Petri, piénsalo, que si el cielo ha querido que los señores

nos dejen esta casa es por algo. No sacarle provecho a este regalo del Señor sería hasta pecado.

—¿Tú crees?

—Pues claro. Me lo ha dicho el cura.

—Pero ellos volverán cuando quieran, a vivir donde les corresponde, esto no es para siempre.

—No, pero mientras dura, y puede durar mucho, ¿y si tú y yo pilláramos marido bien situado? ¿Y si gracias a esto nos casamos bien casadas y nos convertimos en todas unas señoras?

—Me estás proponiendo en serio que haga lo mismo que tú...

—balbuceó con la mirada perdida en la nada.

«Porque no me queda otra, cordera, que si no, ibas a ver tú a dónde te mandaba».

—Vestidos hay para parar siete trenes —la animé.

—Y si traigo un pretendiente a comer, ¿tú nos vas a servir la mesa?

—Pues claro, hoy por ti, mañana por mí. De momento hay que dejar fuera de esto al Salvador y a doña Úrsula, la cocinera.

La cabeza de Petri se zarandeó como la de un tentetieso.

—Me lo pensaré.

Me puse en pie súbitamente entusiasmada.

—Pues piénsatelo el tiempo que haga falta. Eso sí, en el interín...

—¿Interín? ¿Esa palabreja qué significa? —aulló con voz aguda.

—Significa *endemientras*. Mientras te lo piensas, tienes que cubrirme.

Algo amoscada por haber tenido que incluir a Petri en mis objetivos, me acicalé con esmero para la cita con mi Luis.

Todavía no eran las cuatro de la tarde y lucía un sol de justicia. No es que me asombrara de tocar las lujosas telas de los vestidos de la señorita, llevaba años haciéndolo, hasta me los había hecho probar en múltiples ocasiones. Pero vestirlos y salir con ellos a

la calle, sintiéndolos míos, era una sensación muy distinta, que te hacía sentir poderosa.

Poderosa o no, ese día, desde luego, la suerte la tenía de popa.

Crucé el vestíbulo principal con la casa en absoluto silencio, como estaba de costumbre porque solo éramos cuatro, con la mala fortuna de toparme de bruces con Salvador que traía un poco de leña para las estufas de los cuartos de los más frioleros.

Fue verme y cambiársele la jeta.

—¿Y tú? ¿Se puede saber dónde vas de esa guisa? Vestida con ropa que no es tuya...

Me abalancé sobre el infeliz con tal gruñido que pegó un respingo de puro miedo. El dedo tieso se lo metí por los ojos y cuando hablé, lo hice con los dientes bien apretados.

—¡*Shhh!* ¡Tú a oír, ver y callar, como los tres monos del cuento!

—Pe... pero...

—¡El pero es el macho de la pera! ¡Y ni uno ni otro! Ya está bien de pedir explicaciones, recórcholis, que a ti no te las pide nadie.

—Porque no quieres. Yo estoy dispuesto...

—¡Que te calles, Salvador, que eres muy cansino! Y quita, que llego tarde a una reunión.

—¿Una reunión con quién?

Le pasé por delante como una exhalación, sin contestar a su interrogatorio ni mirarlo siquiera. Estábamos buenos si también iba a tener que poner al tonto de Salvador al corriente de mis planes.

¡A ese paso iba a terminar sabiéndolo medio Madrid!

Y ya se sabe que un secreto, para que esté bien a salvo, no puedes compartirlo con nadie.

Por otro lado... A ver cuándo y cómo había pensado yo que iba a poder entrar y salir de la mansión disfrazada de señorita, fingiendo que la casa era mía, sin que los tres cuerpos que la compartían conmigo no terminasen enterándose.

¡Ay, Paca! Qué ingenua eres a veces.

Fui dándole vueltas a la cabeza hasta que llegué al banco donde me citaba con Luis, y al verlo se me pasó todo.

Cuando lo miraba se me ablandaba el ser, no solo el corazón, todos los órganos.

Con él cerca, mi persona se abría dispuesta a la dicha.

—Hoy la voy a llevar a otro sitio diferente, que vamos a terminar cansándonos de tanto parque —me dijo nada más llegar y besarme los nudillos a modo de saludo.

Me estremecí de gusto, como si fuera un pavo y se me ahuecaran las plumas.

—Dígame dónde, no me deje en ascuas.

—Al Gran Café Gijón, en el paseo de Recoletos. El sitio sagrado donde se reúnen en tertulia los escritores más talentosos, y donde estuve yendo cada tarde cuando el frío del invierno no me permitía sentarme en el Retiro.

Me ofreció muy galante el brazo y yo, ni corta ni perezosa, en lugar de titubear como una damisela atontada, me colgué bien pegada en menos de medio segundo.

—¿Y participaba usted en las tertulias esas?

—No, disfrutaba escuchándolas. Lo cierto es que conozco a don Gumersindo, su fundador.

—¿No decía que no tenía amigos en la capital? —le reproché.

—Es camarada de mi padre desde hace un montón de años. Se conocieron en Gijón, el pueblo natal de don Gumersindo, de ahí el nombre del establecimiento. Pero ya no lo tiene, lo traspasó hará unos tres años. Adivine quién lo compró.

—¿Otro conocido de sus parientes?

—No —rio feliz como un niño, encantado con la atención absoluta que yo le dispensaba—, a don Benigno López no tenemos el gusto de conocerlo. De quien era amigo, era de don Gumersindo. El negocio se lo compró por sesenta mil pesetas.

—Un dineral —me escandalicé, evitando por los pelos soltar un silbido a lo cabrero.

—Diría que barato, teniendo en cuenta la fama del célebre café. Ya verá la zarzaparrilla, es excelente.

—¿Y qué tiene de especial ese don Benigno? Porque algo iba usted a decirme.

—Sí, que es ibarbero!

—¿Barbero?

—Tenía la peluquería bien cerquita, en la calle del Almirante. Vio la oportunidad cuando don Gumersindo se empeñó en volverse a Gijón y la aprovechó.

—Si es que hay que estar espabilado y que los trenes que pasan no se escapen —recité pensando en mí misma.

—Imagine qué sabe un peluquero de cafés y horchatas. Y sin embargo lo están llevando entre toda la familia, divinamente. En particular su esposa, doña Encarnación. Es una maga de los negocios.

—Si es que como dice mi señorita Beatriz...

Luis me miró estupefacto. Me mordí la lengua hasta hacerme daño.

—¿Su señorita?



6

Siendo mujeres

—Mi amiga la señorita Beatriz, quería decir —rebatí a toda marcha, sin perder el fuelle—. Como dice ella, si es que no se hace justicia a las mujeres. La mayoría de las grandes hazañas de la historia tienen detrás una mujer.

—Solo que no se sabe —completó él.

—Exacto. Nunca se sabe. Porque no interesa que se sepa.

—Cierto. Es toda una injusticia inadmisibile.

—Se da por hecho que siendo mujeres somos tontas de remate. Es igual que dar por sentado que un barbero, por el hecho de serlo, no sabrá llevar un café. Y mire usted el Benigno... don Benigno, lo bien que lo está haciendo.

—Pues sí, señorita María, una comparación muy inteligente.

—Curioso es que tenga que venir usted de Sevilla a contarnos a los que ya vivíamos aquí, las intrigas de la capital.

—Solo en lo que respecta a don Gumersindo —se excusó con humildad—, y por pura casualidad. ¿Entramos?

Ya habíamos llegado y Luis abrió la puerta para permitirme pasar primero. Algo a lo que yo tardaría en acostumbrarme, siempre hecha a ceder el paso a los señores. A todo el mundo, en realidad.

—Señorita María, ¿puedo confesarle algo?

—¡Venga! —Carraspeé azorada—. Claro que sí, adelante.

—Pues me parece maravilloso tratar con usted todos estos temas. ¡Qué libertad inmensa a la hora de charlar! No hay trabas, no

hay asunto que usted rehúse. Toca todos los palos, como decimos en Sevilla.

—*¡Aaarsa!* —se me escapó.

Por suerte, mientras yo me desbarataba por dentro deseando la muerte, a Luis le dio la risa. Iba a tener que proponerme hacer muchos, pero que muchos esfuerzos para controlar mi interminable rosario de desmanes, ahora que no tenía cerca a la hija del marqués para corregirme ni arrearme collejas.

Regresamos caminando hasta la calle del Barquillo, sin que la conversación entre ambos aflojara en ningún momento, y al despedirme en la puerta, Luis me preguntó si podía invitarme al teatro.

El estómago se me retorció de burbujas y placer.

¡Figúrense! ¡La Paca en el teatro! Ni a soñar que me hubiera echado.

Acepté de inmediato, no fuera a cambiar de opinión y dejarme en tierra. Y más contenta que unas castañuelas andaluzas crucé la puerta de la mansión de Barquillo 10, cavilando lo cerca que parecía estar mi próxima boda y conversión en dama.

A regañadientes y a costa de mil promesas que me obligó a hacerle, que le elegiría los vestidos, la refinaría en el lenguaje y que, actuando como su doncella la acompañaría a los paseos a fin de seleccionar candidato, Petri me ayudó a vestirme para la noche. No tenía mi habilidad para el maquillaje y los peinados, de modo que también me hizo jurarle que, llegado el momento, me encargaría de peinarla.

Mi compañera tensaba la cuerda al máximo.

No obstante, teniendo en cuenta que más pronto que tarde íbamos a tener que contarles todo a Salvador y a la cocinera..., mi particular desastre todavía podía empeorar. Le di todos los caprichos y abandoné la mansión de los marqueses emperifollada como una señorona, con un vestido azul noche con joyas a juego, que era un auténtico primor.

Don Luis me recogió en la mismísima puerta con su flamante carruaje y al subirme, yo me sentí como la Cenicienta por un día. Acompañada de su príncipe, pero sin convertirse en calabaza a las doce de la noche. Por mí que dieran las seis de la mañana si hacía falta.

—¿Le gusta la ópera, señorita María?

No sabía ni cómo se escribía el nombre. Fingí un entusiasmo desmedido.

—Es mi género favorito.

—Pues no he querido decírselo antes para no estropearle la sorpresa, pero en el programa de esta noche disfrutaremos de «Maruxa», la obra de Amadeo Vives.

—¡Oh, Amadeo! ¡Qué portento de hombre! —aplaudí esquivando su mirada, por miedo a delatarme.

Pero Luis no me vigilaba. No en el mal sentido de la palabra. Me miraba, sí, pero como mira un niño que acaba de recibir un regalo inmenso. Con inocencia, admiración y un montón de cosas que me erizaban la piel, todas buenas y desconocidas, que la Paca es muy decente y jamás había tenido novio, ni pretendiente siquiera.

—Con Ofelia Nieto y Carlo Galeffi como cantantes principales. ¿Qué le parece?

—¿Qué habría de parecerme? Una maravilla del Señor, señorito Luis. Un placer para los sentidos.

Lo observé de reojo.

Le brillaban las pupilas y estaba más guapo que nunca. Daba la impresión de que estar allí, conmigo colgada de su brazo, atravesando la apabullante puerta del teatro, fundiéndonos en el bullicio de un montón de gente insigne lujosamente ataviada, bajo la centelleante luz de las lámparas de araña, lo hacía feliz.

Inmensamente dichoso.

Había algo en Luis, un aura de inocencia infantil que lo convertía en adorable. Mi señorita Beatriz, que de esto de calar el alma de las personas sabe un rato, habría dicho que era un niño encerrado en el cuerpo de un hombretón atractivo y galante.

Irradiaba bondad. La rezumaba igual que los botijos rezuman agua. Y eso me hizo sentirme tremendamente mal por primera vez.

Bueno, en realidad no era la primera vez, ya llevaba un tiempo comparando, sin querer, sus motivaciones y las mías. No era que lo que él parecía sentir por mí no se lo correspondiera, yo andaba tan enamoriscada del futuro barón como él parecía estarlo de mí, pero... yo mentía.

Engañaba. Retorcía la verdad. No era de fiar.

Mientras que Luis era todo transparencia y apertura. Era sincero y amable. Sonreía con toda la cara, con los ojos, que se le llenaban de arruguitas minúsculas alrededor y le soltaban destellos. Era un ser humano formidable mientras que yo, a diferencia, era un fraude. Una estafa.

Una vulgar criada con delirios de grandeza, disfrazada de señorita.

—¿Señorita María?

—¿Cómo?

Debía de llevar hablándome un buen rato, y a mí se me había ido el santo al cielo. Pestañeé deslumbrada por el brillo de las lámparas gigantescas en tanto Luis me mostraba el camino que llevaba a nuestro palco. Acabábamos de subir unas escaleras anchísimas, con balaustradas de madera tallada y habíamos recorrido un pasillo largo, un poco más oscuro. No me había dado cuenta de nada, era como si fuese en volandas.

Por eso reaccioné tarde cuando Luis se detuvo a saludar a un señor mayor, con bigote poblado que, por desgracia, yo conocía. Era amigo de los marqueses de Bonagua, le había servido el aperitivo en infinidad de ocasiones. Al parecer, también era conocido de los padres de Luis, aunque mientras conversaban me mirara a mí.

Me eché a temblar.

7

Viejos conocidos

—Oh, disculpe, don Pedro, qué descuidado soy a veces. Le presento a la señorita María de Valladares, una buena y estimada amiga.

Marqué una pequeña reverencia que no venía a cuento y de la que me arrepentí en el acto. El caballero, con expresión amoscada, tomó mi mano e hizo como si fuera a besarme los nudillos.

—Encantado, joven. —Sentí que me perforaba con los ojillos entornados—. El caso, señorita María, es que su rostro me resulta familiar. Muy familiar.

Y tanto. Estaba hartito de verme. Pero con delantal y cofia, poniéndole por delante los bocaditos de jamón serrano. Me esforcé por sonreír y que saliera natural, pero creo que mi cara se descompuso en una suerte de mueca rara.

—La señorita vive en la calle... —empezó Luis.

Se me puso la carne de gallina. Como mencionara la dirección de los marqueses estaba acabada.

Le golpeé el antebrazo con muy poca delicadeza y solté una risotada.

—Imposible que nos hayamos visto antes, don Pedro. No hace tanto que llegué a Madrid.

Mi acompañante me miró con extrañeza, soportando los tirones que yo le propinaba tratando de arrastrarlo hacia el palco.

—Pues fíjese que yo diría... —insistió el pedante de don Pedro de Gámez—, suelo ser bastante bueno recordando las caras. En fin, los años no perdonan, señorita, disculpe si la he molestado.

—No pasa nada, es posible que me confunda con alguien. ¿Entramos, querido? Creo que la función está a punto de empezar.

Nos despedimos con precipitación del encontronazo, y en menos de dos minutos tenía a un perplejo Luis sentado a mi lado, mirándome con dos ojos como platos.

—Me ha llamado... Por casualidad me ha llamado..., ¿querido?

No me moví un milímetro. Me mantuve rígida en mi silla, con las manos en el regazo, la mirada fija en el escenario aún vacío y una gota gorda de sudor nervioso haciéndome cosquillas al bajar por mi espalda.

—Lo siento, lo siento una barbaridad. Olvídelo, ha sido un atrevimiento imperdonable.

—No, si a mí...

—El caso es que me he puesto muy nerviosa.

—¿Nerviosa? ¿Por qué?

Tomé aire y me volví a mirarlo de frente.

—Me descompone conocer gente nueva. Soportar miradas desconocidas que te recorren de los pies a la cabeza, te juzgan, se preguntan de qué pie cojeas.

Lo estaba empeorando. El estupor de Luis iba de mal en peor. Moví las manos de forma histérica, restando importancia al asunto.

—No me haga caso, disfrutemos de la ópera, que es a lo que hemos venido.

—¿Y dice que hace poco que vino a vivir a Madrid?

Y dale. ¿Es que había memorizado palabra por palabra todos mis errores para poder restregármelos en cuanto tuviera ocasión?

—Sí, eso he dicho. Mi familia ha vivido siempre en México.

—Pues usted no tiene ningún acento...

—Eso es porque a mí, de pequeña, me mandaron a... a... — Me devané los sesos pensando un lugar lo suficientemente remoto como para que nadie hubiera sabido nunca de mí—, a Cuenca.

—¿Cuenca?

—A un monasterio. De monjas.

—Imagino que querrá usted decir convento.

La orquesta irrumpió con los primeros tonos.

—Tiene usted razón. Convento. A veces mezclo los dialectos mejicano y español.

—¿Dialectos?

Chisté a ver si de una vez se callaba.

—Luis, deje de parlotear, que estamos molestando. Venga, a escuchar cómo cantan, que seguro que lo hacen de fábula.

Con mucho trabajo conseguí distraerlo, que aparcara el interrogatorio y se centrara en los divos. El corazón me galopaba a velocidad suicida y los calores me subían y me bajaban del escote a la coronilla y vuelta a empezar. Hasta me costaba respirar.

—Lo bien que me vendría a mí ahora un abanico... —musité con una mano apoyada en el pecho.

—¿Quiere que salga a comprarle uno?

Lo miré sonriendo absolutamente derretida. ¿Se podía ser más adorable y encantador?

—Ni se le ocurra, que se pierde las canciones. Pero gracias por ofrecerse, es usted de una amabilidad y un galante que tiran de espaldas.

Regresé a la mansión de la calle del Barquillo borracha de felicidad, flotando en una nube, después de haberme visto tan bien acompañada en el mejor teatro de Madrid, con un vestido de seda que fue la envidia de las damas, y hasta joyas, algo que mi cuello y mis orejas no habían catado en todos sus años de vida.

Pero mira tú qué mala fortuna, ir a toparme con la Petri nada más entrar. Con cara de pocos amigos y el entrecejo como una arruga sin planchar.

—¿Qué? Lo habrás pasado divinamente, ¿no?

—Pues sí, no voy a mentirte, que voy derechita al infierno. Muy requetebién.

—¿*Ta pedío* matrimonio ya el señorito?

La aparté con un brazo para poder avanzar. Como la tenía en medio del camino, terminé cerca de la puerta de la cocina.

—¿Has perdido el magín? Ni que fueran tan sencillas y tan rápidas estas cosas.

—Pues que espabile, que ya va llegando mi turno.

—¿Eso qué quiere decir?

—Pues lo que digo, que yo también quiero un novio con billetes. Y que te toca ser mi criada y yo la señorita, y empezar a buscarlo.

—Todavía estás muy verde con las conductas, Petri, que en cuanto abres la boca sube el pan.

Esa era la excusa que le venía poniendo desde hacía unas semanas, pero *pa* mí que ya se estaba hartando de escucharla.

—Me da lo mismo. Hablo poco y en paz.

—Pues ya me dirás tú cómo te camelas a un señorito sin un pico de oro con el que encandilarlo.

—Si es que yo no rasco tan alto, Paquita, que tienes tú muchos humos. Me conformo con un tendero, un hombre honrado y bueno que se gane la vida con algún negocio, una cafetería, una pastelería. Esos no exigen tanta finura, no preciso de un señoritingo como el que tú paseas.

—Bueno, ya veremos. —Traté de apartarla sin éxito. Se me volvió a atravesar en la vía de escape.

—No, de veremos, nada.

—Petri, que estoy muy cansada, que ni te veo siquiera. Y los pies los traigo molidos.

—De aquí no sales hasta que me prometas que mañana mismo salimos de caza.

8

Aquelarre

Paquita

Bufé, desesperada.

—Baja la voz, diantre, que vas a terminar despertando a los demás y se enterarán de todo.

Petri echó atrás la cabeza para soltar una carcajada estruendosa que me echó a temblar las piernas.

—Te pensarás que no lo saben. A ver, si la señora Úrsula no se ha coscado todavía es porque no saca la pobre la cabeza de los peroles. Pero el Salvador... Ese ya te ha pillado dos o tres veces.

—Ya lo sé.

—Que me lo ha dicho, no te pienses.

—¡Que ya lo sé, demonios!

—¿Qué está pasando aquí? ¿De qué discutís? A estas horas deberíais estar durmiendo.

La que faltaba *pal* duro. La señora Úrsula, la cocinera, en camisón, con los ojos pegados y una vela en la mano, mirándonos con cara de pasmo.

Especialmente a mí.

—¿Y tú, muchacha? ¿De qué vas vestida?

La Petri y yo nos cruzamos una mirada de agobio.

—Esa ropa es de la señorita Beatriz, ¿me equivoco?

En ese momento crucial, Salvador también hizo acto de presencia, quedándose apoyado en la pared, con los brazos cruzados

sobre el pecho en plan chulesco, repasándome como si me perdonara la vida.

—Sí, listilla, venga, va siendo hora de que desembuches.

—De acuerdo, señora Úrsula —cedí con un suspiro—, y solo porque es usted. Tengo que contarle una cosa muy importante.

Acabamos sentados alrededor de la mesa del comedor de servicio, con unas empanadas que la cocinera había preparado para la cena y no se habían gastado por mi salida, la ausencia de Salvador, que había ido a tomarse unos chatos, de ahí que estuviera tan envalentonado, y la Petri, que se había puesto morada de pasteles por la tarde y no había cenado. A aquellas horas, sin embargo, a todos nos rugían las tripas y las empanadas estaban tiernas y ricas como el cielo.

—¿Qué, *señá* Úrsula? —presionó Petri— ¿No dice usted *na*?

—No se dice *señá*, sino señora. Se-ño-ra. Con todas sus letras. Y tampoco se dice *na*. Es na-da —la corregí dándole tiempo a la mujer para que pensara.

—A ver... —balbuceó al fin—, bonito no es que esté. Es una cosa fea, Paquita, bien fea. Lo de usar los vestidos de la señorita, inventarse un nombre y hacer como si la mansión fuera tuya.

—Los vestidos me los regaló la señorita antes de casarse —me defendí con brío.

—Lo de la ropa es lo de menos, es todo lo demás. Es *mu* gordo, niña, *mu* gordo donde te has metido.

—¿A que sí? —Congestionado por el vino, Salvador le echó leña al fuego.

Me entraron ganas de estamparle algo duro en la cabezota.

—¡Tú te callas! Que nadie te ha dado vela en este entierro.

—Pero lo que quieres conseguir —reanudó doña Úrsula— no es tan mala idea. Es buena, buenísima. ¿Quién te dice que no consigues casarte en todo este tiempo? Hay meses de sobra...

Fue como si se abriera el cielo y saliera el sol tras una tormenta.

—¿Y qué pasará en cuanto se descubra el pastel? Porque estas cosas, tarde o temprano se acaban sabiendo —nos fastidió Salvador, el rancio de la casa.

—Y sabrán que no tenemos un real en el bolsillo —agregó Petri con un hipido.

—Eso no importa si el caballero tiene sus propios caudales —aseguré con firmeza.

—La Paquita tiene razón —me apoyó la cocinera—. Esos hombres disponen de fortuna propia, lo que quieren es una cara bonita y una esposa de la que pavonearse, que les dé muchos hijos.

—¡Y esas somos nosotras! —Di una palmada entusiasmada al aire.

A Petri empezó a cambiársele el semblante. Todo lo contrario que a Salvador, que con un puñetazo en la mesa y una maldición parecida a un «estáis locas de atar», salió zumbando de la cocina y no se le volvió a ver.

—¿Cree usted que le irá con el cuento a los marqueses? —pregunté temblona.

La cocinera sacudió la cabeza.

—Este no tiene agallas para dirigirle la palabra a don Arturo. Además, por si no te has percatado, bebe los vientos por ti. Si se fuera de la lengua, corre el riesgo de que te despidan y Salvador no quiere perderte de vista. No hablará.

—Pues me deja usted más tranquila. Porque aquí, o vamos todos a una como Fuenteovejuna...

—Más bien como un aquelarre de brujas, porque con el mozo no cuentes. Y no te fíes de él, Paquita, no te fíes un pelo.

—Pero si usted misma me ha dicho que no me delatará.

El dedo de la señora Úrsula dibujó círculos en el aire.

—Puede hacer otras cosas peores. Que los amores no correspondidos tejen traiciones, niña. Que mira, si no, cómo acabó el Andrés.

La Petri seguramente no durmió, rumiando cómo me echaría encima todas sus exigencias de buena mañana. Me buscó en la cocina, donde calladita y modosa ayudaba a la doña a disponer las viandas del día, se sirvió un café con leche y se sentó en la esquina de la mesa a mirarme sin hablar.

—Me estás poniendo de los nervios, Petri, ¿se puede saber qué quieres?

—Que me digas a qué hora salimos hoy, a dónde iremos y qué ropa voy a ponerme.

—¿De todo eso tengo que encargarme yo?

—*Pos* claro que sí.

Doña Úrsula nos miró a las dos conteniendo una carcajada de vinagre. Me limpié las manos con un trapo.

—Puedo ayudarte con la vestimenta y el peinado. Te daré unas cuantas ideas y el resto lo haces tú por tu cuenta, que yo tengo que verme con don Luis.

Petri abrió los ojos como si me hubieran salido cuernos.

—¿Yo? ¿Sin dama de compañía? ¿A buscar un caballero aceptable?

—Claro. ¿No salgo yo sola? Haz tú lo mismo.

—Pero si no sé ni por dónde empezar —gimoteó suplicante.

—Es que te queda mucho por aprender, Petri, te lo he dicho y no me escuchas.

—Deberías hacerle caso —aconsejó la señora Úrsula como un eco.

—Pero como de repente te han entrado las prisas —añadí—, pues ¡hala! A arrancar cuanto antes. Verás cómo te estrellas.

—Me han entrado, porque en cualquier momento a alguien de la familia le da por venir y me chafa el invento. ¿Te figuras si me quedo a mitad de camino? Peor aún, ¿sin empezar siquiera?

—Pues eso. Yo te digo qué tienes que hacer y tú lo haces.

—Estás borracha. ¿Cómo voy a ir sola a ninguna parte con lo mal que me manejo? Te necesito, Paquita, y bien cerca *pa* que me puedas aconsejar.

9

A por churros

Paquita

Suspiré más hondo que el pozo de mi pueblo. A Petri, a pesada, no había quien la ganara.

—Venga, Paquita, no me digas que no, no seas egoísta.

—¿Egoísta? ¿Yo? —Me llevé las manos al pecho—. Si llevo dos semanas dedicando los días casi completos a enseñarte...

—Como tú ya has encontrado pretendiente, a las demás que nos zurzan. Y yo, Paquita, aquí o jugamos todas o rompemos la baraja. Que también tengo derecho.

Ahora resultaba que era responsabilidad mía el que Petri se ennoviara. Cuando yo andaba atontada perdida y en todo lo que podía pensar era en don Luis. Bastante tiempo me habían robado las clases para que Petri dejase de comportarse como si acabara de soltar un arado. Horas de muchos días que podría haber invertido paseando con él, o yendo otra vez al teatro.

Para que volviera a repetirse lo que pasó en aquel palco medio a oscuras.

¡Diantre! ¡Que no os lo he contado!

Cuando su mano buscó a tientas la mía, nuestros dedos se enroscaron y yo me estremecí de pies a cabeza dominada por una sensación que no había sentido antes. La de su tacto por todo mi cuerpo, como si me palpara por todas partes, no solo la mano. Queriendo más. Rendida al hechizo del deseo.

Luis. Mi... ¿amor?

—¡Paquita! —aulló Petri junto a mi oreja.

Di un respingo, se me cayó al suelo la patata que estaba pelando.

—¿Queeeé?

—¡Que estás dormida! ¿Vamos o qué?

Doña Úrsula me hizo una seña de desesperación con las cejas. Ella sabía y yo también, que Petri no cejaría en su empeño hasta salirse con la suya. Y si se le había metido en la sesera que hoy sería la primera intentona de su exposición como señorita, nadie la bajaría del burro.

Con un resoplido solté el cuchillo, aparté el lebrillo con las patatas ya listas, me sequé las manos en el delantal y a continuación, me lo desabroché. A mi lado, Petri palmoteaba y daba saltitos, feliz como una colegiala.

—De eso, para empezar, te olvidas —aproveché para cortar de cuajo tanto entusiasmo—. Las señoritas educadas nunca aplauden, ni dan gritos ni saltos. La alegría la demuestras, pero sin hacer ruido. Bajito y discreto, sin aspavientos, Petri, que tú eres mucho de aspavientos.

—¿Yo? ¡Uy! ¡Habló la niña de buena familia! —me ridiculizó.

—Y de escándalos —rematé con descaro.

Que viera lo poco que me afectaban sus burlas.

Elegimos un vestido de tul rosa que era un primor y resaltaba la cabellera castaña de Petri. Hacía brillar sus ojos oscuros y, una vez peinada, verdaderamente parecía una dama.

Casi.

Se miró al espejo y ahogó una exclamación de incredulidad.

—Esa... ¿esa de ahí soy yo?

—De pies a cabeza, Petri. Vamos a ir a San Ginés, a comernos unos churros con chocolate. Bueno, a comerte, yo soy la criada y debo quedarme de pie aguardando o en una mesa aparte, cuidándote las espaldas.

—Todo esto me hace sentir importante.

—Debes sentirte importante, Petri. Si no te crees lo que estás haciendo, no saldrá bien. Te meterás en la cabeza que eres una muchacha huérfana de familia pudiente, sin nadie en el mundo, una delicada florecilla necesitada de arrullo, o todo se irá por el retrete.

Petri sacudió la cabeza asintiendo. Sin atreverse a preguntar qué diablos significaba *arrullo*.

Miré mi reflejo muertecita de pena, echando de menos un peinado sofisticado y mis vestidos lujosos, en lugar del uniforme oscuro al que tan poco había tardado en desacostumbrarme. Me santigüé pidiendo a Dios que el pretendiente ideal para Petri apareciera pronto, antes de que me volviera loca, y salimos.

—¿Tú empezaste por la chocolatería? —quiso saber nada más arrancar la caminata.

Yo iba un poquito rezagada con respecto a ella por aquello de guardar las apariencias, pero nos comunicábamos bastante bien.

—No es una chocolatería cualquiera, Petri, es San Ginés, la más famosa de Madrid, donde merienda y desayuna la gente pudiente. Allí puedes encontrar a muchos comerciantes de esos que buscas.

A Petri le chasquearon los dientes de pura ilusión.

—Lo primero es que esté solo en la mesa. Lo segundo, que no lleve anillo de casado... que también podría ser lo primero. Luego conseguirás que se fije en ti a base de miraditas y caídas de pestañas. Así, ¿ves?

—Qué bien te sale, Paquita, yo no tengo tanto arte. Claro, como no tengo azules los ojos...

—Te puedes enroscar un rizo en un dedo, así como distraída...

Le mostré el movimiento. Petri atendía con la boca abierta, bebiéndose mis enseñanzas con un afán que me enterneció.

—Y si decide invitarte, se lo agradeces inclinando la cabeza, sin decir ni una palabra. Solo sonrías y al tiempo de marcharte, le vuelves a sonreír.

—¿Y ya está?

—Para el primer día, claro que ya está.

—¿Y qué más? ¿Cuándo vuelvo a verlo?

—Se supone, que al día siguiente en la misma chocolatería. Hay que crear un ritual, que, sin necesidad de decirlo, los dos sepáis que ese es vuestro punto de encuentro.

—Parece fácil.

—Lo es, si funciona.

—¿Qué quieres decir?

—Muy simple, Petri, hace falta que él te guste y tú le gustes a él y no sea un bribón libertino que viene a aprovecharse de ti.

La dejé rumiando un buen rato durante el cual, pude caminar en paz.

—¿Y si no veo a nadie que me guste?

—Pues volvemos otro día. O vamos a otro sitio. Hasta que lo encuentres.

—¿Tú tardaste mucho en encontrar al tuyo?

Me escoció que se dirigiera a él como si fuera un cucharón, algo que se usa y se olvida.

—El mío tiene nombre. Se llama Luis. Sí, unas cuantas semanas. Pero cuando lo vi allí, sentado en el banco del parque... supe que era perfecto.

También es cierto que pensé en él como en un botín que me solucionaría la vida. Un cucharón. Valerme de él. Un billete de barco que me llevaría a nuevos mundos haciendo de mí una señora costeadada. Nada de enamorarse, nada de sentimientos, ni de entregas, ni de lejos echarlo de menos.

Nada de sufrir.

Justo lo contrario de lo que estaba empezando a ocurrir.

Paquita

Nos acomodamos en una mesita muy bien situada, desde la que se dominaba la entrada a la chocolatería, por aquello de vigilar a los que fuesen entrando, y a casi todas las mesas. Debería mejor decir que Petri se acomodó, porque a mí, en mi papel de dama de compañía de «la señorita» me tocaba quedarme de pie a su lado, como un poste, sonriendo bobalicona.

—Ay, se acerca el camarero. ¿Qué pido, Paquita? ¿Qué pido?
—me ametralló medio histérica.

—Chocolate con churros, *burramia*, que estás en San Ginés.
—Aguardé a que diera tiritando la orden y el camarero se alejara—. ¿Tienes ya pensado un nombre con el que presentarte?

—¿Uno de esos con apellidos rimbombantes?

—Esos mismos. La servilleta al regazo.

Obedeció un poco más serena.

—Petra Martínez de Soria. ¿Te parece bien?

—Sonar no suena mal. Repasa a todos los caballeros que están solos en una mesa y acuérdate de lo del anillo de bodas. ¿Hay alguno que te haga gracia?

La mirada de Petri serpenteó por la vasta sala.

—Son todos vejestorios.

—A ver si te piensas que esto va a ser llegar y besar el santo.

—Tampoco hace falta que me guste mucho, ¿no? Conque no me desagrade del todo...

—Tú verás, Petri, tú verás. No seré yo a la que le toque aguantarlo.

—Tú es que has tenido mucha suerte. Como eres rubia y con los ojos claros, igual que la señorita, hasta pareces de familia de sombrero con pluma.

Y dale con la burra al trigo.

—Petra, el dedo, ¡el dedo!

—¿Qué dedo? —Volvió a ponerse nerviosa.

—El meñique. Al subir la taza, lo estiras, pero no tanto, que parece que lo llevas almidonado, hija.

Se aplicó cuanto pudo.

—¿Lo estoy haciendo bien?

—Para el tiempo de instrucción que llevas, te defiendes. Pero no como para enfrentarte a un caballero.

—Ya te dije que me basta...

—Un tendero, lo sé. Por desgracia ningún hombre lleva un letrero en la frente anunciando su oficio, vamos a tener que confiar en la buena fortuna.

—Paquita, te rugen las tripas.

—Si es que con las bullas que te han entrado, ni tiempo he tenido de merendar.

—¿De verdad que no puedes compartir mesa conmigo? ¿No se supone que soy moderna, muchachas de después de la Gran Guerra?

—¿Y llamar la atención de todo el mundo? ¿Que hasta el último mono de la San Ginés se quede con mi cara? A ver cómo me las apaño yo luego para hacerme pasar por dama. Deja, deja, cuanto más desapercibida pase, mejor.

—¿Qué significa esa palabreja?

—¿Desapercibida? Pues que nadie me vea.

—¿Como si fueras invisible?

—Tal cual. Mira ese de la esquina, al que están sirviendo las porras justo ahora. Es buen mozo. ¿No te valdría?

Petra lo revisó concienzuda, ladeó la cabeza y arrugó el morro.

—*Umm*, no sé...

—A ver si te vas a poner fina nada más empezar...

Así echamos la tarde, sin detectar ningún objetivo interesante, aunque no fue tiempo perdido. A Petri se le fue un poquito el miedo y verse en plan señorita, servida por otros, rodeada de personas elegantes que la miraban con afecto e inclinaban sus cabezas allí donde siempre había sido el palo de una escoba en el que nadie reparaba, le dio alas y tablas.

—Mañana no quiero volver al mismo sitio. ¿dónde te parece que vayamos?

—A pasear a la Plaza Mayor. Hay muchos cafetines en los alrededores.

—¿Eso no es mejor hacerlo por la mañana?

—Petri, por la mañana tengo yo que verme con mi señor Luis. Esto hay que organizarlo de manera que, por ayudarte a ti, no se malogre lo mío, que va tan bien encaminado.

—Y que las tareas de la mansión estén al día. Es lo primero que me ha chillado a la oreja la *señá* Úrsula.

—Sí, claro, eso. La casa.

—Señora. Señora Úrsula —se corrigió ella sola.

La recompensé con una mirada de admiración.

—Muy bien, Petri, muy bien.

—¡Señorita! ¡Oiga, señorita!

Una voz masculina que no nos era familiar a ninguna de las dos nos llegó por la espalda. Un caballero corría hacia nosotras sujetándose el sombrero con una mano. Me recogí a la derecha de Petri, con la actitud sumisa de una auténtica doncella y dejé que ella se enfrentara al imprevisto.

—Disculpe la intromisión. —El joven se detuvo con la lengua fuera—. Se ha olvidado usted esto en San Ginés.

Entonces lo reconocí. Era el mozo gallardo que le había yo señalado a la Petri a última hora y al que ella había dedicado unos ascos. Visto de cerca, el chico merecía, iba bien vestido, tenía unos

grandes ojos cálidos y una sonrisa afectuosa. En la mano derecha sostenía un abanico.

Petri se quedó patidifusa. Tardó casi minuto y medio en reaccionar.

—Oh, mi... mi abanico. Qué amable de su parte, señor...

—Federico Argüelles para servirla, señorita...

—Petra Martínez de Soria —respondió ella con una soltura que me dejó pasmada.

No solo eso, alargó la mano para que Federico se la besara, cosa que el joven hizo de inmediato y sin titubeos.

—¿Y ha venido usted galopando todo este camino?

—Cualquier sacrificio con tal de que usted no perdiera su preciado objeto.

Conocía a la Petri desde muchos años atrás y estaba derretida. A distancias cortas el joven era bien parecido, algo más alto que ella, de constitución recia. Nada que ver con mi Luis, pero estaba claro que a mi compañera le alegraba el ojo, porque cada vez que abría la boca, su tono adquiría un tinte pícaro, y se puso más tonta y coqueta que nunca.

—¿Me permitiría si la acompañara un trecho?

—El que guste. Después de la carrera que se ha *metió*... metido.

Allá que arrancaron ambos, conmigo en retaguardia, a unos seis pasos de distancia que fui alargando hasta convertir en diez. Por aquello de concederles intimidad. A Federico se le veía muy entusiasmado con Petri, no dejaba de sonreír y la cara la llevaba iluminada desde dentro. Me pregunté si podía ser que hubiéramos tenido tanta suerte. Con la Petri emparejada, yo volvía a ser libre como los pájaros para alimentar mi historia de amor con Luis.

Entonces se me retorció el estómago.

¿Historia de amor?



Paquita

Tenía que conversar seriamente conmigo misma y descubrir de qué modo estaba yo implicada en aquel asunto. Porque de un tiempo a esa parte, me sorprendía pensando en Luis con unas blanduras de corazón que no eran normales. Al menos, no estaba previsto. Yo quería un marido que me sacara de la pobreza, con el que dejar de servir para los restos, ver mundo, tener mi propia casa y servicio.

Y poco más.

No es que no deseara un amor intenso como el de la señorita Beatriz con su señor Gustavo. A ellos los había visto sufrir como condenados, sabía por las novelas que enamorarse es una trampa en la que no quería caer.

Por poner un ejemplo, de no sentir yo absolutamente nada por Luis, los remordimientos no me estarían quitando el sueño, que los primeros días después de conocerlo, vanagloriándome de lo maravillosamente bien encaminado que iba mi plan, vaya si dormía a pierna suelta, como un tronco.

Sin embargo, conforme avanzaban las semanas...

Por suerte o por desgracia, hubo un antes y un después de aquella ópera. La mano de Luis encerrando la mía, la calidez de su tacto, la sensibilidad que despertó en mi piel. Cosas que yo no había sentido antes, pero que me habían gustado. Quería volver a sentirlas. Por todo el cuerpo y cuanto antes, a ser posible.

¿Y qué me dicen de aquellos temblores que me recorrían de pies a cabeza cuando lo recordaba? No solo la sensación física.

La dulce mirada de Luis embelesado era como un bálsamo para mis desgracias. En su compañía dejaba de sentirme sola, porque si en una cosa no había mentido era en la ausencia de parientes. Yo no tenía a nadie en el mundo más que a la señorita Beatriz y al servicio de los marqueses. En las grandes casas, los criados terminábamos formando una especie de familia, la que por lo general, nos faltaba en el mundo real.

Yo había pretendido buscarme un futuro desahogado, y ahora lo que tenía era un corazón tibio, una conciencia que me arañaba desde dentro como un gavián, y un calorcito desconocido que me subía desde el vientre al escote y vuelta *p´abajo* con solo pensar en Luis.

Quizá debiera olvidar estímulos como el egoísmo o la ambición y abrirme al romance que estaba a punto de vivir.

Sin embargo, empecé a obsesionarme con qué sucedería cuando Luis lo descubriera todo. Hasta hacía poco, el riesgo se reducía a perder mi oportunidad de vida resuelta, obligándome a empezar de nuevo, con otro, desde cero.

Ahora, Luis me importaba. Era él con quien quería compartir mis días. Y descubrir mi fantasía de embustes significaría perderlo. No iba a perdonarme, de eso me podía olvidar.

¡Qué angustia se me agarró a la boca del estómago!

Más me valía relajarme y volver a enganchar el toro por los cuernos o yo misma echaría a rodar el plan. Si conseguía enamorarlo locamente, sería más sencillo ganarme su perdón llegado el momento, me dije.

Eso era en lo que debía esforzarme. En meterme dentro de su alma y su cabeza, de modo que ya no pudiera ni respirar sin mí a su lado.

«Mente fría y calculadora, Paca», me dije. «Arrincona los calorritos y otras hierbas. Aquí lo importante es lo que Luis sienta, no lo que empieces a sentir tú. Con eso solo comprarás sufrimiento y un dolor insoportable el día que abra los ojos y vea de qué pasta estás hecha. La clase de estafadora mentirosa que eres».

El día que te plante como a un clavel.

Cuidadito.

Esa noche me hice una lista con las metas a alcanzar. La mayoría las olvidé en cuanto vi a Luis de nuevo por la mañana. Habíamos quedado cerca de la entrada al Retiro, a pasear alrededor del parque sin llegar a entrar en él, pensando en tomarnos un cafetito en alguna parte. Me vestí de azul cielo, con un sombrero precioso, tocado con pequeñas plumas de marabú, guantes y sombrilla.

Le había dicho a mi «amigo» que mejor nos encontráramos en el lugar de la cita. Rondar la mansión de la calle del Barquillo más de la cuenta, podía suscitar habladurías entre los vecinos. Especialmente un par de primas octogenarias muy peligrosas de las que le prometí, le seguiría chismorreando.

A pocos metros de la entrada principal de la mansión, nada más poner el pie en la calle, el corazón me dio un vuelco. Acera adelante, embravecido y gallardo, venía don Federico, seguramente a visitar a Petri. Tendría que componérselas para que lo atendiera la señora Úrsula y a ella le diera tiempo a cambiarse. O simplemente excusarla con el consabido «la señorita no se encuentra en casa en este momento, ¿querría dejarle una nota?».

Sobre todo, eso; yo ya las había aleccionado. Ahora hacía falta que lo pusieran en práctica con la destreza requerida o se descubriría la traca, cuando la Petri había sido tan bendecida por la fortuna.

Agaché ligeramente la cabeza, rezando porque no me reconociera. El caballero se apeó de la acera para concederme espacio, se quitó el sombrero y saludó con una cortés reverencia que respondí con ligereza. Ambos seguimos nuestro camino en direcciones opuestas, yo soltando el aire retenido en los pulmones con una dolorosa punzada de alivio, él, seguramente, emocionado por la perspectiva de verse con Petri.

Sosegué mis preocupaciones diciéndome que no hacíamos daño a nadie. Al contrario, alimentábamos una bonita historia de amor por partida doble.

¿No era así?

Luis esperaba con un ramillete de flores en las manos, que me entregó nada más verme. Antes incluso de inclinarse para saludar. Como un niño que te ha comprado un regalo con sus

ahorros y no puede esperar a dártelo. El pellizco de culpabilidad no me dejó tranquila mientras lo aceptaba, sonreía e intercambiábamos algunas frases corteses.

—Y cuénteme, señorita María, todos estos días ha esquivado usted el tema, pero me dejó de lo más intrigado con el hallazgo de su crianza en el convento. ¿Qué me cuenta de esos años? Me gustaría saber más acerca de esa juventud tan poco usual.

Hice como si estuviera la mar de tranquila, pero mis dedos crispados le daban vueltas frenéticas al ramito de florecillas.

—¿Qué le puedo contar que usted ya no se imagine, don Luis? Un convento es un convento. Y en Cuenca, nada menos. Silencioso, recogido, aburrido, gris...

—Muchos rosarios habrá rezado —aventuró con ternura.

—Más de los que pueda usted figurarse. ¡Y de rodillas! La madre superiora me tenía en gran estima, siempre era yo la que leía las Sagradas Escrituras durante los almuerzos. —Mi imaginación fantasiosa no tardó en dispararse, como de costumbre—. A las monjas les gustaba el tono de mi voz, decían que les proporcionaba paz y calma.

Otro saquito de mentiras que sumar a lo que ya teníamos. Total, adornar un poco las historias tampoco es que fuera pecado.

—Y como del convento nada hay que añadir, lo que sí voy a contarle es la historia de mis vecinas las cotillas. Esa que le prometí que le narraría. Verá qué bien se lo pasa: doña Fortunata y doña Jacinta son para mondarse de risa...

Paquita

—El caso, mi estimado amigo, es que las damas son primas hermanas de toda la vida.

—Es de suponer —rio Luis, tomando mi metedura de pata como una broma.

—Una de ellas, doña Jacinta, vive en el número 12 de la calle del Barquillo. La mansión que linda con la nuestra. La otra, por azares del destino y las caprichosas herencias, habita en una mansión un poco más modesta, en la plaza. Creo que no le ha perdonado ni perdonará jamás a su prima porque le tocase en suerte la casa más grande.

—Apuesto a que no es algo que podría haberse evitado.

—Desde luego que no. El problema es que doña Jacinta sabe dónde tiene la herida su prima Fortunata y no pierde ocasión para meterle el dedo en la llaga, alardeando de mansión y de posibles.

—Seguramente, a la hora de la verdad, ambas andarán muy cercanas en caudales.

—Eso se lo puedo confirmar. Las dos forman parte de una asociación muy ilustre, «Las damas nobles», que se dedica a la caridad y la beneficencia. Y siempre andan a la gresca, compitiendo entre ellas, por ver quién hace de samaritana en mayor medida.

Luis condecoró mi historieta con unas risas sinceras.

—Puedo imaginarme a las dos damas, armadas y listas para la batalla. —Se secó una lágrima con la punta del pañuelo—. Ay, María, qué ocurrente es usted y cuánta gracia tiene contando las cosas, cualidad muy alabada si como yo, se aspira a ser escritor. ¿Y cómo es que sabe tanto acerca de las primas enemigas si hace poco que vive en Madrid?

—Por el servicio —reaccioné con premura—. Mi cocinera me pone al corriente de todo.

—Compruebo que se lleva divinamente con las personas que le sirven.

—Usted lo ha dicho, don Luis, divinamente. Entiéndalo, desde cierto punto de vista son mi única familia. Creo que nunca le he preguntado si tiene usted hermanos.

—Dos hermanas menores, mellizas. Viven en un internado en Suiza. Volverán tocando el piano como auténticas virtuosas, hablando francés y con las maneras más delicadas que una señorita pueda esbozar, mejorando lo presente. Les habrán cortado de cuajo su alegre naturalidad, las habrán encorsetado y ya no volverán nunca a ser las chiquillas despreocupadas que eran.

Lo comentó con evidente tristeza y un toque de melancolía que me conmovió.

—Por eso me siento tan a gusto a su lado, señorita María. Es usted espontánea, no tiene miedo a decir lo que piensa, es educada sin excederse, no hay artificios en su conducta. La rodea una maravillosa aura de libertad que no sabría explicar con palabras, pero que se palpa.

—Me halaga usted, don Luis. Pare, por Dios, o me pondré del color de las amapolas.

—Todas las alabanzas que pueda dedicarle son pocas. Es tan diferente a las demás damas que conozco. Esas que jamás sonríen por miedo al qué dirán. No dejan vislumbrar lo que sienten porque está mal visto. Personas con las que no puedes comunicarte, vas siempre a ciegas. Les han enseñado que lo correcto es no vivir, no respirar apenas, pasar tan inadvertidas que sus talentos queden ocultos para siempre, enterrados bajo capas y capas de finura,

corrección y decencia mal entendida. Se han olvidado de ser mujeres, queriendo ser solo damas.

Luis habló sin dejar de caminar, gesticulando con sus preciosas manos de cuando en cuando, mirando hacia adelante, a un punto lejano de un horizonte invisible. Cuando remató la última frase, enmudeció de golpe y frenó. Yo hice lo mismo y nos miramos de frente. Mis ojos húmedos de pura emoción.

Porque escuchándolo, yo, Paquita la criada, me había sentido orgullosa de quien era y de cómo me comportaba. Sus palabras me transmitieron cuánto había de bueno, de sano, en comportarse con mayor naturalidad, sin tanta regla, sin tanta cárcel.

Y por primera vez en toda mi vida me sentí valiosa.

—Gracias —musité con la voz entrecortada.

—¿Por qué me las da?

—Por el modo hermoso como me dibuja. Solo alguien con un alma que rebose luz es capaz de ver a otra persona con tanta grandeza.

—O alguien que empiece a enamorarse. Independientemente de la luz del alma.

El corazón se me aceleró hasta la locura. Mi pulso inició un galope incontrolable. Se me secó la garganta. Si por mí fuera, haciendo gala de esa espontaneidad que él tanto adoraba, me habría arrojado a sus brazos en plena calle. Le habría repartido mil besos de mariposa por todo el rostro, antes de confesar que yo empezaba a sentir lo mismo.

No pude. Todo tenía un límite y esa era una barrera que yo no podía traspasar.

—¿Seguimos siendo los mejores amigos, don Luis?

Él dio un sutil respingo, como si despertara de un sueño que lo hubiera mantenido alejado de la realidad. Reculó medio metro para no estar tan irreverentemente cerca de mí y sonrió con esfuerzo.

—Desde luego. Por eso va siendo hora de que me llame Luis a secas, ni «don» ni «señorito», ¿no le parece?

Tuve la amarga sensación de que con mis propias manos me había encargado de romper en pedazos algo muy bonito que apenas

había asomado las orejitas al mundo. Su incipiente declaración de amor.

Me maldije por ello.

Ya podía haber mantenido el pico cerrado, ya.

—Solo si usted acepta llamarme María a secas, don Luis.

A pesar de la alegría por mis avances y de los piropos recibidos, aquella noche no pegué ojo. Tenía un remolino de ideas hirviendo dentro de la cabeza. Como una olla de caldo donde todo se mezcla y burbujea. Como el caldero de una bruja, porque así me sentía a ratos, como una auténtica pérfida mujer.

Luis era un buen hombre, de esos que te miran con ojos profundos y honestos y te desbaratan. No se merecía el embuste espantoso del que estaba siendo víctima.

La culpa me mataba a dentelladas.

Con franqueza, si me había fijado en él, si finalmente tras días de búsqueda lo había escogido, era por su guapura. Y porque iba vestido elegante y con lujo. Toda su ropa, sus zapatos, hablaban de poderío; trabajando como doncella, una termina siendo experta en las calidades de los tejidos. Y los suyos dejaban patente que nadaba en la abundancia. Fijé en él los ojos y fue como si en aquel banco hubiera cien billetes de una peseta en un manojo, abandonados.

Era todo cuanto veía si lo miraba. Sus dineros. Los que probablemente tenía y de los que yo podría aprovecharme si las cosas salían bien.

Pero aquel día en que reparó en mi presencia y alzó la mirada... Le vi la cara y todo cambió, se me fue el santo al cielo. No era solo que fuese insoportablemente guapo, que lo era. La luz de sus ojos, la nobleza que irradiaba sin ser consciente de ello me convenció de que podía dejar de buscar.

Lo había encontrado. Sin duda era el hombre de mi vida.

Y ahora me arrepentía.

Cuanto más me importaba él, más culpable me sentía. Cuanto más parecía importarle yo, más sufriría Luis al descubrir mis

engaños. Y yo estaba dispuesta a cargar con mi sufrimiento, pero no quería provocar el suyo.

Aquella noche, entre miles de vueltas con la melena enredada y cambios de postura, me pregunté una y cien veces, si el plan de conseguir que perdiera la cabeza por mí era un acierto o el peor de los errores. Si aquello que había arrancado como una maniobra desesperada por sobrevivir, no acabaría convirtiéndose en el peor de los infiernos.

Ya había salido el sol hacía mucho cuando, agotada de pensar y pensarme, sin llegar a ninguna conclusión, me dormí.

Paquita

Encomendé a Petri que cuidara de que el señor Federico no tomase por costumbre venir de visita a la mansión y, menos, sin anunciarse. Nosotras ya habíamos inventado de antemano una historia, donde la pobre Petra Martínez de Soria, huérfana y sola en el mundo, se hospedaba temporalmente en casa de una conocida, la señorita María de Valladares. Por aquello de cerrar el círculo y dejar atados todos los cabos. Y para hacerse pasar por ama de llaves o similar y atender a quien viniera, a la señora Úrsula la teníamos dispuesta el día completo.

Petri se esmeró en ponerlo en práctica, lo que nos garantizó cierta tranquilidad, pero también la exigencia de mi compañera de que «su» dama de compañía, es decir, yo, la escoltara en sus paseos casi diarios con Federico.

Yo al hombre lo veía la mar de ilusionado, y me alegraba por ella, por muy fastidioso que me resultara el uniforme de criada y caminar sin ton ni son detrás de ellos mientras se hacían carantoñas. Si me descuidaba, pronto su relación llegaría a puerto dejando atrás a la mía.

—Petri, a ver cuándo empiezas a salir a pasear con tu enamorado sin llevarme a mí detrás, que como no le dedique más tiempo a mi san Luis, acabará birlándomelo otra más lista y con más minutos libres.

Petri me observó, suplicante y llorosa.

—No, no, no, a mí no me pongas ojitos. Te he ayudado a conseguirlo, ya lo tienes, está en el bote, no hay más que verlo. Olvídate de la dama de compañía, que lo único que hace es estorbar. Tira *p´alante* solita, que ya es hora. Hazte la idea de que eres una señorita moderna, no una señoritinga remilgada de esas que con un beso se desmayan.

Petri corrió hasta mí, me agarró las dos manos y las sacudió con ansiedad.

—Dime que me acompañarás por lo menos hoy. ¡Dímelo! Te prometo que no te lo volveré a pedir, ite lo prometo!

Decidí mantenerme firme como un poste de telégrafos. Estiré un dedo agitándolo con brío.

—Hoy solo, Petri, ni un día más. Corro el riesgo de que Luis se presente y me pille con ropa de doncella. ¿Imaginas el follón?

Ella asintió pesarosa.

—Todo por lo que llevo luchando se iría al traste. Por algún motivo, tu Federico va a mejor marcha que mi Luis que, mucho llevarme al teatro, mucho paseo y mucho café, pero dice que somos amigos.

—¿Amigos? —aulló Petri horrorizada.

—Los mejores amigos. Pero me barrunto que poco tiene que ver ser amigos con propuestas de matrimonio como las que a mí me interesan.

—¡Ay, Paquita...!

—No te preocupes, criatura, no pierdo la esperanza, todo se andará. —Lo estaba diciendo y se me iba encogiendo el corazón por momentos.

¿Y si era cierto? ¿Dolorosa y trágicamente cierto? ¿Que Luis no veía en mí más que a una persona agradable y no demasiado tonta con la que echar el rato y conversar? Igual había echado yo las campanas al vuelo con demasiada alegría.

¿Y si...?

No. Él había mencionado la palabra «enamorarse». Tenía que significar algo.

—Pues venga, una última caminatita con tu Federico, que a mí todavía me queda mucho que hacer con mi san Luis.

Qué poco me figuraba yo que aquel paseo me saldría caro. Pero que muy caro.

No reconocía, en la Petri que pelaba la pava con su pretendiente, a la muchacha sencilla que fregaba de rodillas los suelos de la mansión de los marqueses. Mi compañera de tantos años de faena. Se había metido tan a fondo en su personaje de señorita fina, era todo tan exagerado, sus carcajadas fingidas, sus ademanes, hasta las caídas de pestañas se veían teatrales. Sin embargo, al bueno de Federico no parecía importarle.

Vivía, respiraba encandilado.

El muchachote sonreía dichoso a todas horas, en cuanto la divisaba al llegar, resplandecía. Aquello era pan comido, cuestión de semanas que pidiera su mano.

Entonces, una de las veces en que medio distraída levanté la cabeza, vi lo que vi, y se me cortó el resuello.

Tropecé dos veces seguidas.

Luis.

Luis venía de frente, caminando despreocupado, pero por el mismo estrecho sendero del parque. Iba a ser inevitable rozarnos casi, si uno de los dos no cambiaba de vía y no parecía que hacerlo él fuera a ser el caso. Miró hacia nosotros y, en un par de ocasiones, sus ojos se posaron en mi persona. Presa de un ataque de nervios, me escabullí con un movimiento esperpéntico que logró justo el efecto contrario: llamar aún más su atención.

Espantada vi cómo la distancia se acortaba y Luis ya no miraba a nadie que no fuera yo, como si de verdad me hubiese reconocido y quisiera asegurarse viéndome los rasgos que yo, con tanta torpeza, ocultaba. No era posible seguir esquivándolo, así que hice lo único que podía hacer.

Salir huyendo.

—¡Ay, señorita! —gemí excusándome ante Petri— ¡Un apretón!

Mientras corría para perderme entre los árboles, todavía llegué a escuchar la exclamación de horror de Federico:

—Pero Petra, querida, ¿has oído a tu doncella?

—¿Has visto, Federico? Cada vez cuesta más encontrar servicio con un mínimo de finura.

¡La madre que los parió a los dos! ¡Si hasta se tuteaban ya!

Desaparecí en el momento apropiado. Cuando el camino se hacía más angosto, Luis se cruzaba con la pareja, ambos caballeros se vieron obligados a cambiar de posición para no chocar ni entorpecerse, y Luis se tocó con ligereza el sombrero para inclinarse ante Petra.

Ni que decir tiene que me fui directa para la mansión y Petri no volvió a saber de su fatigosa dama de compañía en el resto del paseo.

En los días sucesivos, cuatro para ser exactos, fue la señora Úrsula la encargada de abrir la puerta cada vez que alguien llamaba, que casi siempre resultaba ser Luis, que venía a visitarme. Me hice la enferma con la esperanza de que olvidara el bochornoso episodio. Si conseguía desviar su atención, que se preocupara por otros menesteres, quizá dejara de relacionar la cara de la doncella en el parque con la mía.

Mi nudo flojo fue la señora Úrsula. Por más que la aleccioné, ella era cocinera hasta las trancas, llevaba los pucheros y sartenes en el alma, no se le daba el protocolo ni lo de recibir. Le faltó soltura.

—La señorita, ¿está enferma, dice? —gimió don Luis.

Lo tenían plantado en el recibidor y yo había cometido la osadía de espiarlo, apoyada en la balaustrada de la escalera, desde el piso superior.

—Mucho, señor, muy grave —confirmó la pobre mujer en su afán por alejarlo.

—Ya son tres días —murmuró él, acongojado—. ¿Llamaron al médico?

—No, no hace falta.

—¿No hace falta? ¿En qué quedamos, señora? ¿Es o no es cosa seria?

—De esta no se muere. Lo que pasa es que la señorita es muy blanda, se viene abajo con cualquier minucia....

Me acababa de dejar bien, doña Úrsula. A la altura del betún.

Paquita

—Entonces, ¿puedo visitarla?

La cocinera hizo un aspaviento con los brazos, como si intentara echar a volar.

—¡No! ¡No, señor, ni lo sueñe! Vaya usted a contagiarse...

El pobre Luis cada vez entendía menos. Cerré los ojos y apreté fuerte los párpados.

«No sería decente. Diga eso, doña Úrsula. Visitar a la señorita en su alcoba no sería decente. ¡Dígallo, por Dios!» recité con un fervor que no sirvió para nada.

—Pero a contagiarme, ¿de qué?

—Es una dolencia estomacal muy molesta, ya le digo yo que estará mejor sin ella. Sin la enfermedad, me refiero.

—Necesito ver a la señorita María, señora, usted no lo entiende, estoy muy preocupado, hace dos días completos que no pego ojo...

—Vaya tranquilo, señor. No hay peligro del que alarmarse. Es solo que... no puedo permitirle que pise el dormitorio de una dama soltera, espero que lo entienda.

«¡Por fin!»

Luis cedió de inmediato ante su razonamiento.

—Tiene usted razón, señora, disculpe mi insistencia, no es más que el fruto de mi incertidumbre y mi angustia. La salud de la señorita María es para mí, lo primero.

Me faltó aplaudir.

Volví a mi cama pegando saltos de alegría. Tras oír aquello, ya no me importaba demasiado lo que dijera a continuación. Pensaba en mí, mi bienestar le robaba el sueño, insistía en saber, viniendo una y otra vez... Un par de días más fingiendo indisposición y todo volvería a ser como antes.

Mejor. Un camino de rosas como el de Petra y Federico.

Era lógico que las cosas, no siendo Luis un cualquiera sino un futuro barón, se retrasaran. Las tomas de confianza llevaban su tiempo. Cuanto más refinados y ricos, más lentos. Ya mismo también nos tutearíamos y de ahí al casamiento, sería un coser y cantar.

Juzgué conveniente recibir a don Luis en la salita de costura, una vez «recuperada». Vestida con sencillez y una manta de lana buena por encima de las piernas. En la mesita, ante mí, no debían faltar una tetera y mi taza de porcelana fina colmada de infusión. Hasta me apliqué una pizca de polvos de arroz para lucir más pálida.

Los trucos que no enseñen las novelas...

Dos días completos tardó don Luis en entrar por la puerta tratando de disimular, pero como si le faltara el aire. Solo al ver mi bulto desmadejado en el sofá, al más puro estilo «dama de las camelias», se permitió bufar con alivio.

—Mi querido amigo don Luis. —Estiré un brazo para recibirlo. Él tomó mi mano y besó los nudillos con una galante inclinación de cabeza—. Cuánto me alegra su visita.

«Y vaya si ha tardado, recórcholis».

—La veo muy bien, señorita María, lozana como siempre.

—Oh, lozana. Si estoy blanca como la leche. He pasado unos días muy malos. Sé que ha venido a interesarse por mi estado de salud —agregué a toda prisa—. No imagina lo mucho que le agradezco el detalle.

—Qué menos, señorita María. ¿Puedo sentarme?

Terrible fallo de cortesía por mi parte. Yo tumbada y el de pie como un pasmarote.

—Por favor, ruego disculpe mi descuido. ¡Señora Úrsula!

La cocinera apareció trotando en el saloncito.

—¿Qué se le ofrece... se-ño-ri-ta?

—Sírvanos un aperitivo, por favor. Encárguele a la cocinera que se esmere, don Luis estará hambriento a estas horas y a mí se me va despertando el apetito.

De ordinario, la señora Úrsula no recibía las órdenes de buen grado. Máxime cuando Petri o yo mencionábamos a la cocinera como si fuera otra persona ajena a ella misma. Salvo que la petición implicara volver a las cocinas a desenvolver su arte. Entonces sí.

Salió volando más contenta que unas pascuas.

—Disculpe si ve al servicio de esta casa un tanto relajado. Piense que no estamos demasiado acostumbrados a recibir. Entre todos formamos una pequeña y apretada familia que se da consuelo mutuo.

—Me hago cargo —sonrió—. Y hablando de servicio, una vez comprobado que está fuera de peligro. ¿podría hacerle una pregunta?

—Adelante —lo animé con ingenuidad.

—Es algo... delicado.

Mi poderoso sexto sentido me avisó de que se avecinaban problemas. Apreté las muelas y le dije que sí, claro. Rezando en silencio porque no fuera por donde temía que fuese.

Fue.

—El otro día, antes de su indisposición, claro está, me crucé con usted por el Retiro. Iba acompañando a una pareja. ¿Cierto?

Puse cara de lela terminal.

—¿Yo? Se confunde usted, don Luis, si llevo en cama un montón de días...

—Justo el día antes de ponerse enferma. Iba vestida de... doncella —le costó soltarlo.

Mantuve la templanza como pude.

—Le aseguro que no, don Luis, me debe de estar confundiendo con otra persona.

—Para bien o para mal, María, resulta usted inconfundible. Estoy convencido de que no me equivoco, la vi con mis propios ojos.

Me mordí el labio inferior. Pensando frenética una excusa que me sacara del atolladero, aunque no se me ocurría ninguna.

—No está obligada a desvelarme su secreto si prefiere guardar silencio. No obstante, me resulta tan chocante un comportamiento así...

—Pues no, ha dado usted en diana. No querría tener que hacerlo.

La desilusión que se pintó en el atractivo rostro de Luis no habría podido pasarle desapercibida a nadie. Menos a mí, que andaba pendiente del menor de sus gestos.

—Aquí llegan los aperitivos —anuncié feliz.

Él se mantuvo mudo mientras recibía las atenciones de la señora Úrsula con una sonrisa y mi interior se agitó agobiado, preguntándome si terminaría enfadado conmigo y alejándose. No quería que se alejara. Era mejor que satisficiera su lógica curiosidad con alguna mentirijilla piadosa...

Cuando Petri entró en la salita ataviada con su pulcro uniforme de doncella, su cofia blanca y una bandeja con vino y unos vasos, quise que me tragara la tierra. Aquello no podía salir bien de ninguna de las maneras.

Luis no dio muestras de reconocerla... Hasta que salió por la puerta y volvimos a quedarnos solos.

—Esa joven que acaba de servirnos, ¿es doncella de esta casa?

—Lo es. Muy buena muchacha. Confiable y capaz.

—Iba vestida de señorita el día que usted se disfrazó de criada.

El corazón me dio un brinco.

¿Cómo podía ser tan avisado y observador? ¡Apenas se habían cruzado medio segundo! ¡Petri llevaba puesto un sombrero como una palangana que le tapaba media cara!

Empezaba a percatarme de haber menospreciado los talentos del señor Luis, que no solo era guapo. Además, era listo como los ratones *coloraos*.

—Ahora, señorita María, si insiste en no desvelarme el juego que se traen entre manos, no me quedará otra que acatarlo con pesar.

Se me escapó una risita traviesa.

—¿Con el pesar de su corazón o con el de su curiosidad, señor?

—Con el de mi curiosidad, por descontado —reconoció sin ruborizarse.

—En fin, se lo contaré. Después de que brindemos.

Alzó un vaso por encima de su cabeza.

—Por usted, doña María, para que siga sana y hermosa, como lo está ahora. Para que no me dé más sustos y me siga sorprendiendo con sus extraños pasatiempos.

Era la primera vez en toda mi vida que alguien me dedicaba un brindis. Bebí con los ojos empañados por la emoción.

—Lo cierto es que sí.

—Sí, ¿qué? ¿Que vestía usted uniforme de doncella?

—Y la criada que nos ha servido el vino hace un momento parecía la señorita e iba acompañada de un caballero. Ha acertado en todo, don Luis, demuestra usted ser muy perspicaz.

Perspicaz. Qué bonita palabra. Y cuantísimo me costó aprenderla. Todavía recuerdo los sudores de la señorita Beatriz obligándome a repetirla una y mil veces.

—Vaya. ¿Y puedo saber a qué se debe tal intercambio de posiciones?

Me incliné hacia él, de modo confidencial.

—Espero que entienda que esto que voy a contarle es privado. Muy privado. Y que debo contar con su absoluta discreción.

—Soy una tumba cerrada a cal y canto.

—¿Lo promete?

—Lo prometo.

—Pues usted verá. Mi doncella tiene un pretendiente. Y a la pobre no le gustaría que el caballero descubriese que es una simple

criada.

Luis abrió mucho los ojos. Su expresión perpleja decía a las claras «pero ¡**es** una simple criada!». Solo que tuvo la suficiente educación como para no comentarlo.

—Ella necesitaba ayuda... y yo me presté a ofrecérsela.

—Para... ¿engañar al caballero?

—Engañar, engañar... Esa palabra suena muy poco musical, don Luis.

—Vale, usaremos otra, la que a usted le parezca. ¿Y el pobre diablo no sospecha nada?

Me entraron ganas de tirarme de boca al suelo.

Negué con la cabeza.

—Me va a disculpar, señorita María, con todos los respetos que le debo, lo que están haciendo...

—Le parece una atrocidad.

—Más o menos.

—Se lo puede parecer, no se lo discuto. Pero no lo es menos que el valor de una mujer se reduzca a su apellido. Que a una muchacha excelente, hacendosa y tierna como nuestra Petri, se le niegue la posibilidad de conocer a un caballero al que podría hacer inmensamente feliz, solo porque tiene un oficio u otro, dentro de la decencia.

Luis se quedó cavilando. Yo aproveché para coger carrerilla. Las palabras salieron en tromba de mi garganta, porque no estaba defendiendo solo a Petri, me estaba defendiendo a mí misma. Y la ofensa me dolía.

—Que estamos discriminando a mujeres valiosas por una tontada de diferencia de clase que se está quedando antigua, señor mío. ¿Acaso no le parece una injusticia?

—Si la oyera mi padre...

—Su padre, el barón, tendrá más años que un nudo, con perdón. Pero usted no, Luis, usted es un hombre moderno, abierto al futuro que se está dibujando después de esta guerra terrible.

—Es cierto. La bobada esta del distanciamiento por estratos sociales cada vez tiene menos sentido. No obstante, ese pobre hombre...

—La gente tiene prejuicios, don Luis. Y ese caballero, que por cierto está más feliz que un conejo en una mata de tréboles desde que sale con Petra, no le habría concedido ni la más mínima oportunidad de haber sabido que trabajaba como doncella.

Un acto conmovedor

Paquita

Luis soltó un largo resoplido.

—Argumenta usted muy bien, sería un abogado grandioso. Hasta me atrevería a decir que me ha convencido, señorita María.

—Me alegro. Páseme el vino y lo celebramos.

—Sin embargo, insisto. No debería usted inmiscuirse en un asunto tan...

—¿Turbio?

—Delicado.

Me encogí de hombros.

—Sé que lo dice por mi bien y se lo agradezco, pero haga un esfuerzo por entender mis razones. Cuando estás sola por los cuatro costados y tus criados son tu familia, eres capaz de hacer cosas muy extravagantes por ellos.

—Visto así... María.

—Dígame usted.

—Me parece conmovedor que se tome tantas molestias por una criada.

Sonreí tímida, sincera acerca de esa turbación, por primera vez desde que nos conocimos. El sagaz rabillo de mi ojo captó un movimiento sutil en la mano de Luis, que se separó de su costado y parecía venir a buscarme. Anhelé que me tocara, que posara cuanto

antes sus dedos largos de pianista sobre la línea de mi mandíbula, que recorriera mi mejilla con el dorso.

Pero dio la impresión de arrepentirse a mitad de camino y volvió a guardarla a buen recaudo, allí donde la tentación no lo venciera.

Luis

Aliviado porque la presunta complicación de salud de la señorita María no fuera nada serio, degusté con ella un café excelente y unos buñuelos recién horneados, bajo la vigilancia férrea de las criadas Petra y doña Úrsula. Igual que dos presos de los que nadie se fía. A continuación, brindamos con vino.

Al despedirme, un mozo rubicundo de nariz pecosa y gesto contraído me ofreció mi chaqueta y mi sombrero. Noté una suerte de movimiento extraño al colocármela, al que no presté mayor atención. Una vez en la calle, el instinto me empujó a meter la mano en el bolsillo y tantear. Encontré un papelito doblado que antes no estaba.

Habría podido jurar que fue el criado quien lo colocó allí dentro. Probablemente un mensaje destinado a mi persona, algo que le interesaba que yo supiera, pero que no se atrevía a decirme cara a cara. No me extrañó, no tenía pinta de lacayo, pese a la ostentosa librea, más bien de mozo de los recados, de los que cargan la leña y se llegan al mercado a por viandas.

Desdoblé la notita con cierto burbujeo en el estómago, intrigado por saber de su contenido. La letra era irregular, imperfecta y complicada de descifrar, como la de un niño que apenas se inicia en el arte de escribir.

«Esa que usted cree gran dama, se llama Paquita y en realidad no es más que una criada».

La releí en sucesivas ocasiones.

¿Paquita? ¿Quién era? ¿A quién podía referirse? ¿A la adorable señorita María? No, ¿verdad? ¿Tenía aquello que ver con su teatral representación tratando de apoyar el noviazgo de su doncella? Seguramente. ¿Y qué pretendía aquel mozo pasándome la nota clandestina? ¿Espantarle el pretendiente? Lo más probable era que la acusación, si podía llamarse de ese modo, se refiriera a la tal Petra, no a María. Y que el muchacho me hubiese confundido con su enamorado. Más posible aún, que sintiera cosas por la criada, o esperase de ella algo romántico, y se lo comieran los celos al ver que haciéndose pasar por señorita, picaba más alto.

En fin, suspiré. Al fin y al cabo, nada que tuviera que ver conmigo.

Hice una bola apretada con el papelito y la devolví al bolsillo con la intención de arrojarla a la basura o al fuego en cuanto llegara a casa. Con la conciencia tranquila y el corazón emocionado por haber conocido a alguien tan tierno y bondadoso como María. Jamás habría pensado que una joven de buena familia, educada con esmero en las reglas del buen saber, con las monjas, nada menos, forjara unos lazos tan entrañables con los miembros de su servicio. Que fuera capaz de sacrificios como los que acababa de descubrir, con tal de asegurarles un futuro.

Cierto que su comportamiento no era corriente, hasta podía tildarse de excéntrico, no obstante, de lo que no cabía duda era de la pureza de su corazón. De lo abnegada y generosa que era su alma. De todo aquello bueno y resplandeciente que la diferenciaba del resto de señoritas que conocí en Sevilla, y en Madrid luego, aunque la flor y nata de la alta sociedad de la capital aún me resultara desconocida.

Desde el momento mismo en que la había visto, me encandiló. El color trigueño de sus brillantes cabellos, sus ojos claros, siempre sorprendidos, su grácil silueta de junco y la manera pícara en que fruncía los labios cuando se quedaba pensando.

No había querido precipitarme, porque ignoraba lo que sentía ella. Si desde el primer vistazo su corazón también notó el empujón de una punzada, o simplemente, como alma solitaria que era, se había aferrado a mí y a la compañía que le propiciaba. Caminé de

puntillas para no sobrepasarme, cuando mis manos hormigueaban conteniéndose para no tocarla, usé toda mi voluntad disponible. Nos llamé amigos para darle espacio y poder ir estudiando sus reacciones.

Y conforme concedía tiempo al tiempo y todo aquello pasaba, me fui enamorando de María. A esas alturas era ya esclavo devoto de sus caprichos, de cualquier locura que me hubiese pedido, habría subido de un salto a la luna de habersele antojado.

La segunda razón de mi prudencia eran mis responsabilidades familiares.

Por más hombre del siglo XX que quisiera yo ser, por más que aceptara sin rebatir que la Gran Guerra había mutado el orden de las cosas, que la separación abismal entre clases sociales ya no era igual que antes, como único heredero de la baronía de Belmonte, mi obligación era escoger esposa con suma cautela. La mujer con la que me desposara llevaría sobre sus hombros el título de baronesa, y una reputación intachable y una educación apropiada, además de simpatía, belleza y saber estar, se convertían en requisitos ineludibles.

No es que yo los precisara. Los precisaba el título.

El título y la ingente fortuna familiar, de la que no pocas veces me sentía simple marioneta. Trabado con sus exigencias, y con las altas expectativas, en especial de mi señora madre, que poco menos esperaba que hiciera historia.

Asfixiado.

Y, sin embargo, pasar un rato con mi dulce María lo borraba todo. Las nubes negras, la niebla tormentosa, los augurios de futuro con un peso insoportable sobre mis espaldas, todo. Ella se había acabado convirtiendo en la brisa fresca que se colaba por la ventana y barría las cosas malas.

Quizá hubiera llegado el momento de dar un paso más.

Presentársela a mis padres.



Paquita

Ojiplática me dejó su oferta.

Cuando ya pensaba que la historieta de Petri con todas sus consecuencias, incluida la de hacerme pasar por doncella, acarrearía el fin de mi relación con don Luis o le ocasionaría, al menos, un desgarrón bien gordo, para mi sorpresa, se descolgó con una invitación a merendar en casa de sus señores padres. Su casa, vaya.

—Está usted... ¿Está seguro de eso?

—Sí, ¿por qué no? Mis padres estarán encantados de que por fin les presente a mi mejor amiga.

La designación que me dedicó logró que se me retorcieran las tripas.

Amiga.

—La única que tiene en Madrid, seguramente —dejé caer con ironía.

—No se crea, algo más hay por ahí.

Mis sentidos se pusieron alerta de un monumental brinco.

¿Qué había querido decir con aquello? ¿Acaso vivía yo confiada en exceso respecto a las atenciones de Luis? El engreimiento nacido de sus halagos y del tiempo que me dedicaba, ¿había impedido que pensara en la presencia de otras mujeres haciéndome sombra?

—¿Tiene más amistades femeninas? —pregunté simulando que no estaba rabiosa.

Él sonrió con ese aire canalla con el que me sorprendía a veces.

—La baronesa, que está empeñada en casarme a velocidad de vértigo. Y me obliga a conocer a señoritas casaderas previamente escogidas por ella.

Boqueé como un pez recién salido del agua, sin llegar a replicar nada.

—Como imaginará, sosas hasta el aburrimiento.

No me consoló mucho aquello, la verdad.

—En cualquier caso —prosiguió—, imagino que ya arden en deseos de conocerla después de que la haya mencionado con insistencia.

—¿Eso ha hecho? ¿Les ha hablado de mí?

—Cada vez que salgo a encontrarme con usted, a mis padres les consta. Y lo hacemos muy a menudo. Entonces, qué, señorita María, ¿acepta la invitación? Le adelanto que nuestra cocinera tiene mano de dioses para la pastelería y los bollos.

Acepté, claro. Más muerta que viva, arrinconada, preguntándome si Paca Valladares sería capaz de superar la prueba de fuego que suponía hallarme en presencia de tan ilustre gente, pero feliz como un cascabel.

Escogí un precioso vestido de encaje de guipur y con la ayuda de Petri, que estaba ese día más taciturna de lo normal, me acicalé hasta brillar como las pepitas de oro.

—Este es el vestido más bonito del armario —musitó como hablando consigo misma—. Hace juego con tus mejillas, que siempre lucen como pétalos de rosa.

—Póntelo en tu próxima cita con Federico —sugerí dando los últimos toques a un rizo rebelde. Era fundamental que cada mechón ocupara su puesto y el conjunto rozara la perfección. Los barones, los barones, la letanía de impresionar a los barones—. Mañana no, porque habrá que lavarlo y apostararlo, pero...

—No habrá más citas con Federico.

La miré a través del espejo del tocador, con los ojos desenchajados.

—¿Qué me dices?

—Que no voy a volver a verlo.

—Estabas muy encaprichada, ¿qué ha salido mal? ¿Te ha descubierto? —me aterró.

—Nada de eso, más bien soy yo la que ha descubierto. Cosas. Acabo de enterarme de que no es más que un segundón, tiene un hermano mayor que heredará las mercerías de la familia.

—¿Y por casualidad eso significa que don Federico se morirá de hambre? ¿Que no será capaz de montar su propio negocio? No, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros, dando la sensación de que dar explicaciones la incomodaba.

—No es lo mismo, Paquita, no es lo mismo, que yo ya me veía de señorona, dueña de una ristra de tiendas. Ya les hice la encomienda a la señora Úrsula y a Salvador de que, si viene, digan que no quiero recibirlo y que no se moleste en volver de nuevo.

—¿Sin darle una explicación siquiera? —Petri me lanzó una mirada que significaba «¿Le digo que lo rechazo porque las mercerías va a heredarlas otro?»—. Mujer, una mentirijilla piadosa... Qué cruel estás siendo, Petri.

—Cruel no, lista y avispada. Una, que piensa en su porvenir, no como tú, que te estás colando por ese señoritingo y el día que se entere de todo lo que escondes te vas a llevar un tortazo que ni pagando.

¡Madre santa!

¡Qué golpe de realidad acababa de darme la Petri recordándome que aquello era un negocio! O al menos, había arrancado como tal. Una manera placentera de solventarme la vida y convertirme en alguien importante, no una historia empalagosa de amores imposibles donde la Paca saldría perdiendo, de todas todas.

Con el estómago revuelto y ese nudo en la garganta, abandoné la mansión de la calle del Barquillo. Luis había tenido el detalle de venir con su calesín a recogerme, aunque yo estaba tan rígida y atemorizada, que apenas se lo agradecí.

¿Por qué no era fría y calculadora como la Petri? Peor aún, ¿cómo había sido tan *burrirancia* de haber llegado a creerme que lo era?

—Sé lo que está pensando, aunque le dé apuro decírmelo — me asaltó Luis con una ancha sonrisa y las riendas en la mano.

El trasero se me despegó del pescante de un brinco. ¿Lo sabía?

—A usted le gustaría que le explicara cómo es que no conduzco uno de esos flamantes coches mecánicos, sino un carruaje tirado por caballos. Y la razón de que no haga uso de cochero, en lugar de manejar yo mismo el tiro.

Me sosegué una *miaja*.

—Pues sí, don Luis, justo eso estaba yo preguntándome. ¿Aliviará mis dudas?

—Por supuesto que sí, mi estimada señorita. El motivo es que me gusta, soy tradicional en lo que respecta a los modos de transporte. Mi gran pasión son los caballos, echo muchísimo de menos nuestra vida campestre en la finca de Sevilla.

—¿Tenían caballos?

—Teníamos y tenemos. Muchos. ¿Le agradaría verlos algún día?

Más que comer con los dedos.

—Sería un auténtico placer. Mi señor... don Alonso, un amigo de familia, futuro marqués, también prefiere la vida tranquila de las fincas. Como su padre. Y eso que de soltero fue un buen calavera...

—No niego que la ciudad es conveniente para algunas cosas. Para pescar marido, por ejemplo.

—Pero se hace demasiado bulliciosa, está superpoblada. Donde se ponga un buen fuego y un paseo entre los árboles...

Suspiré. Ya me imaginaba yo de su mano, apartando piedras con la punta del zapato por aquellos caminitos floridos, oyendo trinar a los pajarillos mientras Luis me susurraba al oído que no había mujer que se me pudiera comparar.

Levanté despacio la mirada para estudiar su perfil perfecto, rendida y acobardada a un tiempo, esperando que él no hiciera lo mismo.

Pero lo hizo.

Y nuestras miradas se cruzaron de un modo mucho más intenso de lo que hasta entonces habíamos experimentado.

Incluyendo cien mil frases de amor apasionado que jamás se pronunciarían, si bien, allí estaban, vivas y palpitando.

—¿Está nerviosa?

—Un poco. Una no es formalmente presentada a los padres de su mejor amigo todos los días.

Paquita

—Pierda cuidado —me había dicho Luis—, en mi familia somos, por suerte, muy poco formales. La tratarán bien.

Poco formales, dijo. Y yo, que más pardilla y no nazco, me lo creí.

Quizá por eso me permití relajarme y cuando el coche se detuvo en la puerta del formidable palacio de piedra blanca, con balconadas como medias lunas, miré en todas direcciones incapaz de pensar que aquel era nuestro destino.

—Pues hemos llegado —me dijo. Y se me heló la sangre—. Le presento el palacio de Amboages, el mayor orgullo de mi..., ¿por qué no admitirlo? orgullosa madre.

—¿Todo... esto... es... suyo?

—Mío no, señorita María. Pertenece a la familia.

—Ya sabe a lo que me refiero, será suyo... algún día. Dios quiera que lo más lejano posible —me apresuré a añadir con atropello.

Luis se persignó.

—Dios lo quiera. Entre usted y yo —se apeó del pescante y extendió la mano para ayudarme a descender—, no tengo ninguna prisa por convertirme en barón. Y no solo porque ame profundamente a mis padres.

—Sino porque es un artista —adiviné con melancolía—. No crea que no le entiendo.

—Todo esto —su brazo dibujó un arco en el aire, abarcando el enorme solar, el edificio con sus fastuosos jardines— conlleva múltiples obligaciones. Quebraderos de cabeza, cálculos y números, noches sin dormir. Un patrimonio ingente no se mantiene solo, supone innumerables sacrificios que la gente sencilla no es capaz de ver.

Yo, sin ir más lejos. No era capaz de verlo. Solo veía el lujo infinito con el que vivían, el tropel de criados que solíamos servirles, satisfaciendo cada uno de sus antojos. Los mejores vinos, las mejores cocinas, almohadones de plumas y colchones en los que daba gusto dormir y perderse. Perfumes y hermosos vestidos. Desplazarse en carruaje en lugar de caminando... ¿Qué precio podría considerarse excesivo a cambio de tanto?

Ni siquiera llegaba a imaginarlo.

Tragué saliva con muchísimo esfuerzo.

—Claro que no lo ven. Si es que pertenecen a un mundo distinto.

Entre susto y susto, del galante brazo de Luis, ya habíamos atravesado el pórtico de entrada. Nos recibió un mayordomo del corte de nuestro señor Cortés, por aquellos entonces, atendiendo a los marqueses en su palacio del Escorial. Lo escoltaban cuatro lacayos con librea de botones dorados, más tiesos que un ajo, que se encargaron del sombrero y el abrigo ligero de Luis y de mi bolso y capa. En una oración silenciosa, di gracias a los años de práctica acompañando a la señorita, acostumbrándome a sus gestos y reacciones para poder imitarla a la perfección y no quedar en evidencia.

Frente a los dos, superada la trinchera de criados y asistentes, en el umbral de una sala con puertas dobles abiertas y cara de emoción contenida, nos esperaban los barones.

—Luis, hijo.

—Madre.

Dos besos cariñosos en la mejilla. Como los Bonagua. Expresividad y afecto, sin tiranteces ni fingimientos.

—Hijo.

—Padre.

Un entrañable abrazo acompañado de unas palmaditas en las espaldas.

—Tengo el gusto de presentarles a mi más estimada amiga, la señorita María de Valladares.

«Tira *p´alante*, Paca», me dije.

—Querida niña —se adelantó la baronesa, con más joyas encima que un muestrario—. Ya teníamos ganas de conocerla, ya.

—Estoy encantada, señora. Señor.

La baronesa me zampó dos besos entusiasmada y el barón me besó con efusividad la mano. Luego nos hicieron pasar al salón, donde se había servido la merienda, con la dueña de la casa enganchada a mi brazo como si fuera mi tía Obdulia.

—Tienen un palacio espectacular —alabé, porque sabía que era lo que correspondía decir y se esperaba—. Decorado con un gusto exquisito.

Tomamos asiento en los sofás más mullidos y perfumados que había visto en mi joven vida.

—El encantador señor don Fernando Plá y Peñalver, y su esposa, la vizcondesa, tuvieron a bien vendérmelo nada más rematar las obras. Sospecho que la dama quedó muy agotada con el proceso. Tanto que, al verlo terminado, ya se le habían esfumado las ganas de habitarlo —me explicó con gusto el barón.

—Sepa que no fue barato, el palacete ha sido merecedor del premio que otorga el Ayuntamiento de Madrid a la casa mejor construida de 1918 —se entrometió la madre de Luis, rezumando vanidad como los botijos.

—Un galardón muy merecido, si me está permitido decirlo, señora.

—Doña Magdalena, querida María. Y el barón es don Francisco. Los amigos de mi hijo son nuestros amigos. ¿Unos pastelillos de nuez y frambuesa?

Así arrancaron mi examen y mi interrogatorio, los que esperaba aprobar. Tuve que decirme muchas veces que solo tenía que serenarme, respirar hondo e imaginar que era la señorita

Beatriz. Me sabía de memoria sus ademanes y comportamientos. Hacerlos míos era pan comido.

Y conforme avanzaba la tarde, se secaron los sudores fríos, me fui sintiendo más cómoda, hablaba más suelta y mantenía las conversaciones sin que pareciera que me había tragado el palo de una escoba. Tanto sonreí, tan amables me parecieron las atenciones del barón y tan natural me veía en mi papel de dama de alcurnia, que pasé por alto que con el correr de los minutos, la baronesa me adulaba menos, se mostraba más distante y me miraba entrecerrando los ojos.

¿Qué iba a percatarme yo, si de contenta daba palmas con las orejas? Que estaba pero que no estaba, con aquel orgullo de mí misma que me invadió por entero y me hizo imprudente. No preguntaron gran cosa, por dónde vivía, el triste destino de mi familia, algo acerca del convento y poco más. Zampé a dos carrillos, arrinconando aquello de que las señoritas, fuera de casa, comen como pajaritos: «que no parezca que pasas necesidad, todo lo contrario, que comprueben que vas bien saciada», me decía la señorita Beatriz.

Pues se me olvidó. Porque todo estaba muy rico y anduve a un tris de chuparme los dedos delante de los anfitriones.

—Bueno, creo que ya he abusado lo suficiente de su hospitalidad —dije llegadas las siete de la tarde, que por un pelo no me encajo también para cenar—. Han sido ustedes un dechado de amabilidad.

—Hija, sepa que es usted bienvenida en esta casa para cuando guste volver —expresó un efusivo barón.

Yo es que lo miraba y veía a san José. En su portal de Belén, con su mula, su buey y todos sus ángeles y pastores.

La baronesa apretó los labios y no dijo nada.

Fuimos caminando hasta el anchísimo recibidor, donde el enjambre de criados volvió a rodearme para devolverme mis pertenencias. A Luis se le veía contento y emocionado. Todo parecía haber ido sobre ruedas.

Cuando menos lo esperaba...

El barón de Belmonte, que no os lo he dicho lo suficiente, parecía *talmente* un san José, me estrechó entre sus brazos, igual que a una hija, a la par que me susurraba.

—Aquí tiene su casa, María, ya no está sola en el mundo.

Me temblaron las piernas. Se me encharcaron los ojos.

Respondí al abrazo apretándolo con fuerza pese a lo inadecuado del gesto. Que acabábamos de conocernos, aquello no era de recibo.

Sin embargo, se ve que al buen señor yo le había caído en gracia, y de lo que Luis le hubiera contado, sentía lástima por mi infortunio. Me hizo percibir, por primera vez desde que, efectivamente me quedé sin nadie a quien llamar familia, como si formara parte de algo.

Un nido cálido. Una piña que me defendería caso de necesitarlo.

No capté la mirada de la baronesa, que no me quitaba el ojo de encima, escandalizada por el indecoroso y emocional arranque de su esposo. Pasé por alto su significado, porque de haberla interpretado debidamente, habría leído:

«Esta huele a pobre».

Y se me habrían puesto de punta los pelos del cogote.

18

Una promesa y una nota

—Bueno, ¿es que no van a decirme nada? Durante la cena apenas han despegado los labios, están muy crípticos. ¿Qué les ha parecido María?

La baronesa apartó de mala gana el bordado y traspasó a su hijo con una mirada furibunda.

—A tu padre, ni le preguntes. Ya dejó claro lo muchísimo que le gustaba, perdiendo por completo los papeles y el decoro en la despedida. Menudo bochorno, Francisco, qué escenita, te la podías haber ahorrado.

—¿Qué podría decir en mi defensa, querida? Me cayó bien la muchacha —reconoció el barón encogiéndose de hombros. Le hizo una seña al lacayo para que le sirviera un digestivo—. Y debo añadir que me conmovió profundamente su triste historia, su situación, tan joven y desvalida, sin nadie que la ampare...

—¿Era necesario, Francisco? El abrazo... —insistió doña Magdalena.

—Mujer, de sobra sé que las muestras de efusividad no están bien vistas.

—Lo que están es, fuera de lugar. Menos en un hombre de tu posición.

—Pero dentro de casa, ¿quién iba a saberlo?

—Cualquiera, si esa muchacha se va de la lengua...

—Madre, María es muy callada, diría que no tiene trato con casi nadie, salvo conmigo y con su servicio —trató de meter baza Luis.

—Imagina. Amiga de los criados. Si es que...

—¿Puedo saber exactamente por qué le disgusta?

—No es que me disguste, Luis, no te pongas a la defensiva. Es que hay algo que no me cuadra. Algo en ella que chirría... No sabría decirte.

—Y sin saber decirme, decide desestimar a la mujer a la que pretendo cortejar.

La baronesa sufrió un sobresalto que la levantó de la butaca. Se pinchó un dedo, el bordado se le cayó al suelo y el bastidor rodó lejos como una rueda de carro.

—¿Cortejarla? ¿Quién y cuándo se ha hablado de cortejos? Nos dijiste que era una buena amiga...

—Con la que paso muchas horas, porque adoro su visión del mundo. Estar a su lado es gratificante, madre, me regala aire fresco con el que no me asfixio.

—Francisco... —gimoteó con desmayo la baronesa.

El barón se vio en el brete de intervenir.

—Entiendo por qué te agrada la señorita María, sus muchas virtudes quedan a la vista. No obstante, debo conceder parte de razón a tu madre, hijo. No te precipites, como futuro heredero tienes unas obligaciones. La joven que elijas como esposa, ocupará el puesto que hoy ostenta la baronesa, debe ser impecable...

—Como lo es ella.

—Por lo visto ya lo tienes decidido —se soliviantó doña Magdalena—. ¿Por tu propia cuenta y riesgo y sin consultarnos siquiera? ¡Qué mínimo, Luis, somos tus padres!

—Y yo un hombre hecho y derecho que espera, con toda la fe de la que es capaz, que ustedes miren por su felicidad, permitiéndole casarse con la mujer de su elección.

—¡He confeccionado una lista de jovencitas casaderas de buena familia con las que ni siquiera has aceptado verte!

—Usted lo ha dicho, madre, *su* lista. No la mía. —Luis se mantuvo inflexible.

—Por favor —intervino don Francisco—, no discutáis que se me levanta dolor de cabeza. ¿Sería posible una *entente cordiale*, como en la guerra? Tú no te tomas las cosas a la ligera, Luis, y das

gusto a tu señora madre accediendo a conocer a alguna de esas muchachas. Tú, querida, reduces tu soporífera lista a la mitad...

—A un cuarto —reclamó Luis alzando la voz.

—¡Nada de eso! —aulló la baronesa.

—Con la mitad tenemos más que suficiente —concilió el barón—. Reduces la lista a la mitad y prometes acatar la decisión de nuestro hijo, sea cual sea. —Los miró de hito en hito— ¿Estáis de acuerdo?

Luis Benavente y doña Magdalena se dedicaron a resoplar. Pese a ello, el barón no se dio por vencido.

—¿Tengo un compromiso por ambas partes? ¿Una promesa? —insistió— ¿La tengo?

—La tiene, padre —claudicó Luis bajando el mentón—. Por mi parte, la tiene.

—¿Magdalena?

—Sabes que lo que hago lo hago por su bien. Deberías apoyarme en lugar de...

—¿Magdalena?

La baronesa, que había rescatado la labor del suelo solo para volver a soltarla, y ahora llevaba un pañuelito entre los dedos con el que enjugaba sangre y lágrimas a un tiempo, se levantó muy digna y se dirigió a la puerta.

—Como comprenderéis, no puedo vencer si os aliáis en mi contra. Se ve que basta una cara bonita, unas cuantas lisonjas bien estudiadas y un par de sonrisas para meterse a un hombre sensato en el bolsillo. A dos.

—¿Tenemos tu palabra de que cumplirás el acuerdo?

—La tienes, Francisco. Pero esta ofensa tardaré en olvidarla.

Abandonó la sala renegando e indispuesta por el berrinche, decidida a recluirse en sus aposentos hasta la mañana siguiente. Pero se cruzó con una doncella cargada de ropa hasta las cejas. La moza se las apañó para marcar una reverencia medianamente aceptable ante su señora, sin que se le cayera nada al suelo.

—¿Dónde vas con todo eso?

—Son las chaquetas del señorito Luis, señora. Las llevo a lavandería.

—Revisadlas antes con cuidado, no vayáis a lavarlas todas sin ton ni son. Las que no lo necesiten, un buen cepillado y de vuelta al armario. Y revísale bien los bolsillos, que no quede nada dentro. — Ella misma se dispuso a hacerlo. Mientras la cháchara que mantenía amargada a la doncella no se interrumpía, los dedos de la baronesa hurgaron en los bolsillos de las levitas—. La semana pasada, doña Gertrudis me dijo que se había encontrado una llave en uno de los... ¿Ves? —Sacó la mano triunfante—. Un papel. Al mojarlo puede manchar la tela con la tinta.

—Lo tendré muy en cuenta, señora. ¿Puedo retirarme?

Con la bolita arrugada en la mano, doña Magdalena hizo una seña a la moza para liberarla. Subiendo la escalera le pudo la curiosidad y la desdobló, alisando lo que pudo para descifrar el mensaje, que no se había escrito con buena letra.

«Esa que usted cree gran dama, se llama Paquita y en realidad no es más que una criada».

Paquita

Tres días más tarde, aún no había recibido noticias de Luis.

Empecé a temerme lo peor, a pensar que, por encima de mi magnífica impresión, no había estado a la altura. Analicé obsesivamente todo cuanto había pasado durante la merienda, tratando de descifrar si ahí estaba la clave del fracaso. Cada palabra y cada mirada que habíamos intercambiado. Rememoré la sensación de que, al principio, de recién llegada, doña Magdalena se había esforzado mucho por halagarme. Y por impresionarme. Sin embargo, conforme se consumía la tarde, lo había ido dejando, como si considerase que no merecía la pena.

Que yo no merecía la pena.

Y sus miradas furtivas, esas que yo había querido obviar, sonaban a amonestación.

El cariño de san José y mi arrogancia sin fin habían logrado que me sintiera como en casa, cuando en realidad la situación había sido de lo más violenta. No supe verlo.

«¿Será que piqué demasiado alto?» me pregunté. Petri dejaba al suyo porque se le quedaba corto, mientras que a mí, esto, me venía largo.

Qué mala espina me daba el silencio por parte de Luis. ¡Qué mala!

Paquita

Reunidas en la mesa de la cocina, con Salvador refunfuñando, yendo y viniendo sin aportar nada positivo, derrengadas y sucias después de haber limpiado la mansión de norte a sur, hasta debajo de las alfombras, degustábamos un estofado delicioso mientras ponía a mis compañeras al corriente de mis desvelos.

La señora Úrsula me miró largamente sin decir ni mu. Lo que no contribuyó precisamente a tranquilizarme.

—A ver, Paquita, tú ya sabías que todo esto era muy riesgoso, que lo mismo podía salir bien que mal.

—Hasta ahora todo iba a pedir de boca.

—¡Porque has tenido mucha suerte! Pero de pronto, por una chaladura se tuerce la cuerda y vamos todos al fondo del pozo, hija, que esto es un engaño morrocotudo.

A nuestras espaldas, Salvador renegó entre dientes algo como que si los señores se enteraban nos ponían a todos de patitas en la calle, y desapareció de nuestra vista con un canasto grande en los brazos. Mejor. No me sentía cómoda hablando de mis intimidades con él delante. Después de meses tratando de engatusarme con sus mieles y sus encantos inexistentes, ahora, de repente, prácticamente no me miraba a la cara. Y eso siempre amosca, que como decía la señora Úrsula, mira cómo acabamos con el Andresito, que parecía no haber roto en su vida un plato.

—Y eso que he cuidado los detalles, que hasta en las manos me daba friegas con un ungüento de la señorita que, como ahora trabajamos mucho menos, mire, señora Úrsula, mire qué finas que están.

Extendí las manos y se las planté por delante. Ella asintió con un cabeceo distraído y pesaroso.

—Lo que tienes que hacer, en vez de llenarte de pájaros la cabeza y desesperarte esperando, es vestirme bien bonita y saldremos de paseo por el Retiro, a comernos unos barquillos con limonada —sugirió Petri con una voz cantarina y cascabelera.

La miré atravesada y con mucha envidia.

—Mira esta lo tranquila que se la ve después de haber despachado al pretendiente.

—Porque le importaba un rábano —razonó la cocinera. Petri soltó una carcajada burlona—. Esta solo veía en ese muchacho el pasaporte para salir de la miseria.

—Diga usted que sí, doña. Ay, Petri —suspiré—, quisiera ser como tú.

—No lo creeréis —prosiguió la cocinera—, hoy ha vuelto a aparecer el pobre desgraciado de Federico.

Los ojos de Petri se abrieron con desmesura.

—¿Y qué le ha dicho?

—¿Qué habría de decirle? Que se largara con viento fresco. Cada día me da más pena el muchacho.

Fue oírlo y notar que se me encogía el corazón.

—Por Dios, Petri, tienes que decirle algo, escríbele una carta.

Mi compañera se revolvió como si le hubiera picado un alacrán.

—¿Y qué le digo? No me nace mentirle, el pobre Federico no se lo merece. Pero a mí no me interesa seguir enamorándome de un hombre que no va a darme lo que necesito.

—Vaya, que a ti se te ha metido entre ceja y ceja ser tendera —acuchillé.

—¿Hay algo malo en eso? Peor es que se te haya *metió* a ti convertirme en baronesa.

—¡Yo no quiero ser baronesa! —me irrité.

—Pues haberlo pensado antes y haber escogido a otro. Además, no vayáis a pensar que a mí Federico me era indiferente —nos sorprendió—, que me gustaba mucho el muchacho. Me trataba con respeto y un cariño que nunca nadie me dio.

—¿Entonces? —inquirimos la señora Úrsula y yo a dúo.

—He sido sensata, porque si no miro yo por mis intereses, ya me dirán quién va a hacerlo. Venga, Paquita —se puso en pie y se sacudió las manos, dando por acabado el interrogatorio—, que te tiento con unos barquillos crujientes. Hoy ninguna de las dos hace de doncella, vamos las dos de señoritas, como si fuéramos amigas.

Me resistí, pegándome a la silla como si quisiera fundirme con el respaldo. La señora Úrsula me arreó un codazo en los riñones.

—Tiene razón la niña, ¡a moverse! Acicálate e id a dar un garbeo, que te despejes. Verás que a la vuelta todo parece menos trágico.

Lo dudaba. Si no recibía pronto noticias de Luis, lo dudaba muchísimo.

Pero acepté. Claudiqué porque allí dentro me estaba ahogando. La incertidumbre y mis cientos de preguntas sin respuesta eran una soga alrededor del cuello. Necesitaba airearme, entretenerme con cualquier tontada y rezar porque Luis apareciera pronto y todos mis fantasmas se evaporasen como un mal sueño.

Cruzamos a saltos las calles que nos separaban de la entrada al parque, como dos niñas pequeñas a las que han dejado abierta la puerta, que se van emocionando conforme transcurren los minutos de libertad. Paso a paso me fui sintiendo mejor, menos agobiada. Y al llegar a la fuente del ángel caído, un montón de recuerdos bonitos se me agolparon en la memoria.

—Aquí es donde la señorita Beatriz y el señor Gustavo se veían y el amor se les salía por los ojos. Hablaban de cosas interesantes del mundo. Yo atendía y escuchaba sin perder puntada, para aprender... Para aprender...

Se me congeló la sangre en las venas. El temblor que me bajó por la espalda no pude achacárselo al frío, aunque me habría gustado.

—¿Aprender...?

—Petri, ¿tú ves lo mismo que veo yo? No te vuelvas.

Me hizo el mismo caso que a las palomas del Retiro. Giró con descaro la cabeza y sus ojos escudriñaron en la dirección en que miraban los míos.

—Si no miro, ¿cómo voy a saber...? ¡Rediez! ¡El señorito Luis!

Se tapó la boca con las dos manos y la exclamación se le salió por los lados. De haber tenido nuestros barquillos ya comprados, habrían ido directos al suelo. Porque allí estaba el hombre del que me estaba enamorando perdidamente, sentado en un quiosco junto a una joven damisela tan emperifollada y tan bonita, que me entraron ganas de llorar. Y de desmoñarla.

—Es él... —gimoteé—. Está con otra. Por eso no ha venido a verme, está ocupado en otros menesteres.

—Más bien en otras pestañas.

—Me quiero morir.

—¿Qué narices te vas a morir tú? ¿Ves lo que te dije? Esto es un negocio, tú misma me lo enseñaste. Y no puedes enamorarte de un negocio, Paquita, no debes.

—¿Quién será ella?

—Alguna señoritinga de apellido interminable y familia rimbombante.

—Que seguro que le encanta a la baronesa.

Sentí los dedos de Petri clavándoseme en el brazo. Y a continuación, un tirón de campeonato, que me hizo tambalear y por poco me tira al suelo.

—¡Arreando! Vámonos, que aquí no se nos ha perdido nada.

—A mí se me ha perdido todo —balbuceé con los ojos anegados y el corazoncito hecho pedazos, incapaz de cometer la locura de mirarlos por tercera vez.

Las pupilas se me iban solas.

Petri se propuso salvarme de mí misma, de la estupidez que estaba a punto de cometer, corriendo hasta la mesa y arrojándome al suelo de rodillas, o montando una escena de celos a grito pelado. Se colgó de mi brazo y con un empujón de primera me obligó a voltear.

—¡*Pa* la casa, Paquita! ¡Tira *pa* la casa!

—Pero es que Luis...

—¡Que tires, te digo! O te juro por mi abuela que te arrastro por los pelos.

Paquita

El colchón de mi camastro me recibió con los brazos abiertos cuando abrí la puerta de mi cuarto y me lancé de boca sin siquiera quitarme el vestido. Me pareció hasta confortable, tales eran mi desesperación y mi agonía.

Lloré y lloré, y de nada sirvió que la señora Úrsula y Petri me consolaran, cada una a su manera. Que la cocinera se rindiera y bajara a hornearme unos bollos de canela, mis favoritos. Que la Petri me cantara zarzuelas bajito, a media voz.

Nada me reconfortaba.

El dolor del desengaño era demasiado fuerte. Tan demoledor y profundo que por primera vez me pregunté qué había ganado yo arrojándome a don Luis. Me flagelé, me llamé ridícula. ¿Cómo había sido tan ingenua de pensar que tendría alguna posibilidad? Que alguien como él se fijaría en alguien como yo.

Im.Po.Si.Ble.

iMema!

Les pedí por favor que me dejaran sola con mi desesperación, si bien solo obedecieron por un rato. A los pocos minutos ya las tenía allí de nuevo, ofreciéndome dulces y bebidas, animándome y canturreándome para hacer más llevadero el berrinche.

Fui consciente de que no había mentido en absoluto al jurar que eran mi única familia. Yo no era más que una pobre muchacha

huérfana, sin amparo, sola en el mundo, sin cobijo donde apoyarse, a la que otros criados habían arropado con cariño. No viviría suficientes años como para agradecerse.

En el momento de máximo desconsuelo, mi puerta se abrió por sexta vez en un rato, y una radiante Petri irrumpió con un sobre pequeño en la mano.

—¡Han traído esto para ti! ¡Acaba de llegar!

—¿De quién es? —Me limpié los lagrimones con el revés de la manga.

—¡Adivina!

—¿Luis? —En contra de mi voluntad se me escapó un gemido ahogado.

A modo de respuesta, Petri decidió dejar de torturarme y me pasó la nota. La desgarré con ansia, reconocí en el acto la letra de Luis, tan pulcra y bien dibujada.

«Deseando verte».

Y al final, su firma. Su nombre cincelado en tinta. Unas letras que deseé besar.

—¿Son buenas noticias? —quiso saber Petri, frotándose las manos con frenesí.

Muy a mi pesar, me encogí de hombros.

—¿Qué puedo decirte? Parece que me echa de menos. Tras esto, solo espero que venga a verme.

Poco podíamos figurarnos en ese momento que sí, recibiríamos una visita. Pero por más apuestas que hubiéramos hecho, jamás habríamos adivinado de quién.

Me libré del uniforme de doncella, del delantal y la cofia, y me peiné primorosamente, maquillé suaves mis rasgos, me peiné trenzando y recogiendo mi cabello y, como colofón, escogí un delicado vestido de gasa bordada con pequeños ramilletes de rositas de pitiminí, perfecto para estar en casa más que aseada y digna, caso de que se presentara una visita.

Una visita muy esperada, por cierto.

Y se presentó. Vaya si se presentó.

Petri, que actuaba como doncella aquella tarde, entró a la salita de recibir con el semblante blanco como la cal. Anunció una visita y de su tartamudeo deduje que no se trataba de Luis. Al apartarse, apocada y torpe, vislumbré una dama con un enorme sombrero de plumas en hermoso color visón, a juego con su elaborado vestido. Era alta y robusta, con un caminar tan firme y decidido que daba temblores.

Parecía dispuesta a derrumbar la mansión de un solo mazazo.

Como una leona defendiendo a su cachorro.

La baronesa de Belmonte. Doña Magdalena.

La saliva atravesada en la garganta se me convirtió en piedra. Probablemente ella adivinó de antemano el revuelo que provocaría su visita no anunciada, porque cuando me levanté de un brinco y fui a su encuentro con los brazos extendidos en clara muestra de bienvenida, me miró con una mueca de disgusto y con las manos me indicó que me relajara.

—Sé que no me esperaba. Puede volver a sentarse. No es necesario que me ofrezca nada —recitó de una atacada.

Me dejó muerta.

—¿No desea un café? ¿Té? ¿Una infusión? ¿Limonada?

—Nada, señorita María, muchas gracias. Seré breve.

—¿Se encuentra bien su familia? —pregunté con temor.

—Mi familia, con todos sus miembros, se encuentra perfectamente. Si me he desplazado hasta aquí es porque hay algo que quería averiguar acerca de usted, y una vez averiguado, precisa de confirmación.

Se me estrechó el conducto por el que debía pasar el aire. Los pulmones no acertaban a llenarse. Más que sentarme me desplomé sobre el sillón.

—Usted dirá.

—Nada más acercarme a la zona he tenido la fortuna de encontrarme con dos vecinas tuyas. Dos primas, encantadoras y muy serviciales. Doña Fortunata y doña Jacinta.

—¿Iban juntas?

—No. Nos hemos abordado por separado.

—Ya decía yo. Es que se odian a muerte, ¿sabe usted?

—María —me cortó tajante—. No son los chismes del vecindario lo que vengo a compartir con usted.

—Ya imagino —susurré con debilidad.

—Por ellas he sabido que esta mansión pertenece a los marqueses de Bonagua. —Marcó una pausa ligera que a mí no se me ocurrió quebrar—. Los marqueses de Bonagua —recalcó—. No sus padres. Bonagua, nada de Valladares.

Si esperaba que la sacara de la intriga, iba lista. Apreté las ruedas, no fuese a escapárseme alguna inconveniencia.

—Compruebo que se conduce con mucha finura para ser una pobretona. Alguien se ha encargado de pulirle los modales, eso queda claro.

Pensé y pensé qué decir, cómo actuar para salir del aprieto. No se me ocurría nada mejor que aparentar ser muda y que saliera el sol por Antequera.

—¿Es usted pariente de los marqueses? ¿Acaso alguna prima pobre? ¿Una recogida? Porque la hija no eres, eso es evidente, los marqueses viven y gozan de perfecta salud. —Se inclinó amenazadora hacia adelante— ¿Quién eres en realidad, María?

—Yo... María de Valladares, señora. Tal y como le dije.

—Pero esta casa no es tuya. Sabía que ocultabas algo, tuve un pálpito la tarde que te conocí, algo turbio, oscuro alrededor. No te quiero ver cerca de mi hijo.

—Luis y yo nos tenemos mucho afecto... —intenté defender.

—Cuando nosotros faltemos, Luis heredará una insultante fortuna, lo suficientemente copiosa como para que veinte generaciones venideras puedan dedicarse a holgazanear sin dilapidarla.

Dilapidarla. ¿Qué significaba? Y, ¿veinte generaciones? Un poco exagerada la señora, ¿no? Bien se notaba que era andaluza.



21

El peso de la culpa

Si ya era terrible que me despreciara pensándome una prima pobre, más catastrófico sería que se enterara de que era una simple doncella. Por nada del mundo iba a sacarla de su error. En boca cerrada no entran moscas y no quería decir nada de lo que arrepentirme luego. Al margen de que la baronesa traía consigo todo un baúl de recriminaciones que deseaba escupirme a la cara.

Mejor permitir que se desahogase.

—De modo que el patrimonio que tengas o dejes de tener, no nos preocupa, no necesitamos tu dote. Pero exijo que mi nuera sea insigne y transparente. Adecuada. Decente y respetable. Alguien que miente no es alguien de quien me pueda fiar.

Sus palabras me retumbaron dentro como un eco lacerante. Se me colaban y hacían trizas los arrestos que tanto me había costado reunir, mi ilusa confianza en que mi descabellado plan, de algún modo, funcionaría.

—Te lo resumiré: no me gustas, María de Valladares. No me pareces honesta. ¿Ha quedado claro?

Asentí estrangulada. La voz se negaba a salir de mi cuerpo vapuleado.

Los ojos de la baronesa se pasearon inmovibles por mi persona. De arriba abajo y vuelta a empezar.

—Ya decía yo. Tendrás los bolsillos vacíos, pero al menos sabes lo que te conviene. —Con una pompa digna de la dama de alcurnia que era, se puso en pie y se sacudió la falda del vestido—. Si vuelvo a verte rondar a Luis, o si no lo desanimas en caso de que

él te busque, seguiré escarbando en tus secretitos. Hurgaré tanto que lo sacaré todo a relucir, hasta lo más feo. Cosas que seguramente preferirías mantener a buen recaudo.

—Pierda cuidado, señora.

No se entretuvo en darme las gracias. Al llegar a la puerta pareció pensárselo mejor, frenó y me dedicó una ojeada por encima del hombro.

—Espero no tener que molestarme en insistir, querida.

Solté el aire que retenía en el pecho, abrí los portones del dique y todo resbaló y saltó por los aires. La congoja, la rabia, la pena inmensa, la pérdida, el vacío.

La vergüenza.

La terrible, voraz, espantosa vergüenza por ser quien era. Nadie. Una muchacha sin apellido ni familia, con un oficio humilde como los guijarros del campo, sin formación ni talentos, y, sin embargo, enamorada.

¿Es que no era digna de que me quisieran? No cualquiera, Luis. ¿Tan imposible era que hubiese visto en mi persona algo brillante, especial, distinto a la mayoría, que lo atrajera?

Estaba sufriendo. E iba a sufrir mucho más. Por amor.

Petri entró como una tromba en la sala, seguida de la señora Úrsula, que le pisaba los talones. Yo estaba desecha en lágrimas, con el rostro hundido en el cuenco de las manos, el corazón encogido y sin poder respirar.

La cocinera me tomó por los hombros y a empujoncitos, me condujo al mullido sofá, por si me desmayaba, que me pillase sentada. Cada una de ellas se acomodó a uno de mis costados, flanqueándome como dos ángeles de la guarda, mirándome con preocupación. Hasta el Salvador, que se había pasado detestándome las dos últimas semanas, apareció sin resuello en la puerta y se atrevió a entrar.

—¿Estás bien? —quiso saber— ¿Qué te ha dicho la señorona?

—¿Nos ha descubierto? —preguntó la doña Úrsula.

Le agradecí que usara el plural, me hizo sentir menos sola y menos culpable, era como si el temerario plan nos perteneciera a todos.

—No se imagina ni por los forros del magín que soy una criada —hipé—. Piensa que soy la prima pobre de los Maldonado y eso ya le molesta bastante.

—Malditos ricos, solo preocupados por los dineros —masculó Salvador, sirviendo dos deditos de jerez sin que nadie se lo pidiera y alargándome la copa.

—Lo admirable es que la fortuna no les importa.

—¿Eso te ha dicho? —Petri puso en duda mis palabras.

Asentí.

—¿Y la crees?

—¿Por qué no iba a creerle? Son más ricos que el propio rey. No imagináis el palacio donde viven. No necesitan el dinero de nadie, tienen suficiente como para que toda España dejara de pasar hambre.

—¿Entonces?

—¡La mentira, doña Úrsula! La mentira y la falsedad es lo que no perdona. Que esta gente a lo que sí le da importancia es al honor y a ser decente. —Apuré de un trago el dulce licor—. Y yo, de decente... en esta historia he tenido poco.

—Y eso que no se huele la verdadera tostada...

—Imagina si llegan hasta el fondo del asunto. Terminarían contándoselo a nuestros señores. Iríamos todos de cabeza a la calle. Despedidos y sin referencias.

—Si algo así ocurriera, me haría cargo de la responsabilidad al completo. Esto ha sido cosa mía y de nadie más —prometí.

La Petri me recolocó un mechón suelto y de paso, me dio un pellizquito en el moflete.

—Anda y no seas tontona. Aquí todos hemos sido compinches. Hubiera sido imposible que te hicieras pasar por señorita, entrando y saliendo vestida como un pincel, sin que ninguno de nosotros se coscara. Además, hemos recibido a don Luis de visita, ahora a la baronesa, actuando como criados...

—Sería muy difícil —convino doña Úrsula—. Además, Paquita, hemos hecho piña porque no nos parecía mala idea. Temeraria, sí, pero si las dos cazabais buenos hombres y os convertíais en mujeres

de provecho yo, como madre postiza vuestra que soy, no habría podido sentirme más dichosa.

—Todavía no está todo perdido —musitó Salvador desde su rincón alejado.

Alcé hacia él unos ojos esperanzados.

—Si te olvidas del señor Luis y sigues con tu vida, estoy seguro de que la baronesa cumplirá con su palabra y se dejará de averiguaciones.

Las tres asentimos con cabeceos. Eso era lo lógico, lo que cualquier persona en sus cabales decidiría. Pero ¿quién se lo contaba a mi desgraciado corazón maltrecho? ¿Cómo hacía para desprenderme del olor de Luis que llevaba impregnado hasta el tuétano de los huesos?

—La muchacha está enamorada, Salvador —recitó la señora Úrsula—, pedirle eso no es lo más sencillo.

—Ya, pero es lo único sensato.

—Eso sí. Anda, trae *pa' cá* la botella del jerez y otras tres copitas, vamos a quitarnos de encima el mal rato.

Durante los dos días siguientes, que se me antojaron una eternidad, apenas salí de mi cuarto. Lloraba, dormitaba y apenas comía, perdida en la desesperación y el desconsuelo. Recordando como en una moviola la imagen de Luis en el parque, con aquella linda jovencita, imaginando cosas espantosas como que se besaban o la pedía en matrimonio con la baronesa en vanguardia, aplaudiendo en plan posesa.

Creo que tuve hasta fiebre.

Petri asumió todas las faenas de la casa y Salvador, mucho más implicado de lo que cabía esperar, también se portó estupendamente. La cocinera se esmeraba en preparar caldos sustanciosos que me nutrieran y no requiriesen mucho esfuerzo a la hora de tragar, y por si eso fuera poco, persuadió a los otros dos para que me dejaran digerir la pena a mi ritmo.

Así fueron consumiéndose las horas, como ramitas secas en una candela.

Hasta que llamaron a la puerta y Petri vino, a la carrera y desencajada, con un vestido precioso de la señorita Beatriz en la mano.

—¡Ha venido! Paquita, ¡ha venido!

Paquita

Mi mala cara y yo, con la inestimable ayuda de Petri, nos compusimos lo mejor posible para atender a la inesperada visita. Conforme mis pies descendían por la escalinata que guiaba a la planta principal, traté de sacar algo de color a mis mejillas a base de pellizcarlas.

Luis.

Luis había venido a verme.

¿Estaría al tanto de la visita de su madre? ¿Del rapapolvo que me había dedicado? ¿De las amenazas?

¿Venía a decirme que nada podría con su amor por mí y que se opondría a todo y a todos con tal de tenerme?

Se me inflamó el corazón de pura ilusión.

Sin embargo, al entrar en la biblioteca donde Luis esperaba y verlo de espaldas, erguido mirando hacia los ventanales, la alegría y el entusiasmo con el que se giró a mirarme estaban bastante reñidos con la seriedad de una lucha a muerte en defensa de nuestros sentimientos.

Luis no sabía nada acerca de la visita de la baronesa. Y yo me debatí, en cuestión de segundos, sobre si ponerlo o no al corriente.

—¡María! —Extendió los dos brazos, como reclamando mis manos.

Me pareció tan romántico...

—Es la primera vez que no me llama señorita María —advertí concediéndoselas.

Me besó con fervor los nudillos.

Con una devoción y una entrega que me acuchilló aún más hondo. La idea de renunciar a lo que sentía por él, al modo en cómo me veía a mí misma si estaba a su lado, se me hacía insoportable.

—Pensé que después de ese primer encuentro formal con la familia, podíamos dar un paso adelante, ¿no le parece? ¿Le molesta que la llame María?

Sonaba tan dulce en sus labios... Y ni siquiera era del todo mi nombre.

—Será todo un honor que me llame María. Supongo que también espera que lo llame Luis.

—Por descontado.

—¿Quiere sentarse? Vamos a ordenar que nos traigan un café.

Más diligente que nunca en su vida, Petri se encargó del servicio.

Los ojos de Luis reptaban juzgadores por mis facciones y todo cuanto hice por esquivarlos fue en vano.

—La noto un poco pálida. Bella como una flor, como de costumbre, pero algo desmejorada. ¿Ha estado enferma?

«Enferma de ansiedad por culpa de tu ausencia».

—Lo cierto es que sí. Desde el día en que visité su casa. Empecé con una ligera indisposición que se fue agravando y he acabado varios días en cama.

—Esta vez avisarían al médico.

—Sí, enseguida —mentí sin ruborizarme. A aquellas alturas ya era complicado—. No se preocupe, no se trata de nada serio. ¿Y usted? No he tenido noticias suyas desde la merienda.

Puse mucha voluntad en que la pregunta no sonara a reproche.

Por supuesto, no lo logré.

—Mi madre me ha obligado a verme con otras damas.

Al mencionar a la baronesa, una especie de rayo maligno me atravesó el pecho. Imaginé, como en la peor de mis pesadillas, que

la mujer aparecía de repente y nos pillaba allí sentados, indefensos, sorbiendo café.

Me puse en pie con una pirueta tan espectacular, que Luis se asustó.

—Subamos a la azotea —propuse con atropello—. Podemos tomarnos el café allí, al aire libre, es mucho más bucólico.

Le pareció bien, no puso inconvenientes y en menos de quince minutos estábamos otra vez acomodados, cuatro pisos por encima, apoyados en la balaustrada de piedra, vigilando la calle, sintiéndome mucho más a salvo porque si alguien aparecía, mis compañeros se encargarían de despacharlo sin que llegaran a sorprendernos.

—Me gusta su calle —comentó Luis, pasados unos minutos.

—No solo es bonita y céntrica, también puede presumir de pintoresca. En estas mansiones habitan familias de lo más peculiar. Sin ir más lejos, el número 8, aquí al lado, es propiedad de un ingeniero. Inmensamente rico, eso sí, es el responsable de la construcción del metro, pero de sangre azul, nada.

—Bueno, la alta burguesía es lo que hoy día, por más que les pese a muchos, abunda.

Aquella charla intrascendente con Luis me trajo de vuelta a la calma. Me ayudó a arrinconar los miedos y todo habría sido maravillosamente positivo, si la consecuencia no hubiera sido que mi yo osado saliera a relucir.

—Mi pa... —conseguí morderme la lengua antes de decir «patrón». ¡Ay, Paca! ¡Ojo con el arrojo! ¡Vigila lo que dices!—. Mi padre, que en paz descanse, afirmaba que no debería ser de recibo que nobles y plebeyos compartieran calle. Pero ya ve usted.

—¿Deduzco entonces que era noble, su padre de usted? — Luis me observó con curiosidad mal reprimida.

Fui consciente de que acababa de meterme en otro jardín de los míos. A ver cómo me las apañaba para salir.

—Sí. Conde, por más señas.

Me pareció demasiado ambicioso inventármelo marqués, no digamos duque.

—Pero como todos murieron —proseguí—, a saber dónde ha ido a parar el bendito título. Ya sabe, a las mujeres nos tienen al margen de estas cosas.

—Es curioso, nunca antes lo mencionó.

—Usted no me preguntó y no vino al caso. Habría pecado de presuntuosa sacando a relucir el tema por mi cuenta. Dígame una cosa, Luis —añadí a toda prisa, no fuera a ponerme en otro brete—: si una criada, una simple y modesta criada le salvara la vida, ¿usted qué haría?

—No sé. —Se quedó meditando—. ¿Darle un sueldo extra? Y un montón de días libres. Se lo merece.

—Ya veo.

—Perdón, ¿hablamos de alguien en particular?

—No, claro que no. A ninguno de los dos nos ha salvado de morir un criado. —Hice como que reía y volví a apoyarme en la balaustrada, a mirar la calle.

Luis seguía observándome con renovado interés.

La imagen de la baronesa cruzó el aire como una aparición fantasmal, provocándome un sobresalto. Me pregunté por enésima vez si de verdad Luis lo ignoraba todo o si me tocaba a mí remediar su ignorancia.

—Luis...

—Dígame, María.

—Es posible... solo posible, mire que estoy haciendo conjeturas y nada más...

—Arranque, mujer.

—¿Sería posible que a su madre de usted no le hubiera gustado yo... al punto de volverse loca?

Luis sofocó una risita.

—A estas alturas, mi madre es difícil que pierda la cabeza por nadie.

—Lo digo porque en caso de acertar —él no me lo había negado—, lo entendería, puede que yo... que yo en esa merienda dijera alguna inconveniencia...

Sus ojos se abrieron con asombro.

—O me comporté... no sé, ¿rara?

—Puede estar tranquila, su comportamiento fue irreprochable.

—Desde su punto de vista.

—Me atrevería a afirmar que también desde el del barón.

—Puede apostar a que una madre está pendiente de otros detalles puntillosos que, a ustedes los hombres, les pasan desapercibidos.

—¿Cómo cuáles?

—Luis, diga lo que diga, y se lo agradezco, no me comporté con naturalidad, todo fue forzado, hasta con un punto dramático, diría yo. —Acallé sus protestas—. Y es que tengo que hacerle una confesión que cambiará su opinión acerca de mí. Puede que del todo.

Luis

Enarqué las cejas, planteándome por primera vez, que María pudiera estar hablando en serio. Mirándola, parecía francamente mortificada, cuando yo, estando allí solos los dos, en la más absoluta e indecorosa intimidad, de lo único que tenía ganas era de envolverla en mis brazos y besarla hasta el fin de mis días.

Ella hablaba y yo perseguía hipnotizado el bailoteo de sus labios jugosos. Me reprendí recordándome que lo que tocaba era atender y conducirme como un caballero.

—¿Qué podría ser? —boqueé.

—No tengo memoria.

Sufrí un calambre monumental. Me recorrió de pies a cabeza.

—¿Cómo dice?

—Que se me borró. La impresión de perder a toda mi familia de la noche a la mañana fue, en opinión de médicos muy versados, demasiado fuerte.

«Puedo entenderlo» quise decir. Pero creo que de mi boca no salió un solo sonido.

—Los detalles de mi pasado quedaron ahí, en la inopia, cubiertos de niebla. Luis, no recuerdo con exactitud cosas que pasaron, cosas que la gente, incluida su familia, se empeña en preguntarme. A veces me siento perdida, no sé cómo contestar sin que me tomen por loca.

En lugar de responder una bobería que no alcanzaría a consolarla, cometí la osadía de rodearla con los brazos y la traje hasta mí con ansia. Echando mano de hasta la última brizna de autocontrol para confortarla sin propasarme. Bebí su perfume, me embriagué con la calidez de su cercanía. Mis dedos traviesos sobre su breve cintura se contuvieron para no ir más allá. Besé su pelo y a continuación, su frente.

La vi cerrar los ojos al recibir la caricia, algo que me llenó de gozo. La acuné sin soltar el abrazo y fue como rozar el cielo con las manos.

—No pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? ¿Qué digo cuando me pregunten? Todo lo que pasó a partir de la muerte de mi familia, muchas cosas de antes... se me ha olvidado. Y lo que recuerdo es una maraña toda revuelta...

—Trataremos de ayudarte en todo lo posible. Yo mismo me encargaré de que mis padres no te pongan en un compromiso con sus interrogatorios.

Seguí acunándola, noté cómo su cuerpecito rígido se relajaba conforme transcurrían los segundos. Quería decirle que eran cosas que pasan, que ya nos las apañaríamos del mejor modo, cuando lo cierto es que lo ignoraba todo acerca de la amnesia y no podía vaticinar cuál sería la reacción de la baronesa ante este nuevo revés en contra de mi María.

—Así que la hija de todo un conde, vaya, vaya —bromeé al final para disipar la tensión—. ¿Dónde iré yo a pretenderla con mi humilde baronía?

María se distanció lo suficiente como para lanzarme una mirada inquisitiva y yo sentí frío por culpa de la separación.

—Pero ¿usted me pretende, Luis? No diga esas cosas a la ligera, mire que puede hacerme ilusiones y pupita en el corazón.

—¿Usted querría? Quiero decir, ¿tendría yo alguna esperanza...? ¿Podría albergar alguna...?

—Sí. Béseme.

Pestañeé perplejo.

—¿Cómo dice?

—Que me bese.

¿Por qué su orden me sonó a desafío?

—¿Aquí y ahora? No me parece apropiado.

—Seguramente porque no lo es. —Se enderezó y fue como si el segundo de gloria que tanto había costado conquistar se hubiera esfumado—. Era solo una trampa, para ponerlo a prueba.

—Ya me imaginaba —resoplé confundido.

A Dios pongo por testigo que no quería cometer una imprudencia, pero a aquellas alturas tampoco sabía qué hacer con el deseo que me estallaba como metralla en las venas. Todo empeoró cuando acortó distancias entre su rostro y el mío, y al hablar, su aliento delicioso me acarició por entero.

—Además, señor mío, sepa que los besos no se piden. Los besos se roban.

—¿Se roban? ¿Así?

La estrujé con demente necesidad, con toda la urgencia que un humano es capaz de sentir. Arriesgándome a olvidar las encorsetadas reglas de la educación y la cortesía, y a enfrentar las consecuencias, por terribles que pudieran ser, en nombre de lo que sentía por ella.

Qué ardiente fue aquel beso. Qué inolvidable. Sus labios, como tantas veces había imaginado, dulces y suaves, sedosos como pétalos de flor, qué atrevida su lengua saliendo sin titubeos al encuentro de la mía...

Cuando los dos inclinamos la cabeza para profundizar el contacto, dominados por la pasión más fogosa, los ojos cerrados y el espíritu transportado al séptimo cielo, un estruendo resonó en el aire y un dolor lacerante, como un latigazo desgarrando mi carne, me sacudió con violencia.

Quedé rígido entre los brazos de María. Laxo a continuación. Me llevé la mano al costado, luego al pecho tratando de vencer al tormento de aquella punzada infinita, a la sensación de que la vida se me iría si respiraba, y todo se volvió espantosamente negro.

Paquita

Lo primero que sentí fue el cuerpo de Luis, que me envolvía, envararse.

Luego fui consciente del sonido del disparo. Solo después de que él se aflojase y fuera resbalando hasta el suelo sin que yo pudiera hacer nada por sujetarlo. La sangre empezó a manar, cálida y roja como el contenido de un cofre de rubíes esparcido por las losetas de la azotea.

Me agaché a su lado, incapaz de llenar de aire los pulmones, con la visión borrosa y mi propia sangre bombeándome enloquecida en las sienes. Luis tenía los ojos cerrados y yo no podía creer que aquello estuviera pasando.

—Luis, Luis, ¿dónde es? ¿Dónde te duele? Luis, ¡dime algo!

No hacía falta que me explicara nada, la ancha marca carmesí que cubría su pechera, muy cerca del corazón, lo decía todo. Yo únicamente quería obligarlo a hablar, que no se durmiera, que no apretara los párpados no fueran a quedarse así para siempre, sin volver a abrirse.

Mis manos locas recorrieron su frente, repentinamente perlada de sudor. Su cabeza, su torso. No sabía dónde palpar que me diera indicios de que seguía vivo.

—Luis, Luis, por Dios. ¡Doña Úrsula! ¡Petri! ¡Por Dios, auxilio!

—Volví a mirarlo, dominando el terror—. Voy a por ayuda, Luis, vuelvo enseguida, no te muevas de aquí, no me dejes...

Su tentadora boca se curvó con dificultad en una sonrisa triste. Y supe que me había escuchado.

Paquita

Subieron a la carrera Petri, Salvador y la pobre señora Úrsula, que ya no podía con las rodillas y tanto escalón la mataba, fue la que llegó la última. Pero todos acudieron a mi desgarrada llamada de socorro.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

—¿Lo has acuchillado porque no te quiere, Paquita? —se mofó Salvador con su poca gracia de siempre.

Lo fulminé con una mirada embarrada en llanto, deseando no estar tan devastada y poder patearle las espinillas, mientras doña Úrsula le arreaba, en mi nombre y honor, una colleja que lo puso marcando el paso.

—Cuándo dejarás de ser tan imbécil...

—Tenemos que bajarlo. Al señor Luis —nos azuzó Petri, haciendo gala de una medida a la que no nos tenía acostumbrados—. Coged por los brazos, con cuidado. Nosotras por las piernas.

—Así, así, despacito.

—Un tiro, le han pegado un tiro —recitaba yo como si no estuviera en mis cabales—, aquí arriba. ¿Quién podría disparar a una azotea?

—Alguien desde otra azotea —razonó la cocinera—. Paquita, baja y avisa al médico, rápido.

—No, no dejaré al señor Luis...

Dejó lo que tenía entre manos, me enfrentó y agarrada por los hombros, me zarandeó sin clemencia.

—Pero ¿es que no te ves? Muchacha, tiemblas como una hoja, ya se te han resbalado los dedos tres veces, no sirves para sujetarlo y la escalera es bien larga. Ya lo hacemos nosotros, lo dejaremos en la alcoba del señorito Alonso. ¡Llama al médico, Paquita! ¡Que lo llames, te digo!

Tardé un buen rato en decidir que debía obedecer. Estaba tan torpe y tan confusa que no miraba dónde pisaba. Habíamos taponado la herida como mejor habíamos sabido, pero aquello seguía sangrando a borbotones, y cada gota que veía escapar era un hálito de vida que huía también de mi ser. Quizá la sobrevivencia de mi amor dependía de que yo me sacudiera el pasmo y las ganas de morirme a su lado, para conseguir un doctor cuanto antes.

Mandamos al Salvador a casa de los barones con una nota avisando de la desgracia, mientras que el galeno que solía atendernos a los del servicio, económico y acostumbrado a no hacer preguntas, dispensaba a Luis los primeros auxilios.

—Hay que sacar esa bala cuanto antes, yo no puedo hacerlo aquí, con estos medios. Debe ser en un hospital o sitio similar, con la debida higiene.

—Sus parientes llegarán en breve y se ocuparán del traslado —aclaró doña Úrsula restregándose las manos con nerviosismo.

Yo, aferrada a los bajos de la chaqueta de Luis, solo acertaba a gemir y llorar, arrastrada por la desesperación.

—Si mis cálculos no fallan —prosiguió el doctor—, el proyectil está alojado muy cerca del corazón, hay que andarse con pies de plomo.

En esos momentos el timbre de la casa sonó con urgencia. Una, dos, tres veces. Petri bajó a abrir y enseguida, un tropel de al menos seis personas vestidas de blanco sosteniendo una camilla, se adueñaron del dormitorio. Rodearon el lecho donde Luis se debatía por seguir vivo, lo arroparon con unas sábanas que traían, me empujaron lejos sin demasiado miramiento, pese a que yo no quería, por nada del mundo, separarme de él, y lo acomodaron en la camilla

justo cuando los barones de Belmonte, pálidos y desencajados, entraban por la puerta.

—¿Qué ha sucedido? —bramó don Francisco abalanzándose sobre el cuerpo de su hijo— ¿Qué ha sucedido?

—¿Qué hacía Luis aquí? —chilló doña Magdalena como una gorgona.

—Eso no es importante. ¿Quién puede decirme qué ocurrió? ¿Quién estaba con él?

Di un valeroso paso adelante.

—Estábamos charlando en la azotea, don Francisco, cuando de repente...

—¡Ja! ¡Charlando! ¿Charlando, dice? —irrumpió la baronesa, dedicándome una mirada asesina.

—¡Magdalena, por favor! No es momento...

—Sonó el disparo. —Se me rompió la voz, atragantada con mis propias lágrimas—. No sabemos quién fue, ni desde dónde disparó. —Me cubrí el rostro con las manos—. Dígame que se pondrá bien, se lo ruego por lo que más quiera, dígamelo.

Don Francisco se acercó con paso indeciso y me posó una mano calmante sobre el hombro.

—Estese tranquila, señorita María. Es un chico fuerte, ya verá como todo se resuelve.

—Puedo... ¿puedo acompañarlos?

Fue un atrevimiento, lo admito, pero mientras que al barón no pareció escandalizarle en exceso, a doña Magdalena, al oírme, estuvo a punto de darle un *parrús*.

—¿Acompañarnos? Pero qué te habrás creído, descarada... Por tu culpa mi hijo...

El barón levantó una mano que rogaba silencio.

—Magdalena, sé sensata, el único culpable del estado de Luis es el malnacido que haya tenido a bien dispararle, no la señorita María.

—Él no tenía que estar aquí, en esta casa, ¿a cuento de qué? ¿Y si ese tiro iba dirigido a otra persona? Porque no puedo imaginar que nadie tenga nada turbio pendiente con nuestro Luisito...

El personal médico ya se había retirado y los barones juzgaron oportuno seguirlos, en lugar de seguir perdiendo el tiempo con discusiones de poca enjundia. Entendí que el barón no es que me prohibiera acompañar al enfermo, pero que tendría que buscarme un coche por mi cuenta, dado que la baronesa no permitiría, ni muerta, cederme parte de su espacio. Antes de cruzar el umbral de salida, la dama se volvió a buscar mis ojos con los suyos.

—Ese disparo no iba destinado a mi hijo —espetó.

—Tenga por seguro, doña Magdalena —sentenció tenebrosa —, que si descubro que tengo algo de responsabilidad en el estado de Luis, yo misma me quitaré la vida.

Lo dije de corazón, con todo el sentimiento, aunque el barón se echó las manos a la cabeza.

—¡Por amor del cielo! Señorita María, no es menester dramatizar.

La mirada de la madre, sin embargo, presentaba otro cariz muy distinto.

—Sí, deberías hacerlo si te queda un resto de dignidad. Y cuenta con que vamos a llegar hasta el fondo de este espantoso asunto. Estate preparada, por lo que pueda pasar.

Luis

Durante el desplazamiento, en el trayecto hasta mi hogar, recuperé la conciencia un par de veces, sin captar del todo lo que se movía alrededor. Oía voces sin distinguir lo que decían. Veía borrones sin dibujar caras concretas. Pero una vez instalado en mi dormitorio de siempre, donde los galenos y su cohorte habían montado a toda prisa un hospital de campaña con todos los preparos, ignoro si antes o después de la cirugía, entreabrí los ojos, impulsado por el alboroto de una discusión.

La protagonizaban mis padres y María.

Sería más correcto especificar, mi madre como atacante y María recibiendo sus puyas y cuchilladas, como buenamente podía.

—Solo el Señor sabe a ciencia cierta de dónde has salido y en qué asuntos estarás enredada, tú o tu gente. Solo eso puede explicar esta penosa tragedia.

Luis

—Madre... —traté de intervenir para frenarla, si bien, fue tan débil que nadie me oyó.

Menos mal que el barón lo hizo por mí.

—Magdalena, ya está bien. Entiendo tu estado de ánimo, pero no la tomes con la muchacha, que no tiene culpa de nada.

—¿Que no? ¿Quién lo dice?

—Ven a sentarte y bébete esta tila que acaban de subirte. Te calmará los nervios. ¿Y usted, señorita María? ¿Le apetece tomar algo caliente?

No se molestaron en contestarle. Las dos mujeres, enfrentadas a escasa distancia y con los puños apretados, parecían a punto de agredirse como fieras, con las uñas.

—Por favor... —balbuceé sin fuerzas.

—Estaría bien que tuvieras muy presente el compromiso que adquiriste antes —presionó la baronesa sin serenarse—, a ver si demuestras ser persona de palabra. Porque aquí solo tú y la gente que tienes alrededor, puede ser causante de lo que le han hecho a mi pobre Luis. Y lo pagarás con tu vida. De tu propia mano o del garrote, tú verás.

—¡Ya basta, Magdalena! —se escandalizó don Francisco—. Te he oído decir cosas insensatas, pero como hoy...

—Y deberías ir pensando en marcharte —agregó mi madre entre dientes.

Incapaz de seguir soportando aquello tan desagradable, deseando poder arrancarle a mi adorada María el martirio de encima, sin lograrlo, volví a perder el conocimiento.

Paquita

Eché mano de todo mi autocontrol, que de habitual no era mucho, porque soy de la que se llevan los demonios en cuanto se nubla. Me recordé a mí misma, en plan martillo pilón, que aquella señora que me chillaba y me acusaba de cosas terribles sin una migaja de compasión por mi sufrimiento, era la madre de mi Luis, para no abalanzarme contra ella, agarrarla y arrancarle las mechas de raíz; no porque no se lo mereciera.

Tuve que repetirme una y mil veces que era una madre destrozada porque alguien hubiera intentado matar a su hijo. Podía entenderlo. Pero yo no me merecía aquel pisoteo, ni su trato ignominioso.

Se me escapó un temblor en la boca cuando recordé lo mucho que le había costado a la señorita Beatriz enseñarme a pronunciar aquella palabra: ig-no-mi-nio-so.

—No pienso marcharme hasta estar segura de que Luis está fuera de peligro.

—Ya has oído al médico. Han extraído la bala, solo queda esperar. Y no puedo encontrar, por mucho esfuerzo que dedique a meditar, ninguna razón que justifique tu presencia en esta casa.

—Magdalena, te lo ruego, si no lo haces por mí, hazlo por tu hijo. Siéntate y tómate la infusión —se desesperó el barón.

Verlo daba miedo, parecía a punto de sufrir un ataque.

La belicosa baronesa debió de pensar lo mismo, porque después de repasarlo compungida se retiró, marcando una tregua en nuestra mutua antipatía, si bien dejó ir un gemido de impaciencia.

—Puede volver a su casa, señorita María —me recomendó don Francisco, más sosegado—. Discúlpeme si le digo que nos hará

un favor a todos. Tenga por seguro que le enviaré recado con cualquier novedad digna de mención.

Levanté hasta él unos ojos cristalizados, suplicantes, humildes como nunca.

—Por favor...

—Cuenta con ello. Y por lo que más quiera, excuse a la baronesa, no sabe lo que dice, está enloquecida de dolor.

Asentí sin poder darle la razón, aunque me habría gustado. Lo que yo más quería era a Luis, y mi conciencia y la de los míos estaba bien tranquila con respecto a aquel atentado. Averiguaría. Sí. Removería Roma con Santiago, levantaría raíles de tren con los dientes si era preciso, para llegar al fondo de aquel misterio.

Nos reunimos todos de nuevo alrededor de la mesa grande de la cocina, que se estaba convirtiendo en el lugar donde se toman las grandes decisiones. Me refiero a los cuatro tristes sirvientes que formábamos el retén de la mansión de Madrid y que, dadas las circunstancias, habíamos acabado convirtiéndonos en una pequeña, aunque apretada *trupe*. Apiñados como si fuéramos un Consejo de guerra.

Bueno. Es posible que no los cuatro.

La señora Úrsula, la Petri y una servidora, sin lugar a dudas. En cuanto al mozo...

Salvador no paraba de dar vueltas, yendo y viniendo, histérico perdido, atacándonos los nervios a nosotras, ganándose un puñado de chillidos por parte de la cocinera. Me esforcé en hacer que no lo veía.

—Tenemos que investigar de dónde y por qué llegó ese disparo —expuse—. No me cabe en la cabeza, el señor Luis es un buen hombre.

—¿De dónde pudo llegar un tiro en el tejado? —inquirió Petri con los ojos achinados.

—Como ya dije, de otro tejado —sentenció doña Úrsula tajante.

Su rotundidad y lo acertado de sus sugerencias, siempre lograban dejarnos con la boca abierta. Me dio tiempo a pensar cuánto talento e inteligencia se estaría desperdiciando al encerrar a las mujeres en casas y cocinas, limitadas a las tareas del hogar y la lucha contra las chinches y el polvo.

—Está claro que alguien lo iría siguiendo. Lo vio entrar en esta casa y decidió subir a la azotea de otra casa vecina, puede que para dispararle cuando saliera a la calle —prosiguió.

—Y cuando lo vio cerca de la balaustrada... —comprendí con amargura.

—Exacto. Un blanco fácil, nunca mejor dicho.

—¡Por Dios! —gemí— ¿Y si se trata de un error? Si es que Luis no vive aquí. ¿Y si querían matar a otra persona y por accidente le dieron a él?

—En ese caso, nunca sabríamos la verdad.

—¿No os parece que si de verdad han querido atentar contra su vida volverán a intentarlo? —se me ocurrió de repente.

Las dos mujeres giraron hacia mí cuatro ojos interesados.

—Yo... yo traté de advertir al señor Luis de que tú no eras... ninguna señorita.

La inesperada confesión de Salvador, por la espalda, cuando ya casi nos habíamos olvidado de su existencia, nos hizo sobresaltar.

Lo incineraré con las pupilas empuñadas.

—Que tú, ¿qué?

—Quería... solo quería espantarlo, de verdad, Paquita, no quería hacer mal a nadie...

—Pero la descubriste —acusó la cocinera con aire furibundo.

—Metí una nota en el bolsillo de su chaqueta. —El mozo hundió avergonzado la cabeza—. De eso hace ya mucho, seguro que no la ha visto, o la vio y no le hizo caso, porque te habría dicho algo...

—¿Le dijiste que yo me estaba haciendo pasar por una señorita?

—No así, no tan claro. Solo quería que dejara de cortejarte para... para yo...

—¡Eres un malnacido!

No solo los brazos por encima de la cabeza y los puños como martillos, todo el cuerpo se me fue contra el cretino de Salvador. ¿Es que en aquella santa casa no iba a salvarse de la quema ni un solo criado? Después de lo de Andrés, ¿esto?

Salvador se escabulló para que mi cólera no lo alcanzara. Se protegió la cara con los brazos por si se escapaba algún tortazo, y lloriqueó afligido.

—Me arrepiento mucho, no sabes cuánto me arrepiento. Quiero ayudar, Paquita, doña Úrsula, haré lo que sea por ayudar... Lo que sea.

—Maldita sea mi suerte —farfullé enfurecida—. ¡Quítate de mi vista! ¡Ya, Salvador! ¡Que no quiero verte!



Paquita

—Anda, muchacho bobalicón, hazle caso y vete a dar una vuelta donde no sepamos —aconsejó la cocinera dándome frotos de consuelo en la espalda—. Que ya te vale...

—¡Lo he dicho de verdad! ¡Lo juro por mi madre! Cuenten conmigo para averiguar quien quiso matar al señorito —insistió mientras a regañadientes se esfumaba—. Que el que sea debe de andar rondándole la casa, habrá que pillarlo, vamos, digo yo...

—Pues va a tener razón, el muy cabeza de chorlito —caviló Petri—, que si el asesino se entera de que ha errado en el tiro, le va a faltar tiempo *pa* intentarlo de nuevo...

Oír la palabra «asesino» me puso la carne de gallina. Me volvió a la memoria la imagen de Luis, pálido y sudoroso, con la pechera de la camisa empapada de rojo y los ojos cerrados, sin dejarme saber si estaba vivo o muerto.

La sacudida del estremecimiento me bajó por la espalda y me obligó a sentarme de nuevo, olvidando mis instintos de verdugo contra el ridículo de Salvador.

—Vamos a montar guardia en los accesos del palacio de los Benavente —resolví con un gruñido—. En cuanto veamos alguien sospechoso rondando, le echamos el guante.

—¿Y qué le hacemos? —se interesó Petri muy confundida.

—Lo interrogamos hasta que cante como un canario.

Mi compañera palmoteó encantada por la perspectiva de una aventura. A la cocinera, sin embargo, se le agrió el gesto.

—Eso, ¿durante cuánto va a ser?

—Una semana, mínimo, doña Úrsula. Si pasados siete días no hemos cazado a nadie, quizá sea momento de empezar a pensar que se ha tratado de un error. Sobre todo, si los periódicos dan cuenta de otra muerte por los alrededores, en circunstancias extrañas.

—De acuerdo. —Levantó un dedo tieso como un ajo—. Una semana y ni un minuto más.

Salvador estaba de veras empeñado en expiar sus culpas ayudando cuanto pudiese. Nos repartimos en dos carros primero, simulando ser vendedores ambulantes o algo parecido, porque no nos atrevíamos a usar el carruaje de los señores, donde hubiéramos entrado los cuatro tan ricamente. El mozo fue quien finalmente nos animó a hacerlo, para poder reunirnos y actuar a una, si se terciaba.

Para una vez que sugería algo juicioso... Le hicimos caso. Aunque compartir el estrecho espacio de una carroza con él no me resultara del todo grato.

—¿Todo esto es del señorito Luis? —silbó refiriéndose al suntuoso palacio—. ¡Vaya, Paquita! Vaya si sabías dónde ponías el ojo.

Me entraron unas ganas irreprimibles de endiñarle con el codo en las narices.

—¿Eres tonto? Yo no sabía quién era ni lo que Luis tenía cuando lo conocí. Y te aseguro que más me hubiera convenido que no existiera nada de todo esto. De haber sido un hombre normal, ahora estaríamos camino del altar.

—Sí, Salvador, anda, cierra el pico, que no lo abres más que para soltar inconveniencias —coincidió la señora Úrsula—. Cuando hay tanto billete en circulación, la familia pone todos los impedimentos del mundo y alguno más.

—¿Va mejorando el señorito Luis? —preguntó Petri con timidez.

Suspiré agobiada.

Aquellas ristras interminables de preguntas me incomodaban, no se me daba nada bien satisfacer la curiosidad ajena acerca de mis intimidades. Pero estando los cuatro encerrados en el coche, parecía inevitable, en algo se tendrían que entretener.

De modo que asentí.

Me había desplazado cada día, sin faltar ni uno, hasta el palacio de Amboages, a interesarme por el avance del hombre por el que hubiera dado la vida. Y pese a que la baronesa no quería verme ni en pintura y que había aleccionado a los criados para que me expulsaran como a una chinche molesta, el señor don Francisco había hecho justo lo contrario, y ya no mandaba que me desalojaran, sino que salía a recibirme y juntos, dábamos cortos paseos por los jardincillos del palacete, durante los cuales, no solo me ponía al corriente del estado de Luis, sino que se preocupaba por mi bienestar.

Era un bendito de Dios, el san José aquel, qué suerte más grande tenía mi amor de que fuera su padre.

No fue hasta la quinta noche, cuando ya veía consumida la semana dando por perdidas mis esperanzas, que detectamos movimientos raros en torno al acceso principal del palacio. Un individuo de aspecto sospechoso que rondaba los portones y las verjas, como si anduviera buscando por dónde colarse. Lo observamos concienzudos un montón de minutos, todos de acuerdo en que debíamos caerle encima antes de que se esfumara.

Y eso hicimos.

Llevábamos preparado un saco que le echamos en la cabeza, abalanzándonos sigilosos por detrás, sin concederle la oportunidad de descubrirnos. Con lo que no contábamos era con que se retorcería como una anguila, con una fuerza inesperada e invencible, pese a no ser muy corpulento. Salvador lo apresó con un abrazo de cepo, desde la espalda, y en el forcejeo, una pistola salió despedida de uno de sus bolsillos y cayó al suelo.

Nos quedamos atónitos.

Solo yo conseguí reaccionar a tiempo, atizándole una patada, enviándola lejos del tipejo, no fuera a recuperarla, que seguro que sabía usarla mucho mejor que cualquiera de nosotros.

El que fuese armado nos convenció de que era nuestro hombre. Al menos, que ocultaba algo turbio, más cerca del infierno que del cielo de los buenos. Entre los tres, Petri, Salvador y yo, intentamos sujetarlo, impedir que escapara, pero no acertábamos a inmovilizarlo ni aun empleando todas nuestras fuerzas.

Hasta que apareció la señora Úrsula, que se había distanciado un segundo para volver al coche, empuñando el mango de una sartén con la que le arreó en la cabeza, dejándolo flácido y mustio como un trapo viejo. Aprovechamos para arrastrarlo a toda prisa hasta el carruaje y, una vez dentro, atarlo de pies y manos, sin retirarle el saco.

—Vamos hasta un descampado donde no nos sorprenda nadie —sugirió Salvador acomodándose de un salto en el pescante, aferrando con soltura las riendas de los dos caballos—. Allí lo interrogamos, y allí lo abandonamos, atado y con el saco en la cabeza. Que se busque la vida y que no adivine, ni por el forro, quiénes somos.

A todos nos pareció buena idea. Lo dejamos hasta escoger la dirección en la que se movió el coche, sin que nadie en el interior despegara los labios. Eso sí, las miradas de admiración que se llevó doña Úrsula tras su intervención con la sartén fueron mayúsculas.

Esperamos un buen rato bajo la luna casi llena, a que el personaje aquel recobrara la conciencia. Cuando lo hizo, se retorció como un gusano, hasta comprobar que poco podía intentar, maniatado como lo teníamos, con unos nudos dignos del mejor marinero. Gruñó y jadeó entre dientes, aunque no abrió la boca.

—¿Quién te manda? —arrancó Salvador, falseando la voz— ¿Qué buscas en casa de los barones?

Esperamos a que contestara, pero no lo hizo.

—¿Eres el que le disparó al señorito? —probé yo, con idéntico resultado.

Con un suspiro de resignación, doña Úrsula empuñó nuevamente la sartén, esta vez por delante, concentrando el golpe

en su frente. No perdió el conocimiento, pero debió de dolerle bastante. No contenta con eso, le atizó un puntapié en los riñones.

El fulano se encogió sobre sí mismo, gimiendo de dolor.

—No te lo vamos a repetir muchas veces, pollito —graznó de una forma tan aguda que me provocó pavor—, así que, antes de que decida cortarte las criadillas, dinos: ¿eres quien disparó a don Luis? ¿Para quién trabajas?

Paquita

La amenaza sonó tan tremebunda y tan de verdad, que a todos nos sacudió un temblor.

Para reforzarla, nuestro mozo le pilló los dedos de una mano con la bota y apretó hasta arrancarle un alarido. El tipo se lo pensó un segundo y enseguida empezó a soltar por aquella boca llena de dientes:

—Fui yo, fui yo, pero no lo he matado, lo sé, no lo he matado.

—Por eso te arrimas al palacio, ¿verdad? Para rematar lo que en su día no acabaste, pedazo de bribón —rugió Salvador con una voz que no le pertenecía.

—¡No! ¡No es eso! Es que ahora... Ahora me manda un cliente distinto...

—¡A ver! ¡Explica eso!

—¡Empieza por el principio! ¿Te encomendaron o no te encomendaron matar a don Luis?

—Yo no sé cómo se llama el muchacho, solo sé que es el hijo de la baronesa.

—Eso da lo mismo. Sigue. ¿Quién te mandó pegarle un tiro?

Como se atrancó de nuevo, esta vez fui yo la que, con todas mis ganas, le endiñé una patada en el estómago.

—¿Pensáis matarme? —jadeó con la respiración llena de nudos.

—Como no cantes, ya te digo yo que muy bien no acabas la noche —le susurró macabro el flaco de Salvador.

Cualquiera habría jurado que estaba disfrutando con el papel que representaba.

—No tenía que matarlo, solo asustarlo. Si hubiera querido dejarlo seco, no habría fallado. Soy capaz de acertar en diana un objetivo a gran distancia.

—Menos flores y más detalles. ¿Quién te mandó?

—No sé su nombre. ¡Lo juro! ¡No sé su nombre!

—¡Pues haz memoria! —bramó Salvador, fuera de sí.

—Con este saco por encima de la cabeza y la pistola, que seguramente me estará apuntando, no me resulta sencillo recordar —tuvo la desfachatez de decir el tipejo.

Salvador le propinó el enésimo puntapié en los riñones y el hombre se encogió como una cochinita.

—Solo sé que el hijo de la baronesa tenía deudas de juego. Al parecer, gordas y con mucha gente que no lleva bien eso de esperar para cobrar, ni que se les tome el pelo dándoles largas.

—¿Deudas de juego? —repitió Salvador como un eco sombrío — ¿El tiro era una señal de aviso para que aflojara la cartera?

—Sí... Por lo visto ya lleva varias y no ha hecho el menor caso.

Sería incapaz de afirmar si a continuación le preguntaron más cosas.

Mis orejas dejaron de escuchar, mis oídos de oír.

¿Luis un jugador? ¿Deudas de juego?

¿De qué clase de hombre estaban hablando? No, desde luego, del que yo conocía...

Del que yo creía conocer.

Noté una zarpa agarrarme de la boca del estómago y retorcermela sin compasión. Tirando hacia abajo.

Se me revolvieron las tripas.

—Cuando reciben estos avisos, los señoritingos, por lo general, buscan cuartos debajo de los colchones y pagan que se las

pelan —aclaraba el delincuente cuando yo volví a este mundo—. Ya le digo yo que este no iba a ser una excepción.

—¿Y qué pasó luego? Porque has dicho que más tarde te contrató otro cliente.

—Sí, otro. Otro diferente.

—¿Que no tenía nada que ver con el juego?

—No, este era un caballero que no se molestó en ocultar su nombre.

—¿Y te encargó que le dieras matarile al hijo de la baronesa?

—Mismamente.

—¿Por qué esta vez?

—Por asesinato. Al parecer, el hijo de la ricachona mandó a su primogénito al otro barrio y el hombre clama por venganza. No seré yo quien diga que no está en su derecho.

Creo que me caí redonda.

Allí, en medio de los matorrales, sobre la superficie terrosa y polvorienta.

Después de escuchar que Luis era un libertino desahogado que se entregaba al vicio del juego y al que se comían las deudas con gente de baja estofa, soportar la idea descabellada de que también hubiera matado a alguien, fue demasiado para mis nervios desquiciados.

Salvador

Me encargué de recoger a Paquita, que se había quedado en el suelo hecha un ovillo despeluchado, y la llevé hasta el carruaje, sintiendo por ella una pena inmensa.

El cuarto día de vigilancia en las afueras del palacio de los barones, la señora Úrsula andaba enredada con sus quehaceres y la Petri había desaparecido de la mansión, vaya usted a saber con qué, porque excusa no dio ninguna. El caso es que la Paquita se

impacientaba por comenzar la guardia, no fuera a escapársenos el maleante, y por más que le costó, aceptó compartir carreta conmigo. Mira que le dije que la veía cansada, de limpiar y andar trajinando el día completo, que podía ir yo solo, pero a terca no la ganan ni las mulas.

Fue todo un poco tenso.

Ella no me hablaba apenas y, desde luego, no me miraba. Apoyada sobre el lateral, se colocó de frente a la entrada del palacio, dándome la espalda, con dos ojos que amenazaban con secarse de puro atentos. Y entonces, mirándole la nuca, con voz tiritante e insegura, me atreví a comenzar con mi confesión.

—Paquita, yo sé bien que no quieres perdonarme. Por lo de la nota. Que fue una cochinada, lo sé, no te lo voy a discutir. Pero tampoco es que haya roto lo que tenéis, el señorito te sigue visitando igual que siempre... seguía.

No se inmutó. De modo que me envalentoné.

—Lo que quiero decirte, es que espero que algún día sí que me perdones. Yo entiendo que te hayas enamorado de don Luis, porque es apuesto como un príncipe, millonario de casa noble y sobre todas las cosas, es buena persona. Sé que es buena persona. Nunca ha tenido un mal gesto para nadie, es educado y servicial, cuando todos deberíamos servirle a él.

No sé por qué tuve la sensación de que Paquita se iba ablandando. Que su cuerpecito delgado se iba relajando conforme yo dejaba ir mis miserias, el reconcome que no me dejaba dormir por las noches.

—No te vas a figurar lo que hizo hace tiempo. No te lo dije, porque todavía andaba yo empeñado en espantártelo, a ver si a costa de quedarte sola y con el corazón hecho migas, me veías a mí. Y te dabas cuenta de que podías quererme. Algún día no muy lejano, o de alguna manera... No sé, boberías que se le meten a uno en la cabeza. Si es que ahora las pienso y me da por reír... El caso es que el señorito Luis me dio perras *pa* poder comprarle un regalo a mi madre, *na* más le comenté que era su cumpleaños y que por no disponer de cuartos, iría a visitarla con las manos vacías. Muchas

perras, Paquita. Ochenta pesetas, ni más ni menos, que se vació los bolsillos sin pensárselo dos veces.

Empleé la pausa en llenarme de aire los pulmones. Más ligero, mucho más feliz ahora que me había vaciado de sentimientos rotos. De esa oscuridad que me había llenado el alma de cosas feas. Decidido a ganarme de nuevo la amistad de Paquita que tan torpemente había echado a perder.

—El caso, Paquita, es que yo te quiero mucho. Pero te quiero bien, no te vayas a pensar nada raro. Y me alegro mucho de que el señorito y tú os hagáis novios, y que él haya salido con bien de todo este follón. Ya verás como se aclaran las cosas y hasta la rancia de su madre pone de su parte. Que nada es el fin del mundo, Paquita, ¿no te parece? ¿Paquita? ¡Paquita!

No fue hasta que la oí roncar suavemente y lento, que no me percaté de que estaba dormida. Allí sentada, apoyada a medias contra la pared corta de la carreta, rendida de acarrear cubos y de sufrir por el destino del hombre a quien quería. Sabe Dios desde cuándo y si habría llegado a escuchar una sola de mis palabras.

Decidí que era hasta mejor, más conveniente.

Y al día siguiente, sin falta, les propuse a las mujeres que, olvidándonos de las carretas y los grupos de a dos, vigiláramos todos juntos desde el carruaje de la casa.

Paquita

—¿Y qué hicisteis con él?

—Allí en mitad del campo lo dejamos, un ratero como él sabe buscarse la vida. Y si algún bandolero dio cuenta de su pescuezo y su saca, mejor que mejor, un alma podrida menos que soportar en esta viña del Señor.

No sabía cómo la señora Úrsula podía persignarse después de soltar aquella atrocidad y quedarse tan tranquila. El caso es que lo hacía. Como después de emplear la sartén para menesteres más turbios y menos culinarios.

—Tómate este remedio, Paquita, que estás muy débil. —Petri me alargó una taza llena a rebosar.

Estaba en mi cuarto de siempre, tumbada en mi cama, con mi camisón de algodón basto que seguramente se habrían encargado de ponerme la cocinera y Petri mientras estaba desvanecida. Todo se había fundido a negro en mitad del bosquecillo y la luz no había regresado hasta que estuvimos de vuelta en la mansión de los Bonagua. Acostada y con un trapo húmedo y helado en la frente, por más señas.

—Buena sacudida te han atizado los nervios, muchacha, que te desplomaste como un fardo *na* más escuchar lo del muerto —me consoló doña Úrsula.

—No es *pa* menos, señora —gimoteé—. Averiguar así, de pronto, que el hombre que una quiere por encima de todas las cosas

es un malandrín y un asesino.

La buena mujer asintió con un cabeceo.

—Estamos tan traspuestas como tú, chiquilla. Con la boca abierta y las moscas entrando a placer.

—No le pega al señorito Luis todo eso que contó el miserable... —musitó Petri con debilidad.

Me concentré en apurar la tisana y tragármela junto con el mar de lágrimas que no paraban.

—*Pa* que veas, que las cosas nunca son lo que parecen. Igual que él se tragó que yo era hija de alta cuna, yo me convencí de que era un alma bondadosa y pura, cuando ya ves...

—De no ser verdad, ¿a cuento de qué iban a andar intentando quitarlo de en medio?

De repente recordé entre brumas, algo importante.

—¿Dijo el nombre del caballero cuyo hijo...? Cuyo hijo se supone que Luis...

No fui capaz de terminar. El nudo infame enganchado en mi garganta, lleno de espinas afiladas que me impedían hasta respirar.

—Sí. Cifuentes. Don Antonio de Cifuentes. El padre, no el hijo.

—Madre santa...

—La cuestión es que el bandido que dejamos atado en el bosque ha cumplido con el encargo de las deudas de juego, pero no con el de... Ya me entendéis —caviló doña Úrsula—. En cuanto el tal don Antonio de Cifuentes se huela la tostada, le va a faltar tiempo para contratar a otro.

—Hay que avisar... —empezó Petri con mucho afán.

—Eso ya no es problema mío —las corté.

Giraron los cuellos a mirarme, como dos tentetiesos.

—Ni mucho menos vuestro —añadí para que todo quedase bien zanjado.

—Pero imuchacha! ¿Cómo no vas a avisarlo de por dónde vienen los tiros?

—Nunca mejor dicho, señora Úrsula. —La risita histérica de Petri nos concedió un descanso entre tanto requiebro.

—¡No puede usted pretender que yo siga enamorada de un criminal de esa calaña! —me escandalicé. Ella ladeó la cara, como

dándome la razón—. Tengo que olvidarlo, borraré de la memoria o me volveré loca. Ya no es que la baronesa me quiera lejos, ahora soy yo la que debe salir por patas, si sabe lo que le conviene.

Silencio. Ni una palabra. Solo dos pares de ojos perforándome con dolor.

—¿Qué? —les espeté.

—Pues que los amores que son de verdad no se borran de la noche a la mañana, como tú pretendes —expuso doña Úrsula—. Pero vaya, no es que no te entienda. Se le pone a una la carne de gallina *na* más de sopesarlo.

—¿Será el señorito Luis uno de esos trastornados con dos personas dentro del cuerpo? Como la novela esa del doctor *Llekil* que nos leías por las noches...

—¡Ay, Petri! Cierra la bocaza de una vez —la amonestó la cocinera—. Deja de decir sandeces, que acabarán dándote un premio.

No dije nada. Me mordí la lengua porque era lo único que se me ocurría hacer, que no fuera salir corriendo a buscar a Luis, que ya estaba, según las últimas noticias, fuera de peligro, y abrazarlo hasta que se me cayeran los brazos.

Era un demente. Un criminal peligroso, jugador plagado de vicios, capaz de asesinar y de mirarte luego con dos ojos como dos luceros de candor. Alguien de quien no podía fiarme.

¿En qué momento absurdo había creído que su interés por mí era cierto? Un hombre de esa categoría seguramente jugaba a entretenerse con la pobre jovencita huérfana, sin padre ni hermanos que defendieran su honra. Habría llegado hasta donde yo le permitiera llegar, o más allá usando malas artes o violencia, y si te he visto no me acuerdo.

Me estremecí de pies a cabeza.

Había corrido un riesgo espantoso estando a solas con él. ¿Cómo no me lo había figurado?

Sin embargo, tan pronto como tomaba en firme la decisión de no volver a verlo, me volvían a la memoria nuestros momentos juntos. Su mirada dulce, sus sonrisas bondadosas, la delicadeza con la que me trataba, la educación exquisita y el miramiento con el que

se dirigía a cualquiera, y el dolor me mataba. Ni un mal gesto. Ni una mala palabra contra nadie. Parecía un hombre inocente y bueno. Lo parecía.

Encomendé mi seguridad al resto del servicio en la casa. No podíamos permitir que don Luis contactara con nosotros de ninguna de las maneras. Si más adelante se presentaba de visita, lo cual no dejaba de ser una posibilidad, debían decirle, igual que al pobre Federico, que yo no deseaba recibirlo. Que la señorita María le deseaba lo mejor, pero que no se molestara en volver.

Confiaba tan poco en mi fuerza de voluntad para rechazarlo, llegado el caso, que necesitaba de la de ellos. Les hice jurar por lo más sagrado que me encerrarían en la bodega antes de permitir que cediera o escapara a buscarlo.

No hubo quien me negara la ayuda.

Todos se comprometieron conmigo, aceptaron lo que les pedía. Pero noté en sus gestos, incluso en los de Salvador, un aire raro que no terminaba de entender. Como si de verdad no creyeran del todo que Luis fuera capaz de esas monstruosidades.

Ay, icómo se les notaba la falta de mundo!

No es que yo hubiera tenido mucho, no obstante, formar parte de la vida de la señorita Beatriz había expandido mi mente, sembrando en ella conocimientos e ideas que a aquellos pobres criados ni se le pasaban por las entendederas. Eran buena gente y por ello, incapaces de ver la cruda realidad.

Como si de un sicario pudiera decirse que te persigue para descerrajarte un tiro, por simple gusto o afición.

Paquita

Luis tardó mucho más de lo esperado en presentarse en la mansión de la calle del Barquillo. Querría saber si porque le costó reponerse de la herida, o porque la señora Magdalena hizo todo lo que estaba en su mano para impedirselo.

El caso es que una mañana apareció. Y me negué a recibirlo.

Vestida con su impecable uniforme, la Petri cumplió su papel a rajatabla, trasladándole mis mejores deseos y la petición de que no insistiera en volver a verme.

Tras la puerta, armados con una azada y una escoba, se escondían Salvador y la señora Úrsula, no fuera don Luis a responder con un arranque violento contra la pobre muchacha, que ya empezábamos a temer de qué pie cojeaba.

Pero no. Nada más lejos de lo que sucedió.

Se le empañaron los ojos, ruborizado ante Petri agachó la cabeza, y sus manos nerviosas menearon y dieron vueltas al sombrero.

—Dígale, por favor, que lo entiendo. No puedo culparla después de como se ha portado mi madre.

Y con las mismas se desvaneció en el aire tal que niebla bajo el sol mañanero. Dejándome con el corazón en un puño.

Había sido yo muy hábil convirtiendo a la baronesa en mi peor enemiga. Di rienda suelta a mis instintos cuando debí haber sido mucho más astuta. Durante la convalecencia de Luis, cuando todavía me permitían visitarlo en su alcoba como favor especial,

habíamos protagonizado una escena... que la señora madre no me perdonaría.

Ni hablar.

Mi Luis había recuperado momentáneamente la consciencia. Abrió esos ojos divinos suyos y me encontró mirándolo. No me pude contener, le agarré las manos entre las mías, me incliné sobre su almohada y le besé los labios. Doña Magdalena no me pilló con las manos en la masa, menos mal, pero sí inconvenientemente cerca de su hijo. Me llamó desvergonzada y otro par de cosas que no recuerdo, y fue a partir de ahí que me prohibieron entrar en la casa.

En fin.

No es que fuera incapaz de comprenderla. La mujer defendía lo suyo.

¿Sabría la estirada señora, qué clase de joyita guardaba con tanto esmero? Porque ella, mucho defenderlo con uñas y dientes, pero a Luis lo habían identificado como «el hijo de la baronesa», lo que me daba pie a pensar que la señora ya hubiese hecho frente a sus deudas y calamidades con anterioridad. Tapando sus desmanes. Dando la cara por un hijo problemático y crápula que algún día heredaría todo un imperio y ya no tendría freno en sus maldades.

Maldito fuera el bien que creía estar haciéndole con tanta protección.

De repente sentí una pena infinita por san José. Don Francisco Benavente no se merecía aquello tan oscuro rodeando su bondad. Y pensar que había llegado a compararlos a los dos, al padre y al hijo.

¡Cómo ciega el amor!

Luis volvió por la mansión en un par de intentonas y me envió flores y tres cartas que me negué a abrir. Antes de que la voluntad y las ganas pudieran traicionarme, las arrojé al fuego bajo la mirada censuradora de la señora Úrsula, que no soltaba prenda.

Así pasaron dos largos meses.

Dos meses en los que me volqué tantísimo en callar mis penas con trabajo, los recuerdos con el plumero y las lágrimas con el

hollín de las chimeneas, que todo el resultado que había conseguido en mis manos ásperas con los potingues de la señorita Beatriz y el máximo cuidado, se fueron al garete. No lucían tan desastrosas como antes, pero empeoraron lo suficiente como para tener que cubrirlas con guantes de encaje si me decidía a salir de nuevo de pesca.

Al fin y al cabo, un plan era un plan y había que llevarlo a cabo. Casarme antes de que mi señorita regresara de recorrer el globo terráqueo. Con no volver a pasar por el Retiro...

Hice una lista de todos los cafés de postín donde se movían caballeros adinerados y me los recorrí uno a uno. Nadie me convencía. Ninguno me gustaba. No existía hombre, al margen de Luis, que hiciera palpar con ansia mi corazón herido.

Lo tenía demasiado presente. A todas horas.

A un hombre indecente y peligroso que, si no acababa con sus huesos en la cárcel, era porque su familia era pudiente a más no poder.

Lo conseguiré, me prometía. Conseguiré olvidarlo.

Lo que no sabía era cuándo, porque iban acumulándose las semanas y yo cada día andaba más alicaída y tristona. Iba a tener razón doña Úrsula al decir que hay amores que se te agarran como garfios a las entrañas y una no puede desprenderse de su aroma cuando lo desea.

Ni aunque le vaya la vida en ello, en quitárselo de encima para seguir respirando.

Me convertí en una joven melancólica, con un aire a lo dama de las camelias, según me acusaba la señora Úrsula, que no hacía sino atraer las miradas de interés de los caballeros, allí por donde me paseaba. Mientras menos me importaban ellos, más curiosidad y fascinación parecía suscitar yo.

Hasta que apareció él. Eduardo.

Un joven bien parecido y educado. Vestido con sobrio lujo. Todo amabilidad y sonrisas. Me invitó a la merienda y, aunque más tarde me diría que se había fijado en mí tres días atrás, la primera de las cuatro veces que me había visto, yo tuve que confesar con azoro que no me había fijado en él ni por asomo.

Se lo expliqué con mejores palabras, claro. Más finas para no ofenderlo.

El caballero desconocido se ofreció a acompañarme en el paseo de vuelta a casa. solícito y charlatán, como solía ser mi Luis en nuestros comienzos, aunque sin su timidez encantadora. Este tenía más desparpajo. Este... ¿cómo se llamaba?

Maldita fuera mi suerte.

No hacía ni diez minutos que me había dicho su nombre y ya lo había olvidado. Menudo apuro. ¿Cómo le decía a mi mente que bajara de las alturas para posarse en el suelo? Me necesitaba entera, con los cinco sentidos activos.

—¿Y tiene usted compromiso con algún caballero, señorita? —me estaba preguntando, deshecho en sonrisas, cuando volví a ser capaz de atenderle.

—Pues...

El «no» se me quedó pegado al paladar. Por falta de fuerzas para salir.

—¿No le parece a usted que las mayores sorpresas vienen de la gente a la que creemos conocer? —balbuceé.

Se quedó mirándome, perplejo, con gesto de no saber a qué demonios venía aquello. ¿Cómo le decía que no estaba preparada para soportar galanteos? ¿Que prefería seguir caminando sola sin resultar grosera? Era un joven guapo y agradable, pero no era él. No era Luis.

Maldita fuera mi estampa.

Tenía que arrancármelo de la cabeza, del corazón, del alma, de cualquier esquina de mi ser que respirase. De otro modo, no podría seguir viviendo. El dolor me desgarraba las entrañas a jirones, como una uña de dragón.

Y cuando reuní el valor suficiente para despachar al aspirante a pretendiente y seguir adelante hasta la mansión en libertad y por mi propio pie... alguien se me echó encima desde atrás y me cubrió la cabeza con un saco.

Igual que en su día hicimos nosotros con el malhechor que estuvo a punto de acabar con la vida del hijo de la baronesa.

Paquita

Debieron de atizarme con ganas en la cabeza, porque cuando recobré el sentido me dolía a morirme, me asfixiaban las ganas de vomitar, y arrastraba la sensación de haber estado fuera de combate mucho tiempo. El saco no me lo habían retirado, de modo que no veía más que destellos allí donde la luz fuera más intensa y tuve que guiarme afinando el resto de los sentidos. Olía a humedad y trapos viejos. Se oía el rumor de una conversación entre hombres, amortiguada por la distancia.

Y una puerta que se abrió de repente en el cuarto donde yo estaba, y se cerró con un golpe.

—¿Estás viva?

Aquella voz... En mitad de todo mi aturdimiento, me resultaba familiar. A ver si el delincuente al que habíamos cazado y abandonado a su suerte en mitad del campo había logrado sobrevivir y venía a vengarse.

Me di por perdida. Empecé a rezar con atropello todo lo que sabía.

—Me alegro mucho. Creo que a Curro se le fue un poco la mano al golpearte. Yo seré un indeseable, pero las damas siempre merecen el mayor de mis respetos.

Fue terminar de decir aquello y retirarme el saco de un tirón violento. Parpadeé deslumbrada por la luz de unas pocas velas que

centelleaban en un cuarto mugriento totalmente a oscuras. Había botijas de vino y aceite arrumbadas en los rincones, unas vacías, otras a medio llenar. Parecía una covacha que alguien usaba de almacén.

Y ahora, de celda. Me habían secuestrado.

Sabe Dios lo que pensaban hacer conmigo. Había cuatro desharrapados, sucios y malolientes, formando una media luna a mi alrededor, que me observaban. Y el individuo que me había permitido ver de nuevo, que fue el último al que miré.

Di un brinco que me levantó de la silla.

¡Eduardo!

—¿Sabes quién soy? —me preguntó con aire burlón.

Yo tardé en encontrar las palabras. No es solo que me costase recordar el nombre, el terror me tenía paralizada.

—No, demonios, ¿cómo iba a saberlo? —rugí tratando de parecer fiera.

Ellos se rieron de mí. Uno hasta se permitió exclamar «¡Vaya lengua, la señorita!».

Eduardo seguía perforándome con unos ojos de hierro y no había, en su expresión, la menor alegría.

—Pues yo sé perfectamente quién eres tú.

Podía haberle echado en cara su falta de formalidad al tutearme, no había que olvidar que yo seguía siendo doña María de Valladares. El caso es que no me atreví.

—Porque es un criminal de baja estofa que ha estado acechándome para cometer su fechoría. Le advierto que ha dado en hueso, estoy pelada. Si lo que persigue es un rescate, olvídalo, no tengo nada.

—Hasta donde sé, tienes una mansión preciosa en el centro —concretó con sorna.

—Esa casa no es mía —afirmé con tono desafiante.

—Ah, ¿no? Pues tengo entendido que no es lo que le has hecho creer al señoritingo de Luis Benavente.

Se me atascó la saliva en la garganta. ¿Acaso estaban compinchados? Lo que me quedaba por ver...

—¿Qué sabe usted del señor Luis?

Por lo visto, el muy miserable no juzgó oportuno responderme.

—Si no te dedicaras a pavonearte paseando sola y sin escolta, dando a entender que vas sobrada de fortuna, nunca nos habríamos fijado en ti.

—La casa pertenece a una amiga muy querida, doña Beatriz.

El maleante sonrió por primera vez, satisfecho. Se puso en pie y con los brazos dibujó un arco en el aire.

—¡Espléndido! ¿Ves? Las damitas como tú siempre tenéis amigos, parientes y conocidos dispuestos a soltarse el bolsillo por afecto. Llamemos a esa señorita Beatriz y comprobemos hasta qué punto le importas: que pague el rescate.

—Está... ella está... No está en Madrid.

—¿Cómo que no está?

—Está de viaje. De bodas, en el extranjero.

Eduardo chasqueó la lengua, desencantado. Todo su entusiasmo de hacía unos instantes, desinflado por completo.

—¡Cuantísimos inconvenientes, María! ¿Prefieres entonces que llamemos a don Luis y de paso le contamos lo de tu mentirijilla? Que lo estás engañando y que ni eres rica ni esa mansión te pertenece.

Tenía la boca seca y la lengua como un estropajo de los grandes. Moví a un lado y otro la cabeza, negando.

—No. No quieres, claro. —Hizo una pausa que me pareció interminable—. Al señorito Luis, no. Y a la señorita Beatriz, tampoco. ¿A quién llamamos?

Deseé mil veces seguidas que se abriera el suelo y me tragase la tierra, pero no ocurrió. ¿Qué podía decirles que me salvara el pescuezo?

—En la casa hay dos... tres criados, que podrían ayudarles localizando a alguien.

Eduardo dio una palmada dichosa y volvió a sentarse.

—Por fin parece que vamos encontrando un camino. Ya habéis oído —se dirigió a sus hombres—, acercaos a la casa y *con educación* —recalcó—, dad cuenta de la circunstancia en la que se

encuentra la señorita. Que digan si se hacen cargo o pasamos al siguiente escalón.

Hubo un pequeño alboroto, semejante a un remolino desordenado, y a continuación, el grupo se dispersó. Solo quedamos Eduardo y yo. Atada a una silla, indefensa y con más ganas de escupirle a la cara de lo que jamás me imaginé haber acumulado contra nadie.

—¿Tienes hambre?

—Agua —pedí a media voz.

Se alejó hasta un rincón, colmó un vaso y lo trajo. Me lo acercó a la boca.

—Bebe.

—¿No podría soltarme? Al menos las manos, para poder beber.

Se quedó un instante colgado de sus pensamientos, como si se lo estuviera planteando. Decidí darle un empujoncito.

—Vamos, Eduardo, no se sentirá amenazado por alguien como yo, ¿verdad?

Su estúpido orgullo pudo más que su prudencia. Posó el vaso en una mesita y se acercó a soltarme. Cuando me la ofreció de nuevo, me bebí el agua como si llevara seis días en el desierto.

—¿Para eso coqueteó conmigo y fingió que le interesaba? —lo atacué con la boca mucho más fresca— ¿Para poder raptarme?

—Eres una chica bonita, no ha sido para nada desagradable, pero sí. Que sepas que he corrido un gran riesgo por rondarte en esos establecimientos públicos que frecuentas.

—¿Un riesgo? ¿Qué riesgo?

—Alguien habría podido verme.

Le lancé una mirada interrogante que significaba «no entiendo ni jota».

—Soy un maleante, señorita María.

—Eso ya lo he adivinado solita.

—Me buscan por múltiples cosas. Deudas de juego, alguna que otra muerte...

Se me pusieron de punta los pelos. ¿Es que en Madrid los buscaban a todos por crímenes idénticos? Porque eran exactamente

los mismos de los que habían acusado a Luis en su momento.

—Hasta me consta que han pagado sicarios que me buscan para darme mi merecido.



Paquita

Igual que a Luis.

Conforme más me contaba aquel hombre, más se me enredaban las ideas.

—¿A usted también?

Me miró con interés renovado.

—¿Cómo que a mí también?

—Al señorito Luis intentaron matarlo hace un tiempo. Dijeron que por deudas y por... —me atraganté. Todavía era incapaz de verbalizar aquello tan horroroso—, por haber matado a alguien.

—¿El señoritingo Luis? ¿Luis Benavente? —Eduardo arqueó las cejas, con desconcierto primero, para enseguida soltar una carcajada que me retumbó demasiado alta en los oídos.

Una luz se abrió paso a codazos en mi cerebro. Atando cabos, algo acababa de ocurrírseme.

—No habrá tenido usted también algo que ver en ese asunto, ¿verdad?

—¿Yo? —compuso un ademán inocente que no logró engañarme ni por un segundo—. En absoluto.

—Usted me conocía a mí, conocía a Luis...

Movió la mano como espantando malas ideas.

—Solo de oídas, no saque conclusiones precipitadas.

—Es un bandido confeso...

—Eso no se lo niego.

—Pues oiga, cualquiera diría que se siente orgulloso.

De repente se puso muy serio.

Ese aura de mofa que hasta entonces rodeaba sus movimientos y el tono de su voz, se había extinguido como por encanto. Se inclinó hacia mí, intimidándome con una mirada torva, y yo me apreté contra el respaldo de la silla sin tener a dónde escapar.

—Aquí donde me ves, no he tenido una vida fácil. Podría haberla tenido, pero me la robaron de la peor manera. Y sí, me siento orgulloso de haber sobrevivido. Soy todo un superviviente, señorita. ¿No te parece romántico?

—¿Le robaron su vida de lujos y oropeles?

—Algo así. Anda, bebe un poco más de agua y dame un respiro. Eres una criatura agotadora.

—Pues deje que me vaya. Así se libera usted de mi presencia.

Me miró de reojo, con los párpados entornados.

—Reza porque los hombres que he mandado a la calle del Barquillo saquen algo en claro, muchachita.

Se levantó, apoyándose con las manos en las rodillas, y se fue, dejándome con dos palmos de narices y mi montón de sospechas intactas, sin resolver. Más inquieta que nunca.

No fue hasta tres horas más tarde que aquella puerta del cuchitril volvió a abrirse. Petri entró corriendo como una tromba, vestida de señorita, y se me arrojó encima para abrazarme palpándome por todas partes en busca de lesiones.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? ¿Estás herida?

—Petri... ¿Qué haces aquí?

No me hizo falta respuesta cuando tras ella apareció Federico.

—¡Don Federico!

—¿Se encuentra usted bien, señorita María?

¿Señorita María? Por Dios, qué pedazo de lío. Aquel caballero me conocía como Paquita, la doncella de su novia, por más señas. ¿Qué clase de trola le había contado Petri para que ahora se dirigiera a mí en esos términos?

Como no era momento de ponerse a averiguar, decidí seguirles la corriente.

—Estoy bien, estoy bien.

—Bueno, a ver si rematamos el negocio, que se hace tarde y hay que llenar el buche —irrumpió Eduardo, flanqueado por dos de sus matones.

Federico Argüelles echó mano de su bolsillo y sacó un montón de billetes.

—Es todo lo que he podido reunir con tanta premura. Tres mil pesetas.

Eduardo torció la boca. Aquello era una fortuna, sería muy cretino de hacerle ascos. Me pregunto qué esperaba recibir siendo yo una triste criada, si lo llega a saber se pega un tiro en un pie.

—No voy a conseguirle más.

La voz de Federico sonó rotunda como una lápida de cementerio.

—La señorita María es conocida de mi prometida, aquí presente. No es pariente mía, apenas si la he visto en un par de ocasiones. O acepta lo que le ofrezco o me marchó con viento fresco por donde he venido y se las apaña usted en otra dirección.

Lo soltó del tirón, frío y sin inmutarse. Petri y yo intercambiamos una imperceptible mirada de angustia. Federico estaba marcándose un farol, tenía que estar haciéndolo. No sería capaz de abandonarme a merced de aquellos indeseables, ¿verdad que no? Por fuerza tenía que ser un farol...

—Vengan esas tres mil —resolvió finalmente Eduardo. Y todos soltamos aire retenido por inercia en los pulmones—, y llévensela rápido, que me levanta dolor de cabeza. Menuda lengua, la señorita, ni amordazada se calla.

Hizo una seña a uno de sus secuaces que vino a desatarme los tobillos, mientras él se apoderaba del dinero y empezaba a contarlo.

—No obstante, señorita María, todavía hay algo que debes hacer como parte del pago. Esto no es suficiente.

Lo miré atemorizada, frotándome los brazos doloridos.

—Debes conseguirme una entrevista en privado con la baronesa de Belmonte. Que no se entere nadie, ni siquiera su hijo, mucho menos su marido.

—¿Con la baronesa?

Ahora entendía mucho menos.

—Si no me la consigues, volveré a por ti. Y esa vez el rescate será tan alto que, a menos que te alumbre un milagro, puedes darte por muerta.

Eduardo terminó el recuento de billetes y con aire satisfecho se los metió de un puñado en el bolsillo interior de su gabán. Se puso en pie ceremonioso, nos acompañó hasta la puerta e hizo un gesto para que la atravesáramos.

Petri se enganchó a mi brazo con ansia. Pude comprobar el modo violento como temblaba.

—Pero ¿con la baronesa? —repetí como ida.

—Con doña Magdalena de Benavente. ¿No te lo he dicho todavía? —Esbozó una sonrisa perversa que me estremeció—. La señora es mi madre.

Paquita

Por poco me caigo del susto al suelo.

Abandonamos el tugurio, ofuscados perdidos y dando traspiés. No solo yo, todos. Hasta el infeliz de Federico que, conocer no conocía a la baronesa más que de oídas, pero de sobra le constaba su alto rango y su procedencia noble. La posibilidad remota de que un maleante como el que le acababa de birlar sus tres mil pesetas fuera realmente su hijo, le provocó taquicardias.

Eso, suponiendo que el tal Eduardo no mintiera. A mí me parecía todo tan traído por los pelos...

Muy cerquita nos aguardaba un carruaje de buen ver, propiedad del pretendiente despreciado de la Petri. Nos subimos a toda prisa. Una vez dentro, sintiéndome a salvo por primera vez en muchas y ajetreadas horas, se ordenaron mis ideas y las palabras se despegaron de la campanilla para empezar a brotar.

Todo entre un mar interminable de lagrimones.

—Muchas gracias, muchísimas gracias, Federico, le debo la vida. Yo...

—No hay que darlas, señorita María, encantado de poder ayudar.

Miré desconcertada a Petri.

—¿Cómo es que lo has traído? ¿Por qué él?

—Ay, amiga. —Se retorció agobiada las manos—. Se presentaron dos gorilas en la mansión, exigiendo un rescate o si no, te cortarían en pedacitos y nos los irían mandando por paquetes. Yo... no sabía a quién acudir mejor que a Federico.

—Hiciste muy bien, querida mía —la consoló él, tomándole con ternura una mano temblorosa.

—Creí que de verdad iban a matarte.

No me cabe duda de que lo habrían hecho. Y de pronto recordé algo que había dicho.

—¿Por casualidad la ha llamado usted prometida? ¿A mi amiga?

Petri se puso roja como una sandía. La sonrisilla timorata de Federico se ensanchó hasta alcanzarle las orejas.

—Sí, llevamos viéndonos varias semanas...

—Lo cierto es que nos echábamos de menos —admitió ella dedicándole un pestañeo embelesado—. Yo lo echaba de menos.

—¡Me alegro mucho! —palmoteó.

—Contentísimo de haber participado en la aventura, de que todo se haya resuelto satisfactoriamente y de poder contarle, señorita María. Verla aquí, libre, es todo un regalo del cielo...

—¿Por qué sigue llamándome señorita María?

—En cuanto a lo suyo, lo de las dos, pierda cuidado. Lo sé todo, Petri me ha puesto al tanto. Su secreto vendrá conmigo a la tumba y esté quien esté delante, para mí usted será la señorita María. Para los restos.

Me entraron ganas de arrodillarme y besarle los botines. ¿Dónde había ido a encontrar la sosa de la Petri un ángel semejante? Y peor aún, ¿cómo fue tan cretina de dejarlo ir? ¡Que había estado a punto de perder aquella lotería hecha varón!

Me contenté con agarrarle las manos y acercármelas a los labios, en un torpe intento de besuqueo. Federico se sintió abrumado.

—Un millón de gracias, Federico. Dos millones. Tres. Le debo la vida. Es usted la mejor persona que he conocido. Van a ser ustedes muy felices.

Ea. Pues ya estaba.

El carruaje zigzagueó un poco más sobre los adoquines de las calles para detenerse, finalmente, ante la puerta de la mansión.

Todavía me esperaba otra sorpresa.

Doña Beatriz, futura duquesa de Altolaguirre y su flamante esposo, don Gustavo. Actualmente, condes de Monarca.

Me salieron al encuentro, pálidos y demudados.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo? ¿Cómo ha sido? ¿Qué querían? —La señorita me sacudía y no se paraba a respirar.

Intervino don Gustavo.

—Calma, querida, que la atosigas, las preguntas, una a una.

—Estoy bien, señorita... señora Beatriz. Estoy bien, no se preocupe. Si no llega a ser por el señor Federico aquí presente...

Todos se saludaron con más o menos nervios y pasamos en tropel al salón de recibir, que era el que más cerca pillaba de la puerta. Me desplomé sobre el sofá, rendida, exhausta y otra vez con unas ganas de llorar que me consumían. Pero era turno de preguntas y yo estaba obligada a responderlas todas.

—¿Cómo es que han regresado tan pronto?

—Hemos hecho la mitad del viaje, veníamos a cambiar la ropa de los baúles y nos volvemos a marchar. Y al llegar, hemos encontrado a doña Úrsula y a Salvador descompuestos y nos han relatado lo del secuestro.

—Ha sido espantoso, señorita...

—¿Y cómo a ti? ¿Por qué a ti?

—Se pensaron que era muchacha de posibles... Figúrese usted.

—Pero ¿cómo iban a pensar eso...? —Reparó en mis ropas lujosas, provenientes de su propio armario y lo entendió todo—. Ah, ya.

—Mientras llegábamos, se ha presentado en la puerta un tal don Luis preguntando por una tal señorita María... —repuso don Gustavo. Di un bote sobre el tresillo—. Muy educado, tanto como insistente, el muchacho. ¿Saben de quién puede tratarse?

—¿Y qué le han dicho?

—¿Qué íbamos a decirle, sin saber quién era? Pues nada de nada.

Me puse en pie de un salto que más parecía una cabriola.

—Tengo que ir a visitar a la baronesa.

—¿Qué baronesa?

—La de Belmonte. Es una exigencia de los raptos. O volverán a por mí y esta vez no tendré tanta suerte.

Los ojos escrutadores de la señorita Beatriz, ahora señora, me repasaron de pies a cabeza.

—Tú primero te vas a comer un buen filete. Todos repondremos fuerzas y me vas a contar hasta el último pelo de lo que nos hemos perdido, Paquita, que me huelo que aquí hay mucho que revelar.

Y lo dijo mirando de reojo a Petri, que también iba vestida de señorita.

—Se lo cuento a la vuelta, señora Beatriz, se lo juro por mi madre, ante la Biblia. Se lo contaré todo. Ahora déjeme marchar...

—¡Doña Úrsula! —llamó sin hacerme el menor caso.

—¿Señora?

—¿Está lista la comida?

No recordaba yo haber visto a la cocinera tan radiante ni con una sonrisa tan luminosa.

—A punto de emplatar, señora.

—Pues vamos todos al comedor. Usted también, don Federico. No sabe lo agradecidos que le estamos. Permítanos devolverle el dinero y, como mínimo, invitarle a comer.

Así fue como me vi tragando pedacitos de carne que se me atascaban como bolas de hierro sobre la lengua, cuando lo que quería era salir corriendo cual liebre hasta el palacio de Amboages, a cumplir con mi cometido.

Y desembuchando delante de todo el mundo el magnífico y bochornoso plan de casamiento que había ideado, y con el que también envolví a la Petri.

Beatriz

—¿Qué hacemos, mi amor?

Gustavo me lo preguntó conteniendo a duras penas la risa. La situación era tan rocambolesca, pero el mismo tiempo tan propia de Paquita, que no podíamos dejar de carcajearnos. Mi doncella ya se había ausentado de Barquillo, con muchas prisas, apenas después de darse un baño que le quitara la mugre de la aventura y cambiarse de ropa, eligiendo vestido con mi consejo. Iba hecha un pincel, bonita como una mañana de primavera y aunque mis indagaciones solo se toparon con evasivas, en los ojos le leía que andaba enamoriscada.

Suspiré.

Entregué la copita de Jerez a Gustavo y yo me senté en el sofá, a su lado, frente a la chimenea, con la mía. Mi marido me rodeó los hombros con un brazo y me atrajo hacia su cuerpo. Cuando le reposé la cabeza sobre el pecho, él me recompensó besándome el pelo.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A Paquita. ¿Le seguimos la corriente?

—¿Y engañar a ese pobre hombre?

—Paquita es una mujer fabulosa, el que se la lleve se lleva un tesoro.

—Llegas tarde. El tesoro ya me lo llevé yo.

—Paquita lo hará feliz, tenlo presente.

—Es una farsante sin una perra chica en el bolsillo.

—Si él no es un cazafortunas, le importará poco.

—Sigue siendo una farsante. —Me besó los labios—. Ay, cariño, no te engañe, me cuesta entenderos a las mujeres, pero te tengo por la más inteligente, de manera que haremos lo que tú digas.

—Entonces seguimos adelante con nuestros planes. Mañana nos marchamos y que Paquita siga siendo un rato más la señorita de Barquillo 10.

—Saldremos escaldados, amor —replicó tras pensárselo un instante—, oye lo que te digo.

Se me escapó la risa. Aquella risa juguetona, traviesa y burbujeante que a Gustavo le gustaba tanto. Giré en sus brazos y en menos de un parpadeo estaba sentada a horcajadas en su regazo. Besándolo como si el mundo fuera a explotar en pedazos dentro de la siguiente hora.

—Al cuerno lo que pase —zanjó Gustavo entre gruñidos de placer—. Yo me quedo contigo.

Paquita

Llegué al palacio de los barones con la lengua fuera y una retahíla interminable de razones en mente, por las que doña Magdalena se negaría a recibirme. Unos jardineros me franquearon el paso de la verja, pero me quedé atorada en la puerta principal.

Después de que el mayordomo me la cerrara en las narices con un escueto «los señores están ocupados, vuelva otro día», conseguí que una doncella que ya había visto otras muchas veces, en mis visitas al convaleciente, volviera a descerrajarla.

La muchacha me miró con una mezcla de terror y vergüenza infinita.

—Señorita María, se lo ruego, márchese.

—Es que necesito verme con la baronesa. ¡Y a solas! Es cuestión de vida o muerte.

—Usted nos cae muy bien a todos, señorita, hasta el último mono del servicio está de su parte, pero la baronesa ha dejado claro que no quiere recibirla. Por Dios, no me ponga en un aprieto...

—Es muy, muy, muy importante que la vea —repetí con ansia.

—Va a conseguir que me despida, señorita María, no insista...

—Dígale que vengo de parte de Eduardo.

—¡Almudena!

Era la voz de la baronesa. ¡Cónchale! ¿Dónde estaba? ¿Escondida tras los cortinones espiando?

La cara de la doncella se desfiguró con la llamada. Me indicó por señas que aguardara allí mismo y atrancó la puerta sin más tardanza.

Segundo portazo del día en plena cara.

No fueron ni treinta segundos. Enseguida se abrió de nuevo y la muchacha salió algo más recompuesta.

—Acompáñeme al invernadero, señorita María. Enseguida viene la baronesa.

Me condujo por los jardines hasta un pequeño palacio de cristal a rebosar de plantas verdes y de flores. Una construcción tan esbelta y bella al mismo tiempo, que parecía sacada de un cuento de hadas. La doncella caminaba a saltitos y parecía muy turbada. Me abrió la puerta y me hizo señas para que entrara.

—Les serviré un té.

No respondí. ¿Qué podía decirle? Yo también estaba nerviosa. Preguntándome cómo me recibiría la baronesa después de haberme pillado casi encima de su hijo y haberme llamado desvergonzada y de todo menos bonita.

También me retumbaba en la mente la confesión del tal Eduardo Castellanos. ¿De verdad era hijo de doña Magdalena?

—Ya veo que en cuanto he nombrado a cierta persona, se ha dignado a recibirme —ataqué nada más verla.

—Bobadas. Te he recibido porque estabas formando un escándalo. Un minuto más y se hubiera enterado hasta la última

mosca en palacio. ¿Se puede saber qué se te ofrece? Te dije que no volvieras a aparecer por aquí.

La pregunta sonó como un trueno en mitad de un día calmado. Allí estaba la señora de la casa, cargada de joyas, como de costumbre, con un fabuloso vestido azul que hacía juego con los iris de sus ojos.

—No he venido por mi gusto, señora, puede apostar y ganaría. ¿Me permite preguntarle por la salud de Luis?

—Don Luis —me corrigió áspera—. Ahí lo tengo, como alma en pena por culpa de lo que cree sentir por ti. —Señaló una silla para que me sentara y ella ocupó con elegancia la de enfrente—. Se le pasará. El tiempo todo lo cura, hasta lo más profundo.

Me mordí los labios para no aullar.

—Hasta ahora habías cumplido tu palabra con bastante decencia...

—Cumpló una petición, baronesa. Hay una persona que quiere entrevistarse con usted. A solas.

Se hizo la desentendida, arqueando solo una ceja.

—O accede usted a verlo o me matará. Ha amenazado con hacerlo después de secuestrarme.

Doña Magdalena torció la cara en un mohín de incredulidad, sin saber si creerse toda aquella fantasía.

—No podría importarme menos.

—Pues debería. Todo tiene que ver con usted.

Suspiró como si se le acabase la paciencia.

—Suponiendo que decida creerte... Ya me dirás de quién se trata.

—Eduardo Castellanos. ¿Sabe de quién le hablo?

—¿Por qué habría de conocer yo a ese señor?

—Quizá porque según él mismo afirma... ¿es su hijo?

Pude ver cómo se le envaraba el cuerpo y se ponía rígida tal que si fuera a sufrir un ataque. Tuve la prudencia de cerrar el pico, dado que dos doncellas cargadas de bandejas se acercaban con los servicios de té y no era cuestión de permitirles oír más de la cuenta. Para distraerme y no mirar a la baronesa, me entretuve observando cómo se conducían con la tetera y las tazas, convenciéndome de que

en Barquillo 10 lo hacíamos con mayor exquisitez. Gracias a la educación de la marquesa, doña Eugenia, mucho más al estilo inglés.

—¿Lo es, doña Magdalena? —la presioné en cuanto nos dejaron solas, a puerta cerrada.

A la mujer se le había retirado la sangre de la cara. Estaba pálida como una muerta, a pique de echarse a llorar.

—No es lo que te piensas.

—Yo no me pienso nada, baronesa, ¿qué me iba a pensar? No soy de las que juzgan. Solo le advierto que, de ser cierto, sus dos hijos son dos delincuentes, cada uno por su lado, a cada cual más peligroso.

—¿Luis delincuente? ¿Qué majadería acabas de decir?

—El atentado fue un encargo. Por deudas de juego y por... haber matado a alguien.

Paquita

Se le abrió la boca, como un moribundo que no consigue respirar, y no dijo nada. Tampoco es que lograra cerrarla.

—¿Luis? ¡Eso es absurdo! ¡Más que absurdo!

Me encogí de hombros, más triste que satisfecha.

—Es lo que hemos averiguado, señora. No crea que no lo siento. Ojalá no fuera cierto.

—¡Porque no lo es! ¿Y tú? ¿De qué conoces a Eduardo?

—Es el que tuvo la feliz ocurrencia de raptarme. No crea, tres mil pesetas que le ha sisado al prometido de mi amiga en el rescate.

—¿Tres mil? No te han vendido por mucho —calculó desdeñosa.

Sonreí tirante. No lo sería para ella; para cualquiera mínimamente en sus cabales, aquella cantidad de dinero era inimaginable.

—Muchas gracias, doña Magdalena, usted siempre tan dispuesta a recordarme lo poquito que valgo. Le echa mucho valor, le reconozco el mérito de despreciar a los demás tan alegremente, teniendo dos hijos que con suerte acabarán en el cadalso o a cadena perpetua.

Se hizo un silencio tan pesado, tan desagradable y espeso, que recordaba al lodo. Los ojos de la mujer estaban vidriosos,

acumulando lágrimas que no tardaría en derramar.

—Para perdonarme la vida, puse como condición que intercediera ante usted de cara a conseguir que se vieran.

Doña Magdalena sacó despacio un papel del bolsillo más escondido de su falda. Lo manoseó frenética sin llegar a desdoblarlo.

—Esta carta llegó ayer mismo. La trajo un mozalbete para que me la entregaran en mano. Si te has figurado algún reencuentro romántico entre una madre y su hijo pródigo, siento desilusionarte: Eduardo solo quiere dinero. El suficiente como para huir a América y ponerse a salvo de la justicia y de los criminales que lo persiguen.

—¿Y se lo piensa dar?

—¿Qué remedio me queda?

La forma en que me miró, la manera y el tono en que lo dijo, me rompieron el corazón. Toda sombra de soberbia y poca amabilidad desaparecidas de su bello rostro clásico. El llanto silencioso de las grandes damas que saben comportarse y sufrir sin aspavientos. Era una madre con el alma hecha pedazos.

Me inspiró una compasión horrorosa. Casi estuve por correr a tomarle las manos y consolarla.

—No es lo que te piensas —repitió como ida—. Supongo que Luis nunca te ha comentado que tuviera un hermano. —Negué con la cabeza—. Eso es porque no lo sabe. Mi marido también lo ignora. Yo abandoné a ese bebé nada más nacer para que otra familia lo cuidara.

—Quiere... ¿quiere hablar, doña Magdalena? —le ofrecí.

Arrimé mi asiento al suyo para confortarla y le ofrecí mi pañuelo de señorita. Ella lo aceptó con una media sonrisa.

—Fue durante la ausencia del barón. Intervino en el conflicto armado de Cuba y Filipinas, estuvo fuera un total de dos años. Luisito acababa de nacer.

—¿Y usted se enamoró de otra persona?

Negó escandalizada.

—Yo amaba a Francisco con todo mi corazón, igual que lo amo ahora. No le habría sido infiel por nada del mundo. Su primo Alberto, que no fue llamado a filas por su cojera de nacimiento, quedó al cuidado de la casa. Mi bondadoso y siempre confiado

Francisco le encomendó que cuidara de nosotros. Y ese miserable malnacido... ese... ese indeseable...

Lo comprendí todo sin necesidad de más detalles. Y me horroricé. Por lo que ella había sufrido, por la lealtad traicionada de san José.

—¿Cuánto tiempo ha callado esto, doña Magdalena?

—Toda mi vida, María, es la primera vez que se lo confío a alguien. Me tienes en tus manos.

—Pierda cuidado con eso, mujer, en nombre del cielo.

—En cuanto se enteró de que me había dejado encinta no volvió a entrar en mi alcoba de madrugada como solía. En cuanto el embarazo se empezó a notar me enclaustré en nuestro palacio de Triana y no puse un pie en la calle hasta que nació el niño. Con una excusa pobretona, el desgraciado de Alberto regresó a su casa, de la que nunca debió salir, y mi ama de llaves encontró a alguien que, después de asistirme al parto con toda la discreción requerida, buscaría una buena familia para el pequeño.

—Un niño inocente, que ninguna culpa tenía de los pecados atroces de su padre.

—En efecto. Pero ¿cómo me enfrentaba yo al mundo con un hijo en esas condiciones? ¿Cómo se lo explicaba a Francisco a su vuelta? Es un hombre pacífico, pero habría buscado a su primo para hacerle pagar su maldad. Contárselo habría arruinado su vida por completo. —Se secó una lágrima díscola—. Me consolé pensando que mi hijo había ido a parar a una casa honrada donde nada le faltaba y crecería rodeado de amor.

Se desmoronó por completo.

La recibí en mis brazos abiertos y abrazarla curó también un poquito mis heridas rotas. Muchas cosas empezaban a clarificarse.

Era posible que los sicarios no buscaran a Luis, sino a Eduardo. Que al identificarlo como «hijo de la baronesa» se hubiera generado aquella equivocación.

—Si ese dinero le salva la vida, tengo que dárselo, es lo mínimo que le debo.

—La comprendo, doña Magdalena —susurré ofreciéndole consuelo con unas palmaditas en la espalda—. Yo en su lugar haría

lo mismo.

De repente se separó de mí y me miró con dureza.

—¿Se lo contarás a Luis? ¿A mi marido? Lo que acabo de revelarte.

—Por nada del mundo. Eso le corresponde a usted, y solo si desea hacerlo. Seré pobre, doña Magdalena, pero sé lo que es el honor.

Su llanto arreció.

Me rodeó con sus brazos como si fuera su propia hija y balbuceando sin parar la palabra «gracias», nos pasamos los siguientes cinco minutos. Era una buena mujer carcomida por los remordimientos, que solo buscaba asegurar el mejor partido para el hijo que le quedaba.

Una madre que sufría sus errores.

Si no era capaz de entenderlo, no me merecía el amor de Luis.

—María —murmuró pasado un rato, todavía ahogada en lágrimas.

—Dígame, baronesa. —Le pasé un segundo pañuelo, este más chiquito, por los pómulos sonrosados.

—¿Estarás aquí conmigo cuando él venga?

Sin necesidad de hurgar en más detalles, supe que se refería a Eduardo.

—Si le hago falta, aquí estaré. Ande, repóngase, que no hay mal que cien años dure. No vaya a venir san... su señor esposo y la pesque con la carita descompuesta. Hay que ver la de plantas preciosas que tiene este invernadero. ¿Las cría usted?

Me dijo que sí con un hipido. Yo continué hablando de naderías con aire relajado, arrastrándola poco a poco conmigo al reino de la calma.

—¡Qué de flores! ¡Y lo sanas que se las ve! Tiene usted muy buena mano con las plantas, doña Magdalena. Yo una vez tuve una maceta de margaritas, que dicen que son bien resistentes, y ni por esas, se me murió también, la pobrecilla. Se llamaba Abundia...

—María —volvió a interrumpirme.

—Dígame, señora.

—Gracias.

Paquita

A partir de ahí, solo cabía esperar. Que la nota que la señora baronesa había entregado al pilluelo que vino reclamando respuesta llegase a su destino, y que el «bueno» de Eduardo hiciera el siguiente movimiento. Podían pasar uno o dos días. Quién sabe.

Tanto doña Magdalena como yo, íbamos a contener el aliento hasta entonces.

Me volví loca dándole vueltas al perol, preguntándome si los crímenes de los que habían acusado a Luis pertenecían a Eduardo en realidad, y todo no había sido más que un singular y desafortunado embrollo. Rezando para que así fuera. Sintiendo el remolino de esperanza subirme desde el vientre al pecho iluminándolo todo, para a continuación, bajar de nuevo, desinflarse y tumbar mis ilusiones.

Todavía podía suceder que tanto el uno como el otro fueran buenas piezas de las que cuidarse. Y entonces, no solo existiría una razón muy poderosa que nos separaba a Luis y a mí, mi condición social inferior envuelta en mentiras, sino dos: yo jamás aceptaría a mi lado a un indecoroso delincuente.

La señora Beatriz y su guapísimo marido se montaron en un tren y desaparecieron de la faz de la tierra, rumbo a la lejana China,

y una relativa paz regresó a la mansión de Barquillo 10, mejor ahora, que mi señorita ya estaba al tanto de nuestro embuste y nos cubría. Me hizo sentirme menos culpable, su perdón le quitó mucho peso a los remordimientos que me impedían dormir a pierna suelta, como había hecho toda mi vida.

Desde que mi historia con Luis se había truncado, los vestidos me quedaban anchos y la señora Úrsula me sermoneaba y me llamaba flacucha para que comiera más. Tenía el cutis más pálido y deslucido. No lo olvidaba, no era capaz de sacármelo del pecho, ni del pensamiento ni del alma por más empeño que pusiera.

Aquello me iba a costar la vida.

Pasados tres días, la baronesa me envió una nota citándome en el palacio a las cinco de la tarde. Estaba claro lo que pasaría, Eduardo acudiría a la cita y recibiría de su madre una fortuna con la que poner pies en polvorosa, dejando atrás crímenes y estafas. Una desconfiada Petri me ayudó a vestirme. Salvador me llevaría en el carruaje de la mansión. Pero ninguno estaba conforme.

—¿Estás segura de que quieres ir sola?

Asentí con un cabeceo.

—¿Completamente segura?

—No me queda otra, Petri. Es una petición de la baronesa y ya me dirás cómo le explico que aparezco con escolta en un asunto tan íntimo.

—Lo que no sé es cómo se atreve a pedirte nada después de como se ha portado contigo —refunfuñó colocándome un mechón tras la oreja.

—Está sola en esto, Petri. Hay cosas que no puede contar a nadie, ni a su marido, ni a su hijo.

—Cosas como, ¿qué?

Me giré con tal de darle la espalda, fingiendo que buscaba el espejo del tocador.

—No te entrometas. Son cosas de ella, secretos de familia.

—¿Y contigo sí las ha compartido? —Puso los brazos en jarra y me observó incrédula.

No la saqué de dudas. Acababa de cogérseme un pellizco tremendo en la boca del estómago.

—Entonces... si tienes a la suegra de tu parte, lo tuyo con el señorito Luis es pan comido. Siempre que no sea verdad lo de que es un maleante...

Me retorcí bruscamente para clavarle los ojos.

—¡Petri! ¿Qué es lo mío con Luis? ¿Olvidas la familia a la que pertenece y que yo no soy más que una vulgar criada que encima miente como una bellaca? ¡Que no soy la señorita de buena familia y educación exquisita que él se piensa!

—Educación sí tienes, Paquita, más y mejor que muchas damitas. Bien se esmeró la señorita Beatriz en que eso ocurriera.

—Bueno, ya me entiendes.

—Lo entiendo, pero no por eso voy a darte la razón como a los tontos. Si al final él resultara ser inocente y pese a todo lo que has armado te quisiera, ¿qué? Punto en boca y a aprovechar. Que el amor es un potro indomable y no hay cerca que lo detenga.

—Eso es lo malo, Petri, eso es lo malo. Imagina lo que pensará de mí cuando lo descubra: me odiará, no querrá verme ni pintada en un cuadro. Será el final.

Doña Magdalena convenció a su esposo para que echara la tarde en el club de caballeros con el pretexto de que le convenía socializar, hacer amistades en Madrid y reforzar lazos. El pobre san José, que más bueno y no nace, siguió a pies juntillas las sugerencias de su esposa y le dejó vía libre con la casa vacía.

En cuanto a Luis...

Había vuelto a escribir, cada tarde en el parque del Retiro. Se ausentaba durante horas de forma regular y ese lapso de tiempo era el que la baronesa debía aprovechar para despachar con su otro hijo.

Me moría de impaciencia. Llevaba el corazón alborotado como un cohete de verbena.

La encontré muy desmejorada, casi como ella me encontró a mí. Traté de reconfortarla con un cálido «ya verá como todo sale de guinda» y nos sentamos en el invernadero a esperar a Eduardo. En

completo silencio. Rodeadas por una tensión que no hacía más que crecer y crecer, siempre a punto de reventar.

Cuando estaba a punto de darnos algo malo, apareció un lacayo anunciando «su visita, señora» y, acompañándolo, Eduardo Castellanos vestido de forma impecable. Ni la sombra del tipo andrajoso que se me había presentado en la covacha durante el secuestro. Al entrar, su mirada y la de doña Magdalena quedaron enganchadas de un modo casi físico. Con una sacudida brutal por ambas partes.

¿La primera vez que se encontraban tras el nacimiento?

Los ojos de los dos eran idénticos. La misma mirada.

Hubiera deseado no estar allí, que la baronesa y su hijo perdido vivieran el reencuentro en total intimidad. Sin embargo, la señora aferró mi mano y la apretó con desesperación. Superada la primera impresión, Eduardo fue el primero que habló.

—¿Por qué me mira de ese modo, madre? Parece que ha visto al mismísimo diablo. ¿Acaso no soy tan atractivo como mi hermano Luis y la he decepcionado? No sabe cuánto lo siento.

—Eres la encarnación misma de... de... —balbuceó torturada.

—Mi padre, supongo. Y eso no debe de hacerla muy feliz a juzgar por el espanto que leo en sus ojos. —Se abrió una pausa de tenso silencio—. Ya sabía yo que la vida de la enamorada de mi hermano no le sería indiferente —añadió señalándome casi con desgana.

—Lo siento —murmuró la dama en un tono tan débil que apenas se la oyó.

Soltó mi mano y avanzó unos pasos hacia Eduardo. Quedaron frente a frente, mirándose, conteniendo la respiración.

—Siento todo lo que pasó. Lo que hice, las decisiones que tomé de las que tú no eras culpable. Siento que hayas tenido que buscarme en contra de mi voluntad, que parezca que no me importas.

—Y no le importo. Usted solo tiene un hijo, baronesa, su adorado Luis, el dechado de virtudes. No obstante, no tema, no me duele, ya no. Me dolió siendo niño, cuando descubrí que la gente que me criaba no eran mi familia y la pregunta de por qué mi

verdadera madre había decidido abandonarme me desvelaba por las noches.

Doña Magdalena agachó la cabeza y enjugó unas gruesas lágrimas.

—Ya no —prosiguió él—. Ahora solo necesito el dinero suficiente para poder huir. A las Américas o a la China. Y da la casualidad de que a usted le sobra.



Paquita

Sujeté a la baronesa, que se tambaleaba al borde del desplome.

—No es preciso ser cruel —le reproché furiosa.

Eduardo compuso una mueca de absoluta inocencia, imposible de creer.

—No es mi intención ofenderla, madre, no es que la odie ni nada parecido. Simplemente, a estas alturas ya no siento nada. Y he de añadir que, después de tan largo tormento, es toda una liberación.

—De verdad que lo lamento —repitió la señora en una lúgubre letanía.

—He sufrido mucho. Me he sentido abandonado y solo. —De repente, una máscara de extrema felicidad sustituyó su rostro abotargado y me provocó terror—. Por fortuna todo eso ya pasó. Los dolores se amortiguan con el tiempo.

—No puedo borrar el pasado.

—Desde luego que no. Pero puede usted construirme un brillante futuro. Al otro lado del océano. Lejos de todos esos impacientes cobradores de deudas de juego y del desquiciado Antonio de Cifuentes que me persigue empeñado en vengar la muerte de su hijo.

Pensé que doña Magdalena se derrumbaría como un saco lleno de piedras.

—¿Has matado...?

Eduardo reaccionó como si le hubieran pinchado con un alfiler en el cuello.

—Me he criado en la calle, desamparado, me tocó aprender a sobrevivir. Soy un jugador, borrachín y pendenciero, pero no soy un asesino.

—¿Cuánto...? ¿Cuánto dinero necesitas?

—Todo el que pueda darme.

—No he podido reunir mucho con tanta premura y a espaldas del barón. Hay suficiente para el pasaje, los gastos y para que te instales. Con más tiempo podría conseguir una abultada suma de dinero y enviártela a donde me indiques...

—Prefiero no dejar direcciones ni rastro alguno cuando abandone Europa. Entiéndalo, así evitaremos que los molesten. A ustedes. Del mismo modo que han incordiado a mi hermano buscándome a mí. Tengo entendido que la cosa pudo ser grave, ¿no?

Que Dios me perdone.

Me inundó tal oleada de alivio al escucharlo, que estuve a punto de echarme a llorar. Ahí estaba. La prueba definitiva de la inocencia de Luis. No jugaba ni debía dinero a nadie. No había matado.

Entonces fui yo la que osciló con una tiritera muy poco aristocrática. Y la baronesa quien me sujetó. Formábamos un buen equipo proporcionándonos sostén la una a la otra.

Eduardo empezó a impacientarse.

—Bueno, esto se alarga innecesariamente, madre. ¿Me da el dinero?

Doña Magdalena asintió y echó mano de un voluminoso maletín de cuero oculto tras unas plantas. Lo colocó en el suelo, junto a sus pies, y fue él quien se alargó a cogerlo. Era ciertamente pesado, si nos fiábamos de la sonrisa de complacencia que se le dibujó a Eduardo en la cara.

Palpé en el ambiente crispado que la pobre doña Magdalena aguardaba una palabra de afecto de su hijo. Por insólito que pudiera resultar.

—Supongo que después de esto, madre —fue su reacción—, tardaremos en vernos. Más o menos lo que hemos tardado hasta hoy, puede que multiplicado por dos.

—Eduardo...

—No está en mi ánimo importunarla, puede creerme. Si lo que teme es que después de esta entrega haya otras fechorías para reclamar más, como raptar de nuevo a la enamorada de nuestro mimado Luis, quede tranquila. Soy el primero a quien no le interesa permanecer en España...

Calló de repente, porque el barón acababa de aparecer en el invernadero por sorpresa y sin que nadie lo esperase.

—¿Qué clase de reunión social...? —empezó con buen ánimo, convencido de haber sorprendido a su querida esposa compartiendo un refrigerio.

Sin embargo, cuando sus ojos se posaron en el rostro de Eduardo, no solo enmudeció. También se le retiró el color, como si se hubiera muerto. Boquiabierto.

—Alberto —dijo por fin.

La tensión se dispersó en el aire. Gruesa e imposible de cortar. La baronesa tragó saliva y se apretó el brazo con los dedos de la mano izquierda. Finalmente, el que ya había demostrado tener más tablas de todo el grupo, sonrió y dio un paso adelante con la mano extendida.

—Usted debe de ser el tío Francisco. Encantado.

—¿Tío? —Estrechó confuso la mano que le ofrecían.

—Sí, soy el hijo de su primo Alberto.

—Que en paz descanse —agregó el barón—. Sois como dos gotas de agua, él a tu edad tenía... tenía ese mismo aspecto.

Eduardo se encogió de hombros con un halo de desenfado alrededor.

—Ya sabe, cosas de la genética.

El barón se volvió a mirar a su demudada esposa.

—¿Tú sabías que venía?

—*Mea culpa*, no anuncié visita. Solo he pasado un instante a saludar, tío —se apresuró a responder Eduardo por ella—. Hasta pensé que tendría que marcharme sin llegar a conocerlo. Llevo toda

la vida en el extranjero y mi intención es volver a América mañana mismo, si es posible.

—Te quedarás a cenar, supongo...

—Hemos tomado el té. Lamento no poder dedicarles más tiempo. Prometo solemnemente que en mi próxima visita ustedes y su fabuloso palacio serán los primeros en mi lista.

Yo contemplaba la escena entumecida de puro nervio. Con los músculos en tensión, paralizada la lengua. Ya ves, con lo parlanchina que soy y lo difícil que es hacer que me calle. Pues bloqueada la tenía. La notaba como una piedra dentro de la boca. Supe que doña Magdalena no sabía cómo quitarse de encima al barón, que hubiera dado la mitad de su fortuna porque aquel temerario encuentro no se hubiera producido.

Pero allí estaban. Frente a frente y sin saber muy bien qué decir, pese a que Eduardo había salvado con arte y desparpajo la situación.

En ese momento, la figura del mayordomo del palacio recortada en la gran puerta doble del invernadero, atrayendo la atención de don Francisco, fue como ver aparecer a la mismísima virgen.

—Señoría, sería tan amable de dedicarme unos minutos. Hay un asunto urgente que debo tratar con usted.

No podría decir si al barón le fastidió la interrupción o le supo a maná llovido del cielo. Esta vez fue él quien adelantó primero su mano a modo de cortesía final.

—Vaya, parece que el deber me llama y que tampoco podré ofrecerte una despedida como Dios manda, sobrino.

—Está todo bien, tío. Les prometo volver a visitarlos.

Un intercambio de las palabras amables de rigor, y para alivio de la baronesa, don Francisco salió por la puerta con el mayordomo pisándole los talones. Bendito don de la oportunidad.

—No tema, madre, lo he dicho por ser cortés, no pienso volver en lo que me queda de vida.

Paquita

—Seguramente para no rendir cuentas por tus pecados, malnacido
—rugió otra voz masculina que nos sobresaltó a todos por la espalda
—. No te preocupes, yo mismo borraría mi existencia si no pudiera evitarlo.

Eduardo identificó al recién llegado, un hombre de edad similar a la del barón, elegantemente vestido, con el rostro congestionado de furia. Lo miró con una especie de cansancio, quizá aburrimiento, que no llegué a entender.

—Por Dios, don Antonio, ¿todavía sigue con esas?

—Hasta el instante de mi último suspiro, debo hacerte pagar por el quebranto que le causaste a mi familia.

Eduardo volvió a posar el maletín en el suelo, con aire resignado. El caballero enfadado empuñaba una pistola pequeña, con mano temblorosa. Con un gemido de pavor, doña Magdalena se apretó contra mí.

—Mi hijo. Mi heredero, mi primogénito. Lo mataste. No eres más que un vil asesino...

—¡Yo no asesiné a su hijo! Fue un duelo justo. Y por más que le escueza escucharlo, si uno de los dos violentó las leyes del honor, desde luego no fui yo.

—¡Cierra esa boca venenosa! No sueltas más que mentiras.

—Digo la verdad —se defendió Eduardo—. Su hijo no respetó la cuenta atrás, se giró antes de que terminara y me disparó a traición. Sus nervios o su mala puntería fueron las causantes de una herida engorrosa, que me tuvo meses en cama, pero no mortal.

—¡He dicho que te calles!

—Y cuando fue mi turno —prosiguió sin inmutarse—, la cobardía lo empujó a salir corriendo. Disparé, sí, queriendo acertar en una pierna, o un brazo, y dar por resuelto aquel comprometido y absurdo enfrentamiento. Una partida de cartas no merece una vida.

—¡Pero lo mataste!

—No esperaba que saliera corriendo, no esperaba aquel movimiento suyo tan brusco. En este caso, la mala fortuna quiso que la bala lo alcanzara en la cabeza.

—Maldito...

—Por lo que más quiera, señor Cifuentes —imploró la baronesa—, guarde el arma, respete esta casa.

—No moriré en paz si no consigo vengar la memoria de mi hijo.

—La memoria de un cobarde, que además forzó la celebración del duelo.

—Don Antonio, baje esa pistola ahora mismo.

La orden fue tan rotunda, tan certera y regia, que el tiempo pareció detenerse alrededor de aquella frase. Nadie esperaba que Luis se presentara en el invernadero, en medio de todo el caos, tratando de imponer cordura.

Se colocó como parapeto protector entre el padre enajenado y Eduardo.

—¡Apártese! —gritó el caballero— ¡Quítese de en medio! No quiero herir a nadie, tiene mi palabra. Solo a ese miserable.

—Si usted afirmara que no conozco a este hombre —apuntó a Eduardo— estaría en lo cierto, ya que es la primera vez en mi vida que lo veo. Pero si dice la verdad y es hijo de mi madre y por lo tanto mi hermano, pertenece a esta familia. Y le aseguro que haré lo imposible por garantizarle un juicio justo.

Don Antonio de Cifuentes apretó con fuerza los labios sin despegar las pupilas brillantes de su objetivo.

—Entienda que también para mí es una cuestión de honor familiar —agregó Luis con gravedad.

—No habrá juicio que valga. No lo permitiré —rugió fiero don Antonio.

—Debe de haber testigos de ese duelo, alguien estaría presente y podrá confirmar la versión que él da de los hechos, ¿no es cierto? ¿Hubo testigos?

—Los padrinos del duelo. El doctor... Un sacerdote —corroboró Eduardo con voz rota.

—¿Lo ve, don Antonio? Cálmese. —Alzó las manos y las movió en vaivén—. Todavía estamos a tiempo de saber qué sucedió en realidad sin causar nuevas pérdidas humanas. Se lo ruego...

El hombre estaba a punto de echarse a llorar. Debía de ser espantoso vivir con el puñal de la venganza urgente clavado en el corazón y, cuando la tienes al alcance de la mano, aceptar que puede ser que estuvieras equivocado. No tuvo la impresión de que aquel hombre atormentado estuviera dispuesto a dar su brazo a torcer, ni siquiera parecía estar en sus cabales.

—Atienda —continuó Luis con tono sosegador—. Localizaremos a esos testigos, aclararemos las cosas, pondremos el caso en manos de la autoridad. Que se aplique la ley sin excusas. Pero no se tome la justicia por su mano, don Antonio, será algo de lo que se arrepienta siempre.

—Lo juré. Lo juré sobre el cadáver caliente de mi hijo. ¡Apártese, si no quiere resultar herido!

—¡Luis, por Dios! —La baronesa se impulsó hacia adelante.

Apenas si tuvo oportunidad de retenerla.

En aquellos escasos segundos en que todos nos movimos y varios cambiaron de posición, Eduardo trató de escapar, maletín en mano. Un alarido de Cifuentes le ordenó parar. Apuntó de nuevo y Luis se interpuso en la trayectoria del disparo. Cuando el estallido ya había ensordecido nuestros oídos, la figura de Eduardo se atravesó para proteger a Luis de la bala y con un gemido agónico y una mancha de sangre en el pecho, cayó al suelo.

Tanto Luis como doña Magdalena se arrojaron sobre él.

—Está... —tartamudeó el responsable del tiro— ¿Está muerto?

—¡Márchese! —le gritó Luis. El hombre de repente se había quedado como petrificado. La mano, lacia, el arma resbaló hasta estamparse contra el suelo—. Coja la pistola y márchese. Salga de esta casa y olvide que nada ha sucedido. ¡Váyase, le digo!

A duras penas consiguió el caballero cumplir con lo que se le mandaba.

—¿Llamo a un médico? —pregunté sin saber cómo ayudar.

Fue Eduardo quien hizo una señal inequívoca con la mano empapada en su propia sangre.

—No valdría para nada. Sé distinguir cuándo una herida es mortal.

—No digas eso —lo contradijo Luis con brío—. María, avisa a los criados, que traigan a un médico cuanto antes.

Me giré a toda prisa buscando la puerta que don Antonio había dejado abierta de par en par tras su huida. Todavía dispuse de oportunidad para escuchar las últimas palabras de Eduardo.

—Qué felicidad, marcharme de este mundo con mi madre y mi hermano preocupándose por mí. Quién me lo habría dicho. Nunca tuve a nadie que le importara si vivía o moría.

—¡María! —me reclamó doña Magdalena sumida en llanto una vez estuve fuera—. Quédate, hija. Ya no es necesario que vayas a ninguna parte.

Paquita

Por desgracia, sí, fueron sus últimas palabras.

Con una dulce sonrisa entre los labios, Eduardo abandonó el mundo de los vivos, aferrado con una mano a la madre a la que tanto necesitó muchas veces, y con la otra, al hermano que tanto habría deseado disfrutar.

Puede que feliz por primera vez en su vida.

Los tres lloramos en silencio mucho rato, sin saber bien qué hacer más allá de ahogarnos con nuestro dolor y no armar alboroto para no soliviantar al servicio ni al barón hasta tener claro cómo proseguir.

¿De qué manera le explicábamos aquello a san José? ¿Que un perturbado deseoso de venganza había irrumpido sin que nadie fuera capaz de frenarlo, descerrajándole un tiro en el corazón a su sobrino Eduardo? ¿En mitad de una visita casual? Era demasiado complicado salir indemne de aquel atolladero.

—Podríamos decir que don Antonio de Cifuentes venía siguiéndolo —sugirió Luis sacándose las lágrimas con el revés de la manga.

Doña Magdalena movió la cabeza a uno y otro lado.

—Eso es lo que le diremos a la policía, hijo. A tu padre no. Tu padre tiene derecho a saberlo todo. Ahora los dos están muertos. El

propio Alberto, Eduardo. Francisco no podría ponerse en peligro, aunque quisiera. Es lo que siempre traté de evitar.

—Pero madre...

—Quizá sea hora de que los secretos más oscuros salgan a la luz. Gracias por tu apoyo, María —se dirigió a mí—. Te has portado como una verdadera hija.

—Ya ha sufrido usted bastante, doña Magdalena.

—A las autoridades le diremos que el asesino era un rufián desconocido. Nadie ha de nombrar a don Antonio de Cifuentes ni por asomo.

En eso convinimos.

Luis avisó de la desgracia a su padre, que llegó al invernadero descompuesto, flanqueado por el mayordomo y dos lacayos. Se acomodó el cuerpo de Eduardo en una de las alcobas, se dio aviso a la policía, y mientras llegaba, los barones se retiraron a un salón aparte a parlamentar.

Luis estaba ausente. Mortificado y más triste de lo que jamás hubiera podido figurarme que estaría un ser humano.

—Ha sido un duro golpe. Enterarte así de que tenías un hermano.

—Peor aún ha sido oír de boca de mi madre cómo sucedió todo.

—Lo entiendo. Para ella es un fantasma del pasado que la ha atormentado sin tregua y sin poder desahogarse con nadie.

—No te haces idea de cuánta falta me hizo ese hermano durante toda mi niñez, incluso en la juventud temprana. Alguien de mi sangre en quien apoyarme. Un cómplice con el que entenderme sin necesidad de hablar. Entiendo que a mi madre le espantara la idea de verlo, entiendo el daño que le hacía, pero de haberlo traído...

Sufrió un estremecimiento que no lo dejó proseguir. Sentí el impulso de tomar su mano, pero lo dejé correr sin caer en la trampa.

—El muchacho no tenía culpa de nada.

—De haberlo traído, entre todos, con amor y comprensión la habríamos ayudado a olvidar. A darle a ese otro hijo desafortunado el mismo amor que yo recibía a raudales.

—La familia es... importante.

Súbitamente, Luis levantó la cara y me taladró con los ojos.

—¿Cómo he podido ser tan insensible? Yo aquí, lamentándome, hablando de parientes y familia cuando tú la has perdido toda.

Como de la sarta de embustes que le llevaba contados eso era lo único que olía a verdad, me emocioné y rompí a llorar. Luis se me acercó como si fuese a abrazarme sin acabar de atreverse.

—Son los nervios, los nervios —lo tranquilicé—. Lo mejor será que regrese a casa. Han sido muchas emociones, necesito descansar.

Hice amago de levantarme. No podía resistir un instante más estar allí, a su lado, sin abrazarlo y besarlo, sin decirle cuánto sentía haber desconfiado de su honestidad. Que era el hombre más bueno y amable que había conocido. Que lo amaba desesperadamente y que jamás lo tendría porque no estaba a su altura.

Y además era una mentirosa. Las mentirosas van al infierno.

Luis me agarró por la muñeca. Fue un gesto brusco, involuntario, que hizo sin pensar. En cuanto se percató de su falta de delicadeza, me liberó.

—Disculpa. Yo... vendrá la policía, fuiste testigo, querrán hablar contigo.

Asentí y, sumisa, acepté sentarme de nuevo.

—Esperaré entonces. ¿Podría tomar un poco de agua?

Era un burdo pretexto para que saliera de aquel salón que empezaba a parecerme demasiado pequeño. Para poner tierra de por medio, verme libre de su influencia maligna. El modo intenso en que me miraba y me rogaba con los ojos se me hacía insoportable. Luis había ido hasta Barquillo 10 tantas veces intentando verme...

Desde que Eduardo había insinuado su inocencia, mi cabecita loca había hecho tantas cábalas soñando con un final de cuento de hadas.

Mientras estuve convencida de que Luis no era quien yo pensaba, sino un desgraciado canalla, la culpa de no estar juntos recaía sobre él. Sufrí, sufrí mucho, pero eso me hacía sentirme mejor, más ligera. Ahora, la responsabilidad se desplazaba nuevamente sobre mis espaldas.

Nuestra categoría desigual, mis engaños, mi desparpajo mintiendo. No tenía perdón de Dios y desde luego, Luis no iba a concedérmelo tampoco. Yo misma no era capaz de perdonarme, tan avergonzada como estaba.

De haber podido elegir, habría suplicado que la tierra me tragara. Al menos así desaparecería dejando un dulce recuerdo antes de que Luis lo descubriera todo y me odiase, recordándome el resto de su vida como su peor equivocación.

Puede que me hubiese ganado el favor de doña Magdalena, aunque no bastaba. Ella sabría guardar mi secreto. Y eso que me pensaba una simple parienta pobre. Me mortifiqué preguntándome cómo se tomaría la noticia de que era la doncella de la mansión. Por muy agradecida que estuviera...

Me escapé.

Mientras Luis iba a por mi vaso de agua, hui del palacio. Si la policía preguntaba por mí, siempre podía adoptar el papel de frágil damisela impresionable y admitir que, dadas las circunstancias, tuve que retirarme antes de colapsar.

De nada sirvió que llegara deshecha en lágrimas. Peor. O que rogara e implorase a la señora Úrsula y a Petri que me dejaran descansar a solas. Viéndome tan desquiciada, ninguna quiso retirarse sin antes atenderme y conocer al detalle lo que había vivido, impactándome de aquella forma.

Se lo conté.

Entre lágrimas y sollozos, pero se lo conté. No iban a rendirse. Además, tarde o temprano aparecerían las autoridades a tomarme declaración como testigo y prefería que estuvieran advertidas.

—Es como una historia de novela —murmuró la cocinera muy impresionada.

—¿Quién se lo habría figurado? Pobre baronesa.

—Si es que uno no puede fiarse ni de los más nobles. Para que veas que en todas partes cuecen habas.

Luis

Cuando regresé a la sala, impaciente por volver a verla, molesto por haber tenido que dejarla siquiera unos minutos, María había desaparecido.

No fue preciso preguntar a nadie, aunque más tarde me confirmarían que la habían visto salir disparada y muy dispuesta por la puerta principal, sin despedirse. Entendí que estuviera hondamente traumatizada por todo lo vivido.

No me extrañaba en absoluto.

Para nadie es plato de gusto contemplar las amenazas que allí se vertieron y más aún una muerte dramática y espantosa como la de mi hermano. Cuanto más para una joven dama sin experiencia en la vida, más allá de la compra de vestidos y libros y los bailes. Pese a ello, María había resistido sin desfallecer, convertida en el principal sostén de mi madre, cuyas manos vi entrelazadas con angustia.

En ese momento, dadas las circunstancias, no fui consciente del significado de lo que contemplaba. Fue más adelante, cuando nos quedamos solos en aquel saloncito, aguardando la llegada de las autoridades, respetando la privacidad de la baronesa, con su confesión en marcha ante el barón, cuando la evidencia y la certeza me golpearon a dúo como la pala de un verdugo.

La muchacha Valladares me tenía fascinado.

Su entereza, su compasión con alguien que la había ofendido de todos los modos imaginables. Su valentía, su generosidad siempre dispuesta a ayudar. Mi mente y mi corazón enamorados se sabían incapaces de encontrar otra mujer que cumpliera de mejor modo mis extravagantes expectativas.

Sería María o no sería ninguna.

Ojalá todo en mi existencia estuviera tan claro y meridiano como lucía aquello ante mis ojos. Mi voluntad, mis sentimientos, mi esperanza de futuro, la construcción de una familia feliz, todo le pertenecía a ella, empezando por mi persona.

Y en aquella sala donde esperábamos, a pesar de las turbulentas emociones que acababan de sacudirnos, por encima de no ser, con toda seguridad el momento apropiado, de que podría rechazarme, sentí la urgente necesidad de abrazarla y cubrirla de besos, de confesarle mi amor desesperado.

Si el trato injusto que le había dispensado mi madre era el motivo de su rechazo y de que se negara a verme, ese escollo lo daba por salvado. En parte, al menos, viendo cómo se comportaban la una con la otra durante el suceso. Entonces, ¿por qué no pensar que había llegado nuestro turno? El instante que tanto había esperado. Dar el paso y declarar todo lo que me crecía dentro gracias a ella.

María había logrado que el chico melancólico y solitario que siempre fui, ese en quien sus padres depositaban mil y una expectativas cuando él solo quería escribir y se ahogaba pensando que las frustraría todas, renaciera fortalecido, lleno de energía y proyectos. Rebosando ganas.

Porque eso era lo que María me contagiaba con solo acercarse: ganas de vivir.

No la abracé, claro. Mucho menos la besé. Mi atrevimiento no llegó a tanto. Pero mis dedos inquietos volaron una y otra vez alrededor de sus muñecas queriendo apresarlas. De sus manos, anhelando enredarse. De los mechones desordenados que caían sueltos desde su cabeza y que me atraían de un modo hipnótico.

Tuve que hacer uso de mi escaso autocontrol para no romper el fino hilo que me ataba a la cordura. Para no atropellarla o resultar

inapropiado.

Dejaríamos que pasara aquel terrible episodio. Que las aguas se calmaran y volviesen a su cauce. Enterraríamos a mi hermano en el panteón familiar como uno más, cruzaríamos el mar del duelo. Y entonces, solo entonces, la buscaría y le haría saber que no estaba dispuesto a renunciar a nuestro amor.

Todo eso fue antes de salir a por el vaso de agua y volver para encontrarme la sala vacía. Entonces me arrepentí de no haber sido más temerario, de no haberme lanzado al precipicio confiando en que las alas de la devoción me sostendrían.

Una cosa más de la que arrepentirme.

Paquita

—¿Tú estás segura de lo que quieres hacer?

—Segura, segura del todo no estoy, Petri, ¿por qué mentirte?

—¿Entonces? ¿*Pa* qué lo haces?

A veces envidiaba la simpleza en la forma de razonar de mi compañera y amiga. Detuve la frenética actividad doblando ropa interior y acomodándola en mi vieja maleta, y le dediqué unos minutos de atención plena.

—Lo hago porque es la única salida que tengo, Petri. Porque si me quedo, al final todo saltará por los aires y sentiré tal vergüenza que preferiré estar muerta.

—Suenas muy dramático.

—Porque lo es, Petri, lo es. Imagina que la baronesa me ha perdonado ser la pariente pobre de los marqueses.

—Debería. Parece que quedasteis en buenos términos.

—De acuerdo. Pues supón qué pasaría si de repente va y descubre que ni siquiera soy esa pariente pobre, que soy una criada con una ristra interminable de embustes, haciéndose pasar por señorita. ¿Tú piensas que me perdonará dos veces? ¿Una ofensa tan grave?

—Yo no lo veo...

—Tú no lo ves porque estás en el ajo, igual que yo. Pero es gordo, amiga. Muy gordo. No sé cómo podría decírselo, son cosas que no se pueden confesar.

—¿Y a dónde irás?

—Ya le he escrito a la señorita Beatriz. Se encuentra en Venecia, disfrutando de los canales y los palacios. Ella me encontrará una buena casa lejos de aquí. Mientras eso ocurre, me vuelvo al pueblo, a esperar.

—Y a vivir, ¿dónde?

—Con los ahorros he alquilado un cuarto en la fonda de la plaza mayor.

—¿Qué se te ha perdido a ti en el pueblo? Si ya no te queda nadie.

«Gracias por recordarme lo sola que estoy en el mundo, Petri, muchas gracias. Estaba necesitando que alguien lo hiciera».

Se me saltaron las lágrimas y se me encogió la patata que tengo por corazón.

—No sé a qué otro sitio podría ir.

Con una zancada adelante, Petri tomó mis manos entre las suyas y las apretó con afecto.

—Paquita, el señorito Luis ha venido un millón de veces a verte y no lo has querido recibir. Se merece una explicación, tienes que dársela al pobre hombre.

—¿Igual que tú se la diste en su día a Federico?

Tocado y hundido.

—Eso ha sido un golpe bajo, amiga. Que yo metiera la pata no quiere decir que aplauda cuando tú haces lo propio.

—Esa explicación de la que hablas, no puedo dársela. Si voy a desaparecer de su vida igualmente, ¿para qué empañar el recuerdo que tiene de mí? Que todo lo más, piense que la mentira ha sido pequeñita, que soy la prima recogida de los Bonagua y punto final. Al menos, suena más respetable que la doncella imprudente que se viste con los ropajes de su señorita, pretendiendo ser algo que no será jamás.

Paquita

—Paquita...

Traté de que su gemido lastimero no me afectara. Me liberé de su carantoña dándole un pellizquito en el moflete.

—No insistas, Petri. No pienso cambiar de opinión.

—No estarás aquí para mi boda... —hipó enfurruñada.

Suspiré y agarré otra camisa para doblarla.

—Todo se andará, amiga. Te lo prometo.

—Lo que no puedo comprender es que la idea de todo esto haya sido tuya, la pusieras en marcha, yo te copiara por las bravas y ahora yo tengo marido y tú tienes que salir huyendo como una fugitiva.

—Porque me he enamorado, Petri. Y Luis no se merece todo lo que le he ocultado.

Para ocultar el llanto, hice como que miraba por la ventana.

—¡Uy! Parece que está como para llover, ¿no? —Me enjugué un lagrimón—. Qué cielo tan feo. ¿Lloverá?

Petri chasqueó la lengua con impaciencia, dio media vuelta y salió de mi cuarto murmurando maldiciones entre dientes. Considerándome un caso perdido. Tampoco es que ella tuviera mucho aguante cuando se trataba de convencer a alguien.

—Mi Fede se lo tomó bien cuando le descubrí la farsa —dijo por encima de su hombro cuando ya casi estaba en la puerta—. A lo

mejor deberías de tener algo más de fe en la fortaleza del amor del señorito Luis.

Me quedé sola. Apreté contra el pecho la prenda que tenía en las manos y me desmoroné.

Me dejé ir en un llanto desesperado, sentada en el borde del camastro, repasando todo lo que me negaba, las cosas preciosas que me quedaría sin vivir. Mi cuartito estaba repleto de flores, ramos que Luis había ido enviando a diario sin que yo respondiera ni siquiera con una nota dando las gracias, que es lo que habría hecho una señorita educada.

Yo no lo era.

Iba siendo hora de que se percatara.

Sentía tanta, tantísima vergüenza de mí misma, que no sabía qué paso dar a continuación que no fuera desaparecer para los restos de la faz de la tierra y que se olvidaran hasta de mi nombre.

En esas estaba, cuando doña Úrsula apareció golpeando suavemente la puerta abierta, con su mandil y su cofia de cocinera. Observándome de lejos con cautela.

—¿Se puede? Tienes visita.

—¿Otra vez el señorito Luis? Dígale que se vaya, señora Úrsula, por favor.

—No es él. Ha venido la baronesa. Se ha apalancado en el salón de recibir y dice que de ahí no se marcha hasta hablar contigo. Así tarde días.

Desvié mis pupilas angustiadas hasta la mujer que a ratos veía como una madre sustituta. La señora Úrsula pudo leer sin dificultad el tormento que estaba atravesando.

—¿Qué hago, doña Úrsula? ¿Qué hago?

—Bajar y escuchar lo que tenga que decirte.

—Pero... —Eché una ojeada al vestido sencillo de algodón que llevaba puesto.

—Al fin y al cabo, es ella la que ha venido a verte.

En efecto, no me equivocaba. El día estaba raro, nublado y destemplado, como si quisiera romper a llover en cualquier momento. Y la luz que se colaba a raudales en la sala de recibir me pareció más mortecina que nunca.

Allí me encontré a doña Magdalena. Sentada con la espalda recta en el sofá de terciopelo ocre, con un servicio de café por delante, que no había tocado. Desmejorada, pálida a causa del sufrimiento. Al verme entrar se puso de pie para recibirme, algo que me hundió en el abismo de la miseria.

—Por Dios, señora, no se levante, siéntese, siéntese.

Para mi asombro, colocó sus manos enguantadas en mis hombros y me estampó dos sonoros besos en las mejillas. Acto seguido, las dos nos sentamos.

En mi caso, sería más correcto decir que me desplomé.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté, porque no podía dejar quieta la lengua.

Ella hizo un movimiento de vaivén con la cabeza.

—Imagina. Impactada, dolida, confusa...

—¿Cómo se lo tomó don Francisco?

—Entendió que se lo ocultara hasta ahora, no obstante, le ha costado digerirlo. Quería mucho a su primo, confiaba en él a ciegas. Jamás se le habría pasado por la tela del juicio que hiciera algo tan reprochable. —Alzó los ojos y me miró de frente—. Necesitará su tiempo. Todos necesitaremos un tiempo para recuperarnos después de esto.

Asentí despacio.

—Fue usted muy valiente.

—Ha sido un consuelo tenerte a mi lado como compinche.

La palabra, tan inapropiada en labios de una dama como ella, me arrancó una sonrisa a la fuerza.

—María. ¿Por qué no quieres ver a Luis? ¿Sigue siendo culpa mía?

Tardé en entender a qué se refería.

—Oh, no, no doña Magdalena. Nada de eso.

—Mi Luis te ama con todo su corazón. Después de lo que ha sucedido, si algo tengo claro hasta el día en que abandone la tierra,

es que dedicaré mis esfuerzos a labrar la felicidad del único hijo que me queda. Es como si la vida hubiese decidido darme otra oportunidad que no pienso desperdiciar.

—Yo... señora, yo... —tartamudeé sin concretar nada.

—Haré lo que esté en mi mano por convencerte. Es un buen muchacho. Un poco tímido y despistado a veces, pero tiene un alma noble. Y te quiere —insistió—. Doy fe de que no puede vivir sin ti.

—Es que... Doña Magdalena, he pensado marcharme.

Abrió los ojos con sorpresa.

—¿Marcharte? ¿A dónde?

—Al pueblo donde me crie y luego... ¿quién sabe?

—¿Hemos hecho o dicho algo que te haya ofendido? Te juro que no voy a interponerme. Y mi marido te adora, eso ya lo sabes.

—Ustedes son maravillosos. Es más simple que eso: soy muy poca cosa para Luis.

—¿Quién lo dice?

—Yo lo digo. Lo siento aquí. —Puse la mano en el corazón—. Aquí dentro.

—Muchacha...

—Usted no lo sabe todo, doña Magdalena. Hay cosas que no he contado...

Levantó una mano indicándome que callara.

—Y que no es a mí a quien debes revelar. Habla con Luis, está deseándolo. No des la felicidad por perdida. Pelea, eres más que capaz, ya he visto de qué pasta estás hecha. Solo quería una buena mujer para mi hijo, el título y los cuartos ya los ponemos nosotros. Y en verdad, María, eres el mejor ángel que ha podido toparse.

Se puso en pie y temí que se fuera. Me miró con unos ojos brillantes y bondadosos, dedicándome una sonrisa maternal que no me habían regalado en toda mi vida.

—Pero...

—Lo que tengas que contar, cuéntaselo a él. Te está esperando en el Retiro, donde siempre.



Paquita

No es que yo hubiera cambiado de opinión. Seguía pensando que era mucho mejor desaparecer del mapa con el honor y la decencia intactos, que quedarme allí, enfrentar a Luis y darle las aclaraciones que, sin duda, se merecía. Tragándome el orgullo, el bochorno y la vergüenza infinita.

Una explicación, además, que a mí me cubriría de barro de pies a cabeza.

No era menos cierto, que lo que el instinto de supervivencia me proponía hacer era una cobardía más grande que la catedral de Burgos, un dicho que siempre tenía a mano la señorita Beatriz y que me encantaba repetir.

De modo que, pese a mi enorme hatillo de inseguridades y dudas, tiré *p´alante* como los de Alicante, me arremangué sacando unas agallas que sabía que no tenía, y ordené a mis pies que marcharan, en orden uno detrás del otro, caminito del parque.

No hizo falta que anduviera mucho, Luis me salió al encuentro. Mirándome con aquellos ojos suyos, cálidos y honorables, que me hacían sentir todavía más sucia. Al llegar a mi altura, intercambiamos una sonrisa timorata.

—Pensé que no venías, de manera que me fui adelantando.

—Y no iba a ir —repuse cortante.

—Mira, María, entiendo que no quieras verme.

—Tú no entiendes nada de nada...

Me puso un dedo sobre los labios y me estremecí. Un dedo que tuve ganas de lamer de inmediato y me hizo perder la cabeza durante un segundo.

—Déjame hablar. Deja que te explique y luego ya tú dices lo que te venga en gana, que seguro que me lo merezco. Pero primero, permíteme soltar lo que llevo tanto guardándome. Temo que, si no lo hago ahora, luego me falte el valor.

Dije que sí y echamos a andar. Nuevamente en dirección al Buen Retiro.

—Entiendo que con todo lo que has visto, pienses mal de mi familia. No te culpo. Cualquiera en tu lugar haría lo mismo. Mi madre te humilló sin necesidad, pero luego, cuando le convino, bien que se apoyó en ti porque le hacías falta.

—Luis...

—Un hombre de mi familia violentó a mi madre cuando joven. No un hombre cualquiera, el primo que más quería mi padre, se criaron casi como hermanos. La baronesa abandonó a un bebé inocente que ninguna culpa tenía. Mi hermano resultó ser un maleante de poca monta y por si todo eso fuera poco, lo asesinan en nuestra casa, delante de tus ojos. No te culpo, María. Entiendo que quieras escapar y no volver a saber de mí. Ni de nada que te recuerde a los Benavente.

—¿Has terminado?

—Pero yo te quiero.

—Luis.

—No es que te quiera, es que me muero si no te tengo al lado. No me interesa lo que la vida pueda ofrecerme si no estás tú en ella. Sé que suena egoísta, que te pida que te quedes solo porque a mí me falte el aire si te vas. Lo único que espero...

—Luis, permite que te...

—Lo único que espero es que tú también me quieras. Si no tanto como yo a ti, un poco, que sirva de punto de partida. Te juro que te haré la mujer más feliz de la tierra y que conseguiré que ese amor tuyo pequeñito se multiplique por veinte hasta que no nos quepa en el palacio. Si así fuera, ya no sería tan injusto, ¿verdad?

Porque no renunciarías a irte solo por mis intereses, también por los tuyos...

—Luis, frena.

—Te quiero. ¿Te lo he dicho ya?

De no haber estado tan devastada, os juro que me habría reído. Luis no atendía a razones y resultaba cómico que yo, con tanto por lo que hacerme perdonar, estuviera allí oyendo cómo aquel bendito hombre, el más noble de todos los que pisaban suelo español, pedía disculpas por los pecados de otros, solo porque compartían sangre.

Sus palabras salían en tropel, atropelladas como de una ametralladora, sin dejarme meter baza. Así que no tuve más remedio que ponerme de puntillas, agarrarlo fuerte de las solapas, tirar y besarlo.

—¡Que te calles, leñe!

Mudo lo dejé.

—Te quiero. Eso no te permito que lo dudes —arranqué—. Y perdono todo lo ocurrido. Lo que hayas hecho tú y lo que han hecho los demás. No me importa un rábano. Tú eres increíble. Honrado, apuesto y bueno. Ninguna mujer sensata podría esperar que le cayera del cielo algo mejor.

—Apuesto a que hay un *pero*.

—Pero...

—¿Lo ves? —se desesperó.

—Luis, yo no soy quien tú piensas. Quien te he hecho creer que soy. Ni siquiera la pariente pobre que tu madre sospecha. Es cierto que la baronesa me visitó, que me puso al corriente de lo que había averiguado y que me prohibió que volviera a verte. Por mentirosa.

—Pues se equivocó; y está muy arrepentida.

—Tu madre hizo lo correcto. Lo que haría yo si fuese ella. Defender a su hijo de una fresca aprovechada y sinvergüenza.

—Esa no serás tú, imagino.

—Peor, Luis. Tu madre se quedó muy corta en sus sospechas.

Anonadado, dio un paso atrás y me miró con una mueca de terror pintada en la cara.

—Ni siquiera soy la pariente pobre de los marqueses de Bonagua. Ojalá fuese la recogida de la familia, con eso me conformaba.

—María, que me estás asustando.

—Soy... soy la doncella.

De perdidos al río, me dije. Pero habría dado lo que no tengo por no ver el desencanto en el gesto de Luis. El asombro primero, la incredulidad a continuación, para rematar con un brillo de apagada decepción en las hermosas pupilas.

—La doncella.

—La doncella personal de la señorita Beatriz, condesa de Monarca, futura duquesa de Altolaguirre, por más señas.

Con esto lo dejé de piedra.

Toda su verborrea imparable cortada de repente. No le salían las palabras.

—¿Podemos sentarnos?

—Sí, mira, ahí está tu banco de siempre.

Donde todo dio comienzo.

Caminamos mudos y a trompicones hasta el banco. Como si nos empujasen. Acomodamos nuestros cuerpos demasiado rígidos y mi mano voló sin pedir permiso hasta su mejilla rasurada. Una última caricia que me tomaba la libertad de regalarme.

—Eres tan buena persona.

—La doncella de doña Beatriz. En... ¿en serio?

—Y tan en serio. Ella se encargó de educarme y refinar mis modales.

—Pues lo hizo muy bien.

—No te burles, Luis.

—¿Y tu nombre es...? —Algo pareció caer de golpe y porrazo en su memoria, como un foco que ilumina un cuarto oscuro— ¿Paquita?

—María Francisca Valladares —silabeé—. Sin el «de».

—Al menos por ahí no andamos muy lejos.

—Luis, te estoy haciendo la confesión más dolorosa que haré en mi vida, ¿quieres hacer el favor de tomártela en serio?

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes?

—No puedo porque a mí tampoco me importa. Un rábano o la verdulería completa. Quien seas, lo que seas, a lo que te dediques. Eres única e inigualable, María Francisca Valladares, ángel mío.

Paquita

—Lo siento. Lo siento de verdad. —Me atraganté. Ahora era yo la incapaz de contener las palabras saliendo en tromba—. No imaginas cuánto lamento haberte mentido. Casi sin querer me convertí en un nido horrible de falsedades. Empezó con una minucia, pero fue creciendo y creciendo como una bola de pelusa que corre y se esconde debajo de la cama. Y ya no la puedes barrer.

—María.

No lo dejé hablar. Era mi turno. Mi oportunidad de resarcirme. No pensaba desperdiciarla.

—Pero que sepas que he mentido acerca de lo que tengo, no acerca de lo que soy. Ni de lo que siento. Aunque también comprendo que estés furioso y decepcionado. Que no quieras volver a verme. Lo entiendo.

Como se me acabó el sermón, tomé aire, todo el que antes me había faltado, y me lo quedé mirando un poco histérica. Aguardando el veredicto que daría al traste con mi destino. Sus ojos grandes, castaños y luminosos seguían conservando aquella calidez de oro que los hacía especiales. No había ni rastro de frialdad o ira en ellos.

—Me debes un final —me dijo.

—No comprendo.

—Un final feliz. Al conocerte, empecé una novela de amor con nuestra historia. La obra que me encumbrará a la fama. Habrá que terminarla, ¿no?

Balbuocé algo incoherente y solo dejé de flotar por encima de nuestras cabezas al sentir el roce de sus dedos sobre los míos.

—Parece que los dos tenemos torpezas que el otro debe perdonar.

—No compares, Luis, ¡no compares! —me solivianté.

Se encogió de hombros con un gesto que me pareció encantador y gracioso. Tal y como era él. Tierno, adorable de pies a cabeza.

—Como los besos se roban, no se piden, voy a robarte uno antes de que salgas corriendo. Que nos conocemos, María Francisca.

Inclinó la cara, buscó mis labios y los atrapó con habilidad.

¡Vaya si los atrapó!

Fue tocarme y sentir que me derretía como un helado en la Puerta del Sol en pleno agosto. Supe con certeza que lo quería, lo quería para mí. Que por complicado que pareciera, por lejana la posibilidad de que aquello acabara como Dios manda en lugar de como el rosario de la Aurora, si estaba en mis cabales, sacaría valor y fuerza de debajo de las vías del tren, si era preciso, para pelear por aquel amor desenfrenado.

Por aquel hombre cautivador que había llegado para cambiar mi vida.

Nos excedimos con el beso, dado que estábamos en un lugar público. Pero es que una vez lo profundizamos, la pasión nos arrolló con tal ímpetu que no era posible parar.

Algunas madres, acompañadas de niños pequeños, desviaron escandalizadas la trayectoria de su paseo para no pasar cerca y que sus hijos nos vieran. Sin embargo, tal cual las divisaba el rabillo de mi ojo, volvía a bajar los párpados para concentrarme en aquella dulce tortura sin igual que me causaba su lengua.

A regañadientes, pasado un rato, nos separamos. Ya que la hoguera que habíamos prendido no tenía pinta de sofocarse, todo lo contrario, iba camino de convertirse en incendio y allí, en mitad del parque del Retiro, no era cuestión.

—¿Te casarás conmigo? —preguntó sin aliento, debido al ardor de los besos.

—¿Es una proposición seria, señor de Benavente, o una promesa en el aire?

—Benavente. A secas, sin el «de». Una proposición formal, formalísima. Acompañada de la advertencia de que, si no es aceptada, caeré muerto a tus pies aquí mismo, con las correspondientes inconveniencias que te tocará resolver.

—Mover muertos es algo muy enojoso.

—Muchísimo. Casi lo peor que puedo imaginar.

—Máxime uno tan alto y fornido como tú.

—Noventa kilos, señorita. Uno encima de otro como los meses del calendario.

Suspiré dramática, atando corto una sonrisa de felicidad que se me salía por todos los poros.

—En fin, supongo que no me queda más remedio que aceptarlo como esposo, señor, no sea que se me muera y el día se vuelva desagradable.

—¿Me pongo de rodillas?

Ahí sí, se me escapó la carcajada. Burbujeante y dichosa. Con un corazón que bailaba enloquecido de felicidad bajo las costillas.

—Claro. Pero no aquí, por Dios. Luego, más tarde, cuando estemos solos.

Cuatro meses después...

Luis

Cuando entré al dormitorio, la encontré delante del espejo de cuerpo entero, terminando de colocar el cuello de encaje de su vestido celeste, exquisita y preciosa, como siempre que la miraban, la veían mis ojos.

En cuanto me vio, giró a repasarme por encima de su hombro, sonriendo con dulzura.

—Antes de que me regañes —me adelanté—, vengo a que le des el visto bueno a mi atuendo. ¿Te parece que voy bien?

Me abrí la chaqueta para que pudiera contemplar el conjunto de camisa fina y chaleco bordado a juego con la levita. En lugar de alabarme el aspecto, María me examinó con severidad.

—Luis, no deberías estar a solas con una señorita en su alcoba. Resulta muy indecoroso.

—Tú no eres una señorita cualquiera, eres mi prometida.

—No juegues con las palabras, don habilidoso.

Di un paso más hacia ella.

—Entonces, ¿qué? ¿Me ves a la altura? Desde que Federico me pidió que fuera su padrino estoy histérico.

Sus manos blancas revolotearon un instante y se posaron sobre mis solapas.

—Estás guapísimo. Para comerte aquí mismo.

—Debo decir otro tanto de usted, futura señora Benavente.

—¡Válgame la virgen! Qué bien suena.

—No veo la hora de que entremos por esa iglesia cogiditos del brazo... Y de lo que vendrá después. Y...

—Ten paciencia, querido.

—No entiendo por qué no nos hemos casado ya. Antes que ellos.

Como ya no podía decirle en más idiomas a mis manos que se quedaran quietas, empecé a acariciarla. Primero con discreción, pasando el dorso de la derecha por su mejilla, recorriendo después la línea de su mandíbula con las yemas de los dedos. Luego fue su pelo sedoso y brillante el que atrajo mi atención y jugueteé con un bucle suelto.

—Me estás despeinando.

—No va a ser lo único que te desbarate, te lo advierto.

Mi boca se apoyó en su cuello para succionar un par de veces y recorrerlo con la lengua. El gemido brotado desde el fondo de su garganta hizo que mi entrepierna se pusiera firme a la voz de «ya».

—Apenas faltan cuatro horas para la boda...

—Cuatro horas es muchísimo, nos da tiempo a vestirnos de nuevo. ¿Quieres que te demuestre lo que soy capaz de hacer en todo ese tiempo?

Sin encomendarme ni a Dios ni al diablo, sin pensarlo dos veces, empecé a desabrochar los botones en la espalda de su vestido, sin dejar de besarla. Ella no opuso resistencia, al contrario, me rodeó el cuello con sus brazos y permitió que el fuego de las caricias creciera hasta descontrolarse.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—Algo me dice que no tendré otra oportunidad de colarme en tu alcoba sin que me echés a patadas.

Luis

—No deberíamos... no podemos... —murmuró con los ojos entrecerrados.

—Sí podemos, claro que podemos. Lo único que hay que tener claro es que también queremos. ¿Tú quieres?

—¿Que si quiero? ¡Por Dios, Luis! Llevo reprimiéndome con tal de parecer una señorita, casi desde que te conocí.

Se nos escapó una risa floja. A los dos. Ya la tenía medio desnuda y a mi merced. Como no consideré justo en comparación llevar tanta ropa encima, le susurré al oído.

—Quítamelo todo.

Obedeció sin poner pegas ni reparos.

—Como nos pille tu madre, pensará que soy una casquivana.

—Casquivana. —Le mordí el lóbulo de la oreja. Ella se estremeció—. Qué maravillosa palabra. Me gusta cómo suena casquivana.

—La señorita Beatriz me enseñaba tres palabras difíciles cada día. Si vieras lo que me costó dominar intingulis...

—Intríngulis. Todavía se te resiste.

Suavemente la empujé, obligándola a caminar de espaldas hasta la pared. Alternando nuestros pasos con frases atrevidas susurradas cerca de la oreja, que no solo le erizaban la piel y

endurecían sus pezones bajo la suave tela de la camisola, lo único que de momento le dejé puesto, sino que nos hacían reír como a dos adolescentes traviesos.

—Es usted prisionera del amor, señorita —espeté cuando la apoyé contra la pared—. No tiene escapatoria.

—¿Qué piensa hacerme?

—De todo.

Fue decirlo y hundirme a explorar la carne prieta y sedosa de sus muslos, recorriendo con los labios y la lengua el delicioso camino que conducía a su sexo. María alzó una pierna y su pie terminó apoyado en mi hombro, facilitándome la abertura y el acceso. Me ardieron las entrañas. Aquella desinhibición suya era portentosa.

En la intimidad, María jamás se planteaba cosas absurdas como si lo que nos apetecía hacer era o no decente. Otorgaba rienda suelta a sus deseos y juntos, los cumplíamos y hacíamos realidad. Era una dama en la calle, una meretriz apasionada entre sábanas y, con el tiempo, sería también la perfecta señora de nuestra casa.

Una mujer sobresaliente.

Qué suerte tuviste, Luis, qué suerte de encontrártela en el Retiro mientras escribías bobadas. Con lo timorato que tú eras, quién te ha visto y quién te ve.

Mis lametones encontraron el punto justo que la condujo al límite. Acompañé el proceso con delicadas succiones, notando cómo su interior se contraía, palpitando de placer. Sus estremecimientos y los ruiditos que escapaban del fondo de su garganta eran maná para mi corazón hambriento.

Con ella todavía musitando mi nombre entre jadeos, la sujeté con ambas manos y retrocedimos juntos hasta la cama. No nos molestamos en retirar las colchas, la urgencia era demasiado grande. Incordiaba. Separó las piernas y me cobijé en el hueco entre ellas tratando de controlar el arrebató desbordado que me dominaba.

María deseaba llegar virgen al matrimonio y yo respetaba sus decisiones.

Todas.

Aunque supusieran mi muerte, como aquella.

Su mano descendió juguetona y apresó mi verga con desvergüenza. Un suave apretón y luego, la gloria. Su mano ejerciendo la presión exacta, sus dedos rozando el frenillo que tanto placer me causaba, el rítmico movimiento de vaivén que ya dominaba con soltura y que me conducía sin remedio al delirio.

Así estuvimos, tocándonos y acariciándonos, besándonos hasta que me derramé sobre su vientre con un gruñido largo y seco.

—Llegaremos tarde a la boda.

—Qué va. Disponemos de tiempo hasta para repetir —le aseguré adormecido.

—Luis.

—¿Qué, mi amor?

—A veces siento miedo de que tanta, tantísima felicidad no sea más que un sueño. Temo despertarme y que todo se esfume. No volver a verte.

Rehíce mi postura, colocándome a su altura, rodeándola con los brazos para que se cobijara entre ellos.

—Eso no es posible. Tú y yo somos uno. Si desaparezco, te vendrías conmigo. Si nos rompemos, nos rompemos juntos y juntos nos recompondremos. No hay modo humano de que esto acabe, te lo prometo.

—¿No me mientes? ¿Ni siquiera por piedad?

—No te miento, amor, no me atrevería. Lo mío no son promesas en el viento, ya lo sabes, son árboles centenarios con las raíces enterradas bien hondo. En el centro de la tierra y para siempre.

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN por estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo

que prefieras) en Amazon. Apoyarás mi esfuerzo y me ayudarás a difundir la novela. Tú, lectora, eres fundamental para proseguir mi trabajo.

¡¡Deseo seguir regalándote muchas horas de diversión!!

SUSCRÍBETE a mi newsletter, recibe información privilegiada, ofertas y promociones, conviértete en una Regencia de pleno derecho y consigue **GRATIS** el fabuloso REGALO que he creado para ti.

Pincha este enlace (o QR) y deja tu correo electrónico:

<http://subscribepage.io/np9cTD>



EN LA PRÓXIMA ENTREGA, volvemos a
la Inglaterra del XIX con iuna de
VAMPIROS VICTORIANOS!

LA SALVACIÓN DEL DUQUE «Crónicas de la Corona Oscura» I

¡¡Ya en PREVENTA!!

Resérvalo con descuento

No pagas hasta que salga

<https://mybook.to/salvacionduque>

Nota de la autora: **góticamente
adictiva**

Empieza a leer...

Prólogo

Shadow Hall

Aquella mansión no era solo piedra: latía y respiraba.

No se reducía a un montón de impenetrables muros, cristal emplomado y majestuosas techumbres, ni a los setos verdes que los rodeaban.

Era como si estuviese viva.

Ocupaba la sexta posición en la línea de casas de una de las mejores calles en el selecto barrio de Mayfair y, puesto que la mayoría de los vecinos no habían tenido el placer de que sus ocupantes les fueran formalmente presentados, solían referirse a ella como «la sexta casa» o «la casa Bravery».

La denominación del título nobiliario del ocupante era todo cuanto sabían, aunque nada les hubiera gustado más que descubrir los recovecos de sus muchos misterios.

Era antigua y lujosa, también sombría.

Intimidante.

Siniestra. Poderosa.

Los jardines, amplios y primorosamente cuidados, rodeados de bruma y sombras. La neblina cercana al suelo que reptaba por las calles de Londres rara vez se disolvía del todo alrededor de aquella propiedad, lo cual la hacía lucir bastante más oscura que el resto.

Por las noches, todas las ventanas sin olvidar una se iluminaban, algo que no dejaba de ser inusual, ya que, ¿quién en su sano juicio ocupaba todas las estancias de una mansión semejante, que debían de ser decenas y gastaba tantas velas? Y en caso de tratarse de una familia espectacularmente numerosa, el ajetreo, las entradas y salidas deberían ser normales en una residencia que rara vez abandonaba la placidez de la quietud más absoluta.

Ni el servicio parecía usar las puertas para ir a comprar suministros.

Sí. De veras era una construcción rodeada de intrigas, que nadie conocía, pero de la que todo el mundo hablaba.

Y esa noche, Shadow Hall se estremeció.

Sufrió un pequeño terremoto que la removi6 hasta los cimientos, preludio de lo que llegaría más tarde.

El cambio.

El gran cambio que mutaría las vidas de la mansión y de todo cuanto contenía.

Hasta la de su mayor secreto, allí, enterrado bajo siete llaves en la cripta.



Capítulo 1

Los motivos

La joven dama, lady Serena Fairhaven, atisbó por la ventanilla del carruaje, su rostro enmarcado por la capucha del abrigo de viajar, con una expresión de evidente inquietud.

El coche avanzaba envuelto en el chirrido desagradable de las ruedas contra los adoquines húmedos de Mayfair. Dejando un reguero de huellas oscuras que brillaban bajo la luz mortecina de una mañana de enero, con las farolas de gas todavía encendidas.

La calle, elegante y silenciosa, parecía adormecerse bajo un cielo encapotado que, como solía ser habitual en aquella época, amenazaba lluvia.

El cochero bajó primero, golpeando con suavidad la portezuela del vehículo para indicarle que podía descender. Serena recogió su vestido de gruesa lana color ciruela, bordado con un discreto ribete de terciopelo, y aceptó la mano enguantada del lacayo que la asistió en la bajada. Pese al volumen de sus faldas y el agotamiento acumulado en el largo viaje, la muchacha se movía con la elegancia natural de quien ha sido entrenada para la perfección social desde la infancia.

Miles de millas recorridas para casarse.

Solo para eso.

Para renunciar a su ansiada libertad y convertirse en propiedad de un hombre al que jamás había visto. Desde el principio, fue su hermana mayor, Rose, la prometida del codiciado duque. Y todo era perfecto. Porque Rose adoraba las fiestas, exhibirse, la vida fastuosa que gira en torno a un título tan ilustre como aquel: convertirse en duquesa y tocar el cielo. Cada cosa en su lugar.

Rose había nacido para ocupar el trono.

Su lema de vida siempre fue sentirse admirada, venerada, mientras que Serena prefería pasar desapercibida, a la sombra de la excelsa y perfecta hermana mayor, sin importarle que a menudo todos olvidaran que existía.

Rodeada de amigas envidiosas de su suerte, Rose preparaba su boda con un entusiasmo desmedido. Cotorreaba todo el tiempo acerca de su futura vida en Londres como alta dama influyente, de los caprichos que se concedería y del maravilloso partido que buscaría, llegado el momento, para su hermanita, invisible y medio muda.

—Si de ella depende, se convertirá en una solterona. Jamás escogerá esposo por propia iniciativa —aseguraba cuando creía que Serena no la escuchaba—. Es un paso que solo las valientes se deciden a dar. Y mi querida Serena no lo es. No, es débil y timorata. Un desperdicio dispuesto a marchitarse y una deshonra para mi nueva familia.

Entonces, se produjo el encuentro.

Tras meses de sueños y fantasías en el aire, de intercambiar cartas de amor cada vez más candentes, el conde de Peonye, caballero viudo y padre de las muchachas, único responsable de la bondad de sus casamientos, organizó un encuentro entre su Rose y lord Bravery, del que la futura novia regresó fascinada, conmovida y...

Extrañamente ausente.

—¿Cómo es él? ¿Es apuesto? ¿Te ha tratado bien? ¿Es amable y considerado? ¿Autoritario? ¿Cómo suena el timbre de su voz? —A Serena se le atropellaban las preguntas en la punta de la lengua, sin

concederse a sí misma tregua ni a su hermana oportunidad para responder.

Tampoco es que Rose diera muestras de querer despejar sus dudas. Se quedaba mirando al vacío con ojos vidriosos y una extraña sonrisa entre los labios, como si realmente no estuviese allí, como si no la viera. Como si tras su viaje hubiese vuelto solo el cuerpo, un cascarón vacío, olvidándose del alma.

Y la impaciencia.

Su repentina impaciencia por abandonar el hogar familiar y trasladarse a Londres, al barrio de Mayfair, a la mansión de su prometido, por convertirse cuanto antes en duquesa. Toda la euforia que envolvía el proyecto matrimonial se desbordó transformándose en ansia. En histeria. En inexplicable frenesí.

De pronto, Rose hablaba poco, no deseaba recibir a nadie, revolvía y volvía a revolver el contenido de sus baúles como preguntándose por qué no estaban ya cargados en un coche camino de su nueva vida, por qué la atormentaban con su detestable presencia allí, en su cuarto, apilados cual monstruosa montaña actuando a modo de parapeto insalvable. El muro que la separaba de su destino divino.

Anhelaba huir. Desaparecer. Renunciar a lo que era, a lo que había sido hasta entonces. Convertirse en alguien más. Mejor, más brillante, diferente.

Y de pronto, sin un malestar, sin un aviso, Rose murió.

Cualesquiera que fueran sus secretos, si es los tenía, se los llevó a la tumba. Rose se acostó por la noche y nunca llegó a despertar. Los médicos apuntaron a un fallo en el corazón. Serena quedó sin su otra mitad, sin saber qué había causado aquel indescriptible embrujo, previo a la muerte, en su hermana.

Su padre, el conde, vivió lo suficiente para informarla de que ella tomaría el lugar de la tristemente fallecida primogénita en el enlace que estaba por venir. Serena, que jamás tuvo interés alguno en tomar esposo, mucho menos en convertirse en duquesa, ahora estaba condenada a ocupar el puesto de la rutilante Rose. Incluso hubo quien le aconsejó que hiciera suyos sus baúles, sus

deslumbrantes joyas, sus vestidos, todas sus pertenencias. Todo lo que a la joven resultaba tan ajeno como extraño.

Y antes de que llegara el día en que debían partir para Londres, tras un frenético episodio de fiebres altas, el conde también la abandonó.

—Estoy sola, Betsy —sollozó abrazada a su doncella. Más que una sirvienta, su mejor amiga, criadas juntas desde niñas—. Sola en este mundo. ¿Lo entiendes? No me queda familia, nadie que me proteja. Voy a convertirme en sierva y propiedad del duque y ni siquiera le he visto el rostro.

—No sufra, milady, pierda cuidado. Yo estaré ahí, a su lado, todo el tiempo.

—Tengo miedo, Betsy, tengo mucho miedo.

Lo tenía. Lo sentía reptando dentro de las venas como gusanos envenenados bajo la piel. Una desconcertante alarma que iba más allá del simple desconocimiento acerca del matrimonio en sí, de lo que implicaba, de lo que se esperaba de ella y de su comportamiento cuando la llamaran «esposa», y de la personalidad del hombre al que iba a unirse.

No.

Era otra cosa.

Una intuición desgarradora que la alertaba de un peligro. Lo incierto del porvenir, un riesgo siniestro al que tarde o temprano debería enfrentarse.

Esa parte del duque que había transformado a Rose en un fantasma.

—Si ella, con su seguridad aplastante, con su carácter resuelto, alegre y extrovertido, quedó reducida a cenizas tras conocerlo... ¿qué pasará conmigo, Betsy? Seguro que no estoy a la altura, me siento tan indefensa y pequeña...

La doncella le abrió los brazos, como solo una amiga que te quiere y se preocupa por ti sabe hacer, y Serena se refugió, hundida en la caricia como un náufrago contra una tabla de salvación.

Ahora, después de un viaje interminable sobre caminos enlodados, azotadas por los vientos gélidos del invierno,

traqueteadas en el interior del coche, hambrientas y desfallecidas, por fin frenaban ante Shadow Hall, la residencia de su prometido.

El prometido de Rose.

Un noble de inmejorable cuna y destacada posición en la Cámara de los Lores. Bravery. Sonaba grandioso. Las imponentes puertas de roble negro con recios herrajes dorados no hicieron más que incrementar su desasosiego.

Plantadas ante la entrada, lady Serena y Betsy intercambiaron una mirada de perplejidad.

No se detectaban señales de actividad en la casa. No se oía el habitual bullicio de los sirvientes ante una inminente llegada de categoría. Ni siquiera el eco de pisadas apresuradas, como sería natural.

El lacayo del carruaje se prestó a llamar con el aldabón, aunque el sonido pareció tragárselo el aire frío y húmedo. La puerta se abrió finalmente con un quejido, revelando a una doncella joven, de rostro macilento y gesto nervioso, que inclinó ligeramente la cabeza.

—Lady Fairhaven, supongo —aventuró la muchacha, con un marcado acento provinciano que delataba su reciente llegada a la ciudad y, por ende, al servicio.

Serena se obligó a sonreír, aunque sus cejas se arquearon en una mezcla de confusión y desagrado.

¿Así la recibían? No es que ella fuese una gran personalidad, aunque como futura señora de la casa, ¿no era lícito esperar algo más de pompa alrededor de su llegada?

¿Una bienvenida más entusiasta, quizá?

¿Dónde estaban el mayordomo, los lacayos habituales?

Y lo más desconcertante, ¿dónde estaba su maldito prometido?

CONTINUARÁ PARA TI...

Sígueme en Amazon Author 😊 para enterarte de todo, la primera.

Serendipia Stark novela romántica

Pinchando este enlace:

<https://www.amazon.com/author/serendipiastark>

O usando este código QR:



MIL GRACIAS por leerme. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN con estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon a través del enlace o del código QR que te dejo a continuación. Apoyarás mi trabajo y me ayudarás a difundir la novela. ¡¡GRACIAS!! **En este difícil mundo, tu respaldo es fundamental.**

<https://acortar.link/4oZqoj>



Agradecimientos

Llegué hasta aquí, triste y decepcionada. Por muchas cosas. Perdida la ilusión por escribir, algo que antes, que siempre, me había llenado el alma. En serio, os digo que pensé que jamás saldría de mi teclado una nueva historia. Pero uno de esos ángeles sin alas que andan rulando por la tierra, me agarró las mechas y me puso marcando el paso. Me enseñó que hay que ser fiel a la esencia con la que naciste, que todos los esfuerzos merecen la pena, que si había que derrumbar lo que construí por muchos años y empezar desde cero, ahí estaba su mano. Y la tomé, vaya si la tomé. Y no viviré lo suficiente como para agradeceréte, mi querida L. Marie.

Y a mis lectoras cero, algo más que mi agradecimiento. Todo mi amor. ¡Formamos un pedazo de equipo!! Siempre juntas, chicas, hasta las tantas de la mañana, que sarna con gusto no pica.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «Una promesa en el viento» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.

Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases un comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. De nuevo gracias por leer.

Deja aquí tu comentario:

Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la

pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando. Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales? Te lo advierto, son adictivas ;)

INSTAGRAM: @serendipia.stark.escritora

<https://www.instagram.com/serendipia.stark.escritora/>

TIKTOK: serenstark.escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

<https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/>

PODCAST (Spotify): Mota Rosa Enamorada

YOUTUBE: Mota Rosa Channel